



Loreta Minutilli Helena de Esparta

La bella Helena, culpable de la Guerra de Troya, personaje mudo en la *Iliada*, recupera su voz para contar su historia.

Alianza Lit

Loreta Minutilli

Helena de Esparta

Traducción del italiano de Ramón Buenaventura

Alianza editorial

Índice

Helena de Esparta

Créditos

«Los dos, una vez que hubieron gozado del placentero amor, se entregaron al deleite de los relatos. Mutuamente se lo contaban todo: ella, la divina entre las mujeres, cuánto había sufrido en el palacio, viendo el odioso tropel de los pretendientes, que, por su causa, degollaban sin cesar vacas y gordas ovejas, mientras el vino se vertía en abundancia desde las tinajas. Por su parte Odiseo refería todos sus lances: cuántas penas causó a otros hombres y cuántas soportó él con esfuerzos. Y ella se deleitaba al escucharlo, y el sueño no llegó a caer sobre sus párpados hasta que él hubo acabado su relato.»

Odisea, Canto XXIII
Traducción de Carlos García Gual

El conflicto existe desde que existo yo.

Hasta donde alcanzan mis recuerdos, siempre ha habido en mi vida unos largos dedos blancos acariciándome la barbilla y unas voces de miel y de penumbra preguntándome si era más diosa que niña o más niña que diosa. No es que mis recuerdos determinen la línea del tiempo.

Todo comenzó mucho antes, cuentan, con un huevo de oro en el vientre de una mujer encinta y un cortejo de gente enjaezada de fiesta para verme a mí, la niña más bella del mundo.

Cuando era pequeña, me creía ciegamente las leyendas que me contaban las criadas, y me preguntaba cómo habría podido mi madre salir indemne con semejante caos en la barriga: un huevo, cuatro criaturas, simiente de dios, simiente de hombre. Tuvo que ser una experiencia devastadora, pero el caso es que yo siempre la vi feliz y contenta, en éxtasis, con sus hijos, los dos divinos por un lado y los dos humanos por el otro.

La rotunda división llegó un instante después de nuestro nacimiento. Una niña divina, una niña humana. Un niño divino, un niño humano.

Al principio, estaba convencida de que habían percibido algo en nuestros ojos, en las arrugas de nuestra piel neonata, de que habían oído algún sonido revelador en nuestro vagido, algo de lo que cupiera deducir que Pólux y yo no pertenecíamos a este mundo.

Ahora, en cambio, mientras el mundo se me desmorona ante los ojos, no creo que las razones de su elección fueran tan profundas. Tomaron las dos criaturas más bellas y las erigieron en dioses.

La idea me parece ridícula e inverosímil, pero entonces me llenaba de alegría purísima.

No me juzgues con demasiada dureza.

¿A qué niña no le encantaría que la trataran como una diosa?

Recuerdo los ungüentos salpicados en mi radiante cabello dorado, las cremas para suavizar mi piel, los halagos de las sirvientas extasiadas y, por supuesto, el placer de ver a Clitemnestra crecer a mi costado, desdibujada e insípida, con su vulgar cara redonda y la nariz demasiado grande de nuestro padre.

Mientras mi hermana jugaba con sus muñecas, mientras aprendía a hilar e intentaba sin éxito incursionar fuera del gineceo, para participar en los juegos de Cástor y Pólux, tan masculinos ellos, tan inconscientes de su insondable discrepancia, yo vivía concentrada en el descubrimiento de mi cuerpo.

Nadie consideró necesario que hiciese otra cosa.

Y ¿por qué voy a mentir, por qué voy a decir que me disgustaba?

Cada día me descubría en la piel un nuevo tono de rosa, más dulce y jugoso que el de ayer.

Comparaba los pies regordetes y agrietados de las otras niñas de mi edad con mis piecitos ovales, con sus deditos terminados en el leve arco de las uñas irisadas, y luego los acariciaba, complaciéndome en ello.

En las oraciones que elevaba a Afrodita le agradecía el maravilloso color de mi cabello, un rubio intenso y espeso que caía sobre mis hombros como oro fundido. Me daba escalofríos la idea de que podría haberme tocado en suerte el pelo pajizo de Clitemnestra, sus lóbulos anchos, su dedo gordo del pie demasiado distante del dedo contiguo.

Yo era toda cuerpo, exactamente como me habían querido.

Nunca se me habría pasado por la cabeza, cuando valoraba a otra mujer u otra niña, que ninguna cualidad pudiera importar en ellas más que la forma del mentón o la anchura de su frente. Por otro lado, nadie había dado muestra de hallar algo en mí que no se refiriera a mi aspecto físico.

A los diez años no sabía hilar, era una maleducada, no tenía ni idea de poesía, de música, de nada de lo que hace apetecible a una muchacha a ojos de los hombres, y desde luego no tenía ninguna amiga. Cuanto estaba en presencia de mi madre, ella lo único que hacía era observarme con los labios cerrados y los ojos perdidos en un lejano recuerdo.

Durante las raras veces en que veía a mi padre, él evitaba mirarme, y ahora sé que se atormentaba preguntándose qué hacer con una hija tan preternaturalmente bella.

Mi hermana me despreciaba. Lo leía en sus ojos castaños, y me molestaba no conocer la causa de ese sentimiento. Había aprendido pronto a reconocer los celos en la mirada de las chicas, pero no era así como me escrutaba Clitemnestra.

Ahora sé que le daba lástima.

La nodriza, las criadas y todas las demás mujeres de la casa solo me habían impartido una enseñanza desde que nací: «Cuida tu cuerpo».

En mis brazos blancos estaba escrito el secreto para ser feliz.

Yo obedecía. Nunca me saltaba una ablución, hacía la gimnasia necesaria para mantener firmes los miembros, me dejaba ungir con todos los aceites que las sirvientas consideraban necesarios para mantenerme resplandeciente, y era feliz.

La niña más bella del mundo se convierte en la muchacha más bella del mundo casi de golpe, de la noche a la mañana. Se me ensancharon las caderas, se me pusieron más redondas las nalgas, me crecieron en el pecho dos dulces colinas blancas, de la forma y las dimensiones justas para caber en la palma de una mano.

Nada más despertar me miraba al espejo, controlaba todos los cambios de mi cuerpo y me complacía en mí misma. De reojo, escrutaba después las piernas de Clitemnestra, lastimosamente cubiertas de una hispida pelambreira rubia.

También eso me complacía.

¿Era mala? No, no lo era, no tolero que se diga tal cosa de mí cuando era niña.

Si pienso en mí y en mi hermana, ahora como entonces, me parece evidente que ella siempre lo tuvo todo y yo nunca nada.

A la edad de once años era una absoluta inútil, tenía el cerebro de una mosca; mi madre no osaba acercarse a mí y se limitaba a mirarme de lejos. Clitemnestra, en cambio, sabía hilar, dirigía con gracia los juegos que practicaba con las demás niñas del gineceo y nuestra madre la abrazaba con frecuencia.

Lo único que yo tenía y a ella le faltaba era un par de piernas lisas y blancas y un rostro bello.

Permíteme que me complazca en ello.

La primera sangre nos vino a ambas en una noche de verano. Al despertar, mi hermana, impassible, hizo sus abluciones como si hubiera estado preparada desde hacía mucho para aquel acontecimiento. Yo me quedé inmóvil entre las sábanas enrojecidas. Temía descubrirme una herida que me afeara los muslos para siempre. La nodriza me encontró así, me sonrió, me explicó que no era ninguna herida y que debía estar orgullosa de haberme hecho mujer.

—Ahora tu cuerpo tiene sentido —me dijo.

Estuve mucho tiempo dándole vueltas a esa frase.

No creía necesitar un poco de sangre entre las piernas para tener sentido.

Para mí, mi cuerpo siempre lo había tenido.

Me proporcionaba inmensa satisfacción y nunca jamás habría querido compartirlo con nadie, nunca habría pensado que el sentido de mi cuerpo pudiera consistir en darle placer a otros.

El fin de mis ilusiones llegó con el rostro nervudo de Teseo, hijo de Egeo.

Era huésped de mi padre y, como todo el mundo, había oído hablar de mí. Mi padre no me permitía acercarme a los visitantes, de modo que Teseo tuvo que buscarme: eligió una mañana en que estaba sola haciendo sacrificios a las ninfas. Sus brazos peludos se cerraron en torno a mi rostro, y el día se hizo noche.

Admito que durante el largo rato que permanecí tirada en la grupa del caballo, como un fardo de escaso valor, no me preocupó mucho a dónde me estuviera llevando. Lo único dramático que veía en dejar la casa de mi padre era no disponer ya de mis vestidos. Lo que más me dolía era que se me estaba enredando el pelo.

Eran dos, Teseo y Pirítoo. Eran de la edad de mi padre, pero más oscuros y más vellosos. Feos.

Supe más tarde que algunas jóvenes envidiaron mi suerte, que habrían querido hallarse en mi lugar, entre los brazos de esas dos bestias oscuras.

Me jugaron a los dados y ganó Teseo, el más grande y más negro. Sé que por ahí corrió el rumor de que esa noche, cuando pudo verme bien a la luz de las antorchas y se percató de mi cortísima edad, decidió renunciar a mí hasta que fuera mayor, dejándome intacta hasta llegar a Afidnas.

Una mentira ingenua y sinsentido.

Teseo estaba perfectamente al tanto de los pocos años que tenía la bellísima hija de Tíndaro de Esparta cuando me raptó. De hecho, creo que mi juventud lo excitaba aún más.

Teniendo en cuenta que se había pasado la vida pisoteando mujeres, bestias y personas, ¿por qué razón iba a ser más considerado conmigo?

Pirítoo se enfadó, lo acusó de haber hecho trampas, pero enseguida hicieron las paces. Supongo que tenía intención de poseerme, de todas maneras, de un modo u otro.

No soy capaz de expresar lo que sentía en aquel momento.

Tenía la certeza absoluta de ser demasiado preciosa para que pudiera ocurrirme algo muy feo, y estaba segura de que pronto, prontísimo, acudiría alguien a rescatarme.

Pero ¿quién? Quizá mi padre, que desde luego no podía permitir que se le escapase como si tal cosa la muchacha más bella del mundo, o mis hermanos, dos muchachitos que en conjunto valían por un hombre. O mi otro padre, Zeus en persona, que vigilaba nuestras vidas y las gobernaba con el rayo en ristre, el padre divino del que me susurraban cosas las criadas mientras me peinaban.

Era él quien me había generado, decían: se prendó de mi madre y para acercársele sin asustarla se transformó en cisne. Así fue como puso un huevo en su matriz y nació yo. Nunca me convenció mucho semejante historia: ¿por qué razón iba mi madre a permitir que se le acercase un cisne?

En ese momento, sin embargo, la idea de que el propio padre de los dioses cuidase de mí resultaba tranquilizadora, y también me aferré a ese destello de esperanza.

Alguien acudiría, estaba segura.

Solo tenía que aguardar, con la esperanza de que entretanto no se me agrietaran las plantas de los pies.

Llegamos a nuestro destino tras unos cuantos días de cabalgada y solo entonces descubrí que la minúscula ciudad a que me habían traído llevaba el nombre de Afidnas.

Durante el viaje, nadie me había rozado, y estaba convencida de que lo peor que podía ocurrirme era que se me deslustrase el pelo.

Cuando Teseo me llevó a una alcoba me sentí molesta, pero solo porque no me gustaba la compañía de los hombres. No sabían peinarme, eran bastos y vulgares, y en Esparta nunca ocurrió que ninguno de ellos estuviese a solas conmigo en la misma habitación.

Me arrancó el peplo manchado de tierra, la sorpresa me dejó sin aliento, pero no me cubrí. Lo miré con la cabeza alta, blandiendo mi cuerpo como una espada.

Estaba tan orgullosa de él que, creía yo, nadie osaría rozarlo.

Quería intimidar a Teseo, impedir las cosas horribles que, me daba cuenta, estaba a punto de hacerme.

Y con un hombre inteligente quizás habría funcionado.

Pero Teseo no era más que un héroe.

De la propia violencia no recuerdo mucho: el rostro de Teseo se confunde con el de otros mil hombres. No recuerdo dónde me tocó, cuánto aguardó antes de arrojarme sobre la cama, qué parte de mi cuerpo agarró primero. Con los hombres que lo siguieron encontré esa misma violencia.

El dolor ya pasó, pero el asco sigue igual que la primera vez.

Desgarro, miedo, sudor, ardor en la garganta, sábanas pegajosas, hedor, aliento cálido, confusión.

Pero, en cambio, nunca sentí vergüenza. Nunca.

¿Por qué tendría que haberla sentido?

Son ellos quienes deberían avergonzarse, todos los Teseos cuyos rostros, hoy, se agolpan en mi memoria.

Yo no he pedido nada.

Cuando terminó conmigo me dejó sola sobre aquella cama enorme, despatarrada, desnuda y chorreando sangre.

Parecía haberle gustado, y yo me pregunté cómo habría hecho para que no le diera asco también a él, para no salir huyendo de mi sudor maloliente, de mi sangre y de mi miedo.

Tan pronto como salió, vomité en el suelo de piedra, cuidando de no manchar más las sábanas, y me palpé los muslos. Al principio pensé que quizá me hubiese llegado el ciclo en ese mismo momento, y no me preocupé.

Mi cuerpo estaba intacto.

Luego me di cuenta de que aquella sangre era demasiado roja y fresca y que debía de haber una herida en alguna parte.

Me palpé entre las piernas. Era de allí de donde venía y allí donde sentía el mayor dolor. Parecía como si mi cuerpo estuviese llorando por el sitio equivocado.

Me quedé mirando el techo de piedra, aterrorizada e inmóvil, temiendo que al menor movimiento la herida se agrandara y me desgarrase, hasta que me quedé dormida.

A la mañana siguiente, una esclava me ayudó a lavarme y a ponerme un peplo sutil e impalpable. Lágrimas de rabia me subieron a los ojos mientras le mostraba mi sangre a una extraña, pero logré contenerlas.

Poco después vi a Etra por vez primera.

Cuando me condujeron a la habitación más grande del gineceo, allí estaba ella, tejiendo, rodeada de esclavas y envuelta en un manto de lana.

—Ah, aquí está la chica. —Fue lo único que dijo cuando entré.

Me impresionaron sus ojos oscuros y llenos de vida, sus manos callosas. No supe cómo

clasificarla entre las mujeres que había visto hasta entonces. No era desde luego una sierva, pero tampoco me parecía una reina como mi madre. Hizo salir a todas las esclavas de la habitación con un mero gesto y me ordenó que me sentase a su lado.

No me gustaba obedecer, pero me resultaba insoportable caminar o permanecer de pie y la barriga me dolía como si mil agujas se me estuviesen clavando rítmicamente en la carne, de modo que hice lo que me decía.

Me comunicó que era la madre de Teseo.

—Y tú eres la muchachita de Esparta.

Me escudriñó la cara con los ojos durante largo rato, después sus iris marrones se desplazaron por el resto de mi cuerpo, que el peplo apenas ocultaba.

—Eres guapita, pero me esperaba más.

Aquellas palabras me hirieron más profundamente que todos los acontecimientos del día anterior. Me dejó tan descompuesta la imprevista y horrorosa sospecha de que mi belleza no valiese nada fuera de Esparta, de que yo no valiese nada, que no logré responderle con ninguna de las expresiones de indignación que me afloraron en la mente.

Etra se rio y me pellizó una mejilla, otra confianza que me pareció imperdonable. Y, sin embargo, su mano olía a tela limpia, y yo aspiré alegremente ese hálito de orden y dulzura. Pidió que le contara con detalle todo lo que su hijo había hecho conmigo, desde el momento del rapto hasta la pasada noche.

Carente como estaba del menor atisbo de personalidad, lo único que supe hacer fue contestarle. Nadie me había explicado nunca cómo comportarme con la madre de un hombre que acababa de violarme.

—Creía yo que la maravillosa Helena de Esparta haría algo mejor que dejarse violentar sin mover un dedo —dijo ella. Luego debió de leer el desconcierto en mis ojos, porque se ablandó—. Pero, por otra parte, todavía eres una niña pequeña.

Me comunicó que Teseo se había marchado con Pirítoo, para otra valentona: raptar a una chica.

—¡Si admitiese que ama a ese chico y dejase en paz a todas las muchachitas en vez de acosarlas! —añadió luego, como si se le escapara.

El sentido de estas palabras me pareció oscuro y terrible, y no tuve el valor de preguntarle nada.

También me comunicó que no debía temer otros ataques, que podía estar tranquila en esa gran habitación limpia, esperando que alguien, en Esparta, se acordara de mí y viniera a recogerme.

Me tranquilicé.

—Si no tienes nada mejor que hacer, puedes disfrutar de mi compañía —dijo para terminar.

No tenía nada mejor que hacer.

Fue Etra, durante aquella ristra de días todos iguales, como las perlas de un collar, quien me enseñó cómo hay que estar en el mundo.

Me explicó antes de nada que la belleza no es algo que se tiene y basta. Es un hilo precioso que debe utilizarse para tejer lentamente maravillosos paños en un telar. Entonces es cuando adquiere su verdadero sentido.

Me dijo que mi destino sería sufrir, sufrir mucho, porque era demasiado bella para tener otro destino. Pero podía elegir entre sufrir yo sola o hacerles también la vida difícil a quienes me rodeasen, construyendo a mi alrededor un mundo en el que yo estuviera a salvo y los demás sintieran miedo.

—Será duro, pero de placer ni siquiera intentaré hablarte —me dijo—. ¿Qué placer puedes tú esperar de la vida? Dudo que después de lo que te ha hecho mi hijo consigas intentarlo con un hombre, y si te da por enamorarte será mucho peor para ti, porque luego estarás aún más afligida que antes. ¿Qué queda? No te hablo tampoco de las joyas y las bellas vestiduras, no te considero tan estúpida como para pensar que alguna vez puedan hacerte verdaderamente feliz. No, la gloria solo puede venirte del poder. Y para tener poder has de aprender a ser bella del modo adecuado.

Ahora, naturalmente, estas palabras me hacen sonreír.

Ahora tendría yo muchas cosas que enseñarle a Etra sobre la felicidad, podría estar meses o incluso años hablándole sin parar. Como, por ejemplo, de la felicidad que puede experimentarse cuando el sol ardiente de Asia abrasa un par de brazos desnudos.

Su influencia sobre mí sigue siendo tan grande que, a veces, en mitad de estas reflexiones, me pregunto si no estaré delirando, si todo lo que creo haber comprendido de la vida no será otra cosa que un añadido ilusorio y sin resolver en torno a lo que me enseñó Etra siendo yo una muchachita.

Mi idea del sufrimiento, en aquella época, aún era vaga. Y para dejarme claro lo que quería decir, Etra añadió que a lo largo de toda mi vida decenas y más decenas de hombres me harían lo que me había hecho su hijo la primera noche. Sería horrible, pero si fingía estar de acuerdo podría sacar provecho.

Ahora sé que me odiaba y me compadecía al mismo tiempo.

Me odiaba lo suficiente como para experimentar un avieso placer en aterrorizarme, y me compadecía, tal vez, porque la hacía acordarse de sí misma cuando era niña. Quizá hubiera deseado que alguien le hubiese dicho en el momento justo lo que ella me estaba diciendo ahora.

Raramente se me ocurría algo que responderle. Me limitaba a beber sus palabras como agua purísima, anotaba frenéticamente en la memoria lo que no comprendía, en espera de traerlo a colación más adelante.

Me enseñó a identificar a las personas inteligentes.

—Son, por lo general, quienes permanecen en silencio —me dijo—. Mujeres, en su mayor parte. Nosotras no tenemos nada que hacer, más allá de observar y pensar. De modo que lo hacemos mejor que los hombres, que están siempre moviéndose y agitándose.

Por las noches, antes de dormirme, repasaba lo que me había dicho Etra durante el día e intentaba clasificar a las personas que conocía según fueran inteligentes o estúpidas.

Mi hermana Clitemnestra era inteligente. Aún no comprendía bien su modo de mirarme, pero se notaba en sus silencios y en su soledad que estaba destinada a grandes cosas.

Cuando se lo dije a Etra, ella torció el gesto.

—Rara vez una mujer está destinada a cosas grandes y bellas. Es mucho más probable que la esperen cosas terribles.

En cuanto a mi madre, la estupefacción con que me miraba cada vez que nos encontrábamos de frente me reveló que era estúpida. Tener por fin una palabra con la que timbrarla fue un alivio.

Mi padre, desde luego, no era inteligente, pero sí sensato, en la medida en que sus obligaciones como rey lo incitaban a no comportarse como un perfecto idiota.

Cástor y Pólux, por su parte, no tenían necesidad alguna de ser inteligentes. Eran héroes. Quizá de la misma estofa que Teseo, y esa idea me desagradó.

Y yo, ¿lo era? Esa pregunta me atormentaba, pero no me atrevía a trasladársela a Etra.

Pero reflexionaba todo lo posible, con la esperanza de que así aprendería a ser inteligente, igual que aprendía a ser bella.

En aquel periodo estuve extrañamente tranquila. No había en mí nada de lo que habría debido agitarse en el ánimo de una muchacha apartada de su casa por la fuerza, entre extraños. De hecho, me encontraba perfectamente a gusto. Solían darme escalofríos cuando pensaba en lo que podía suceder después, en espera de algo grande y perentorio.

Ahora sé que esperaba mi vida, de la que estos acontecimientos extraños y terribles no eran más que un adelanto.

Tenía que estar preparada.

Estaba bien, en Afidnas, pero sabía que no iba a quedarme allí para siempre, y, aunque se empeñara en hacerme creer lo contrario, también Etra lo sabía.

Encasillaba los días, uno tras otro, y adquiría informaciones, ponía en movimiento todos los engranajes de mi cabeza, parados hasta ese momento.

Pero el verdadero campo de pruebas sería Esparta.

Fue así como un día la vida que yo esperaba tomó cuerpo de improviso en Cástor y Pólux, unidos para liberarme.

Cuando entraron en la habitación donde estaba charlando con Etra y aprendiendo a tejer, me puse en pie para saludarlos, en un movimiento único y fluido. Ellos dejaron caer las espadas, muy cohibidos.

Mantuve una sonrisa. Noté que les costaba reconocermé.

—¿No pensáis saludar a vuestra hermanita? —les musité.

Ellos asintieron en silencio.

Me acerqué sin mirarlos, luego me volví en dirección a Etra y le dije:

—Ven.

Etra me siguió, enmudecida de estupor al ver en la práctica lo que ella misma había creado; y se convirtió en mi esclava.

En casa esperaban verme llegar hundida, una humilde criatura dispuesta a pedir perdón con la mirada por todo lo que le había ocurrido. Pero, como a menudo se me ha reprochado, yo no tengo noción de la vergüenza.

Etra me había advertido de que no me esperase una acogida festiva:

—Te tratarán como a una apestada —me había dicho—, y llorarán al verte.

Así fue, pero yo no alteré mi compostura, y ello incomodó a mi nueva esclava.

—Debes aprender el arte del disimulo, Helena de Esparta —me musitó con rabia mientras me cepillaba el pelo, la noche de mi regreso.

Me habían adjudicado una nueva habitación, supongo que para tenerme alejada de Clitemnestra, no fuera a contaminarla. Ya no pensaba seguir los consejos de Etra. Verla convertirse en mi sierva, tras haber sido mi mentora, no me había producido ningún trastorno, como si hubiera sido un proceso natural, como el día se trueca en noche. Era consciente de haber tomado de Etra todo lo que me fue posible, y ahora era ella quien me necesitaba a mí, más de lo que yo nunca la había necesitado a ella. Haberla hecho mi esclava, me decía, para liberarme de todo sentimiento de culpa, había constituido casi un acto de piedad. Si Teseo la hubiese encontrado en casa tras mi liberación, le habría dado de azotes por tolerar que se me llevaran.

Mi padre me hizo examinar por una vieja partera.

No vi motivo para someterme a esa visita tan desagradable. Si alguien me lo hubiese preguntado, yo misma habría suministrado la información necesaria: ya no era virgen y no estaba encinta. De hecho, ahora que conocía el significado de esas palabras, estaba deseando utilizarlas, y me habría gustado que alguien dignificara mi aventura preguntándome qué me había pasado.

«Cuéntanos, Helena», tendría que haberme pedido.

Y yo lo habría contado todo, hasta el más repelente detalle.

Pero nadie me preguntó nada, y yo soporté apretando los dientes los dedos ganchudos de la esclava, bullendo en mis partes íntimas.

Mientras yo me vestía, la partera fue a darle el veredicto a mi padre, apostado al otro lado de la puerta.

—Habría sido mucho esperar, recuperarla intacta —lo oí murmurar—. ¿Qué voy a hacer con ella?

Luego me llegó una voz, la de Cástor, o la de Pólux, me resultaba imposible distinguirlas, que respondía sin vacilación:

—No te preocupes, padre, no importa nada. Tendría todos los pretendientes de Grecia aunque estuviese preñada de tres meses.

No se equivocaba.

La noticia de que Helena de Esparta había sido raptada y desflorada por Teseo, hijo de Egeo, se había difundido rápidamente por todas las ciudades cercanas, y para que alguien siguiera queriendo casarse conmigo era necesario incrementar el mito de mi belleza, permitiéndome salir del palacio real lo más a menudo posible.

No tenía prisa alguna, ni tampoco ganas de casarme, pero aquel periodo fue uno de los más felices de mi vida. Las frecuentes apariciones en público que me imponía mi padre me suministraban una buena ocasión para ejercitar todo lo que había aprendido de Etra.

Me concentraba al máximo en que cada gesto, cada palabra, cada pensamiento, fascinase a todo el que tenía delante. Tras las primeras tentativas, alcancé la perfección, hasta el punto de no tener ya que empeñarme para estar espléndida y así poder dedicarme al resto de las enseñanzas que me había impartido Etra, las concernientes a las demás personas.

Las escuchaba incluso cuando no tenía por qué, las clasificaba. Por una parte, estaban aquellos con quienes podía hablar libremente, por otra, los que debía evitar.

Me interesé por primera vez en mis esclavas, y con ayuda de Etra logré rodearme de un grupo selecto de sirvientas dignas de confianza: inteligentes, algunas; estúpidas y calladas, otras.

Etra nunca me había hablado de los múltiples matices que hacen únicas a las personas, y por consiguiente esas sirvientas no eran más que meras plantillas para mí, proyecciones de un modo de pensar que me tenía acostumbrada a clasificar a la gente en pocas categorías.

Aprendí a tratarlas con cuidado y cortesía, a preguntarles si tenían todo lo que necesitaban, a hacerles pequeños regalos imprevistos y totalmente arbitrarios, para ganármelas, sin parecer demasiado generosa. Cuando me consideré suficientemente entrenada, utilicé el mismo método con mi padre. Le dirigía la palabra más frecuentemente que Clitemnestra o mi madre, pero no tanto como para resultar insolente. Al principio, pareció sorprenderse. Nunca nos habíamos hablado más de lo estrictamente necesario. Luego se acostumbró a nuestras charlas, y creo que le creció en el pecho una especie de afecto a mi persona.

Apenas acababa de descubrir cuántas cosas maravillosas podía llevar a cabo parándome a reflexionar sobre mis actos e insertando cada hecho en un marco más grande y complejo. Si Etra no me hubiese recordado de vez en cuando que mi objetivo era muy serio, es decir, obtener una vida en que el sufrimiento quedara reducido al mínimo, también habría podido creer que estaba haciendo todo eso solo por jugar.

De noche, soñaba con praderas extrañas.

El escenario que me atormentaba era siempre el mismo, pero al despertar solo recordaba el

balido de unas ovejas y el verde descolorido de la hierba. Empecé a hacer ejercicios de concentración, por la noche, para recordar lo más posible de mi sueño. Me lo había enseñado con gran secreto una de mis criadas, la pequeña Antea, quien decía haber tenido una madre capaz de leer el futuro de los pueblos y de los reinos en los sueños de la gente.

Con los ojos cerrados, bajo las sábanas, reproducía en mi imaginación el paseo bucólico que me atormentaba por las noches. Me aferraba a todos los detalles. La esclava me había explicado que no era importante que me pareciera inventar detalles, que lo fundamental era conseguir recrear el escenario con la mayor precisión posible. Entonces, pensaba: «Esta noche soñaré este prado».

La parte más difícil era mantener detenida la mente en ese único pensamiento mientras me deslizaba por el sueño. Antea me había advertido que cualquier divagación comprometería el objetivo.

Las primeras noches fueron frustrantes, me parecía registrar muy pocos progresos, pero cada vez me resultaba más fácil adormecerme con la pradera clara en mente, y al fin una mañana me levanté de la cama con el sueño todavía vívido y palpitante en la cabeza.

Permanecí unos minutos inmóvil, con los ojos dilatados en el empeño de grabarme en la memoria todos los detalles, temerosa de que se me escapasen.

Ni que decir tiene que lo que estaba destinado a desvanecerse se desvaneció a pesar de mis esfuerzos, pero ya nunca olvidé lo fundamental de aquel sueño: Afrodita, desnuda y luminosa, me había vendido a un pastorcillo, con las sandalias sucias de estiércol de cabra, a cambio de una manzana.

Etra se rio cuando se lo conté y me dijo:

—Estás tan ansiosa por encontrar marido que piensas que la propia Afrodita debería meter baza en el asunto; pero no lo admites.

Etra estaba convencida de que el matrimonio era parte integrante de mi proceso para obtener una vida larga y libre de sufrimiento.

Yo, en cambio, no sentía ninguna necesidad de verme atada a un hombre y depender de él tanto como ya dependía de mi padre.

Incluso llegaba a poner en duda que una vida larga y libre de sufrimiento fuese lo máximo a que podía aspirar.

El recuerdo de mi rapto, de la violación y de la estancia en Afidnas había con el tiempo adquirido un color extraño, más luminoso que el original.

Cuando pensaba en Teseo, en el miedo y la repulsión, ahora me parecía verlo desde fuera. Las emociones que me habían movido seguían vivas e igual de rotundas, pero habían dejado de morderme el corazón, mientras que la extraña excitación que me había invadido al regreso, antes de la visita de la partera, continuaba teniéndome intranquila.

«Cuéntanos, Helena». Eso seguía sin habérmelo dicho nadie, ni siquiera mi curiosa y brillante hermana. ¿De qué me servirían el dolor, el miedo, ese nuevo mundo que se me ofrecía por delante, si debían quedar para siempre encerrados dentro de mí?

Le hablé del sueño también a la pequeña Antea. No era mi intención hacer de ella una confidente privilegiada, de modo que se lo conté riéndome, como si fuese una cosa de poca monta, y mientras me peinaba.

Dejó caer el peine.

—¡Qué desgracia, señora! —gritó—. Si una diosa ha puesto sus ojos en vuestro destino, tenga por seguro que no le dejará ir, pase lo que pase. Podría, incluso —la voz aguda de Antea viró hacia el terror—, ¡forzarle al adulterio!

Cualquier otra princesa habría despedido a Antea de mala manera. Yo me limité a pedirle que bajara la voz y que no se metiera donde no la llamaban. Y ella siguió peinándose, temblorosa.

La idea de verme obligada al adulterio con un marido que aún no conocía no me perturbaba. El rapto de Teseo en la flor de mi adolescencia me había impedido adquirir el menor sentido de la moralidad. Tal como la entendían quienes me rodeaban. No alcanzaba a distinguir entre lo justo y lo erróneo, como hacían todos los demás. Me atenía a una cartilla personal de lo justo y lo injusto que se iba enriqueciendo por días y que entonces ya no compartía ni siquiera con Etra. Me inquietaba, sin embargo, que mi destino ya estuviese escrito, que Afrodita ya hubiese decidido qué sería de mí, adjudicándose por otra parte un papel que parecía irme bastante mal. ¡Adúltera, yo!

El adulterio suponía que yo decidiese con plena libertad yacer con un hombre que no fuese mi marido. La idea de yacer con un hombre me disgustaba, la de yacer con otro más me repugnaba. Aún recordaba las palabras de Etra la noche siguiente a mi violación, cuando me dijo que la cosa habría sido horrible en cualquier supuesto, pero que si hubiera fingido estar de acuerdo habría podido sacar provecho de ello.

Así, pues, debería haber fingido primero para complacer un designio de mi padre, y luego otro de Afrodita.

Yo, la mujer más bella del mundo...

Si la belleza era de veras el poder, ¿por qué no podía hacer nada sin consultar a alguien por encima de mí?

Y, sin embargo, no llegué a abjurar de mi belleza. Nunca lo hice. Me gustaba ser bella y no me sentía culpable. Hacerlo habría sido hipócrita por mi parte. Cualquier mujer del mundo, entonces y ahora, habría vendido el alma por ser yo, y me encantaba tener conciencia de ello.

El día en que mi padre decidió que había llegado el momento de casarnos a las chicas llegó rápidamente, cuando yo aún no había cumplido los quince años. A su decisión pudo contribuir la constatación de que Cástor y Pólux ya habían emprendido el intrincado y aventurero camino que los llevaría lejos, hasta el cielo, entre las estrellas —decían algunos—, pero en todo caso no al trono de Esparta. Intuí que una de las dos, Clitemnestra o yo, tendría que casarse con un segundón.

Etra pensaba que sería mi hermana.

—Para ti, mi señora, habrá tal acumulación de pretendientes que tu padre no podrá elegir con frialdad.

Me pregunto ahora en qué habría podido basarse para decidir. Mi padre jamás había sido una persona inteligente ni emprendedora, dudo que hubiera sido capaz de localizar un buen rey para Esparta.

Fue mi hermana quien resolvió mis dudas, una de las pocas ocasiones en que intercambiamos confidencias.

Hacía varios días que mi padre daba hospitalidad a dos extranjeros exiliados, dos hermanos, príncipes de Micenas expulsados de su ciudad por unos usurpadores de su propia familia. Su presencia en Esparta era un secreto, y a nosotras, las chicas, no se nos había permitido entrar en contacto con ellos. Evidentemente, lo sabíamos todo por las criadas.

Agamenón y Menelao.

No puedo evitar una sonrisa al recordar mi ingenuidad de entonces, la novedad que representaban para mí aquellos nombres, la esperanza y la ingenuidad con que los articulaba mi lengua.

No intenté acercarme a ellos a escondidas. Alimentaba muy poca simpatía por los hombres, y verlos sin tener ocasión de hablar con ellos se me antojaba inútil.

Clitemnestra no era de esa misma idea.

A pesar de su ingenio, siempre mantuvo, ya desde su primera juventud, una insensata pasión por los varones. No sé si pudo ser esto lo que echara a perder sus infinitas posibilidades. Me resulta difícil responder a las preguntas que a ella se refieren.

Comoquiera que sea, mi hermana deseaba absolutamente encontrarse con los dos extranjeros y tenía sus métodos para conseguirlo. Pasadizos secretos, puertas entreabiertas, complicidad de las criadas.

—El más guapo es el joven —nos contaba a mí y a unas esclavas—. Tiene unos rizos rubios adorables. También es el más tímido, se pone colorado cada vez que le dirigen la palabra. Agamenón es más decidido, pero es bajo y está lleno de pelos oscuros. Si tuviese los ricitos de Menelao, sería el hombre perfecto...

No me era posible compartir su entusiasmo, pero sabía que si no hubiese descubierto ya lo que significaba estar con un hombre, quizá hubiera estado aún más eufórica que ella, aunque solo hubiera sido por la novedad.

Una tarde, regresó especialmente radiante.

No le pregunté qué había descubierto, casi por despecho, pero era evidente que quería contarlo. Siempre le he envidiado esa capacidad de comprometerse con la vida, que hacía su inteligencia aún más viva y brillante. Yo he hecho planes, he engañado. Pero sé que haciéndolo no he experimentado ni la mitad de las emociones que ha experimentado ella.

Al final fue Etra quien le hizo a Clitemnestra la pregunta que ella esperaba, y le encantó contestarle.

—Nuestro padre ha decidido cómo disponer nuestro matrimonio.

En la alcoba solo estábamos nosotras tres y las criadas más jóvenes y fieles, Antea y una muchacha llamada Melisa. Mi hermana no abrió la boca hasta estar segura de tener toda nuestra atención.

—A mí me desposará con Tántalo, el nuevo rey de Micenas, para tranquilizar sus sospechas sobre la complicidad de nuestro padre con los príncipes exiliados. Pero será un matrimonio fingido —se apresuró a añadir—. Cuando toda la ciudad esté distraída con las celebraciones nupciales, los soldados de la escolta de nuestro padre, entre los cuales se ocultará Agamenón, saquearán Micenas. Entonces, Agamenón, sin que nadie se lo impida, matará a Tántalo antes de que pueda tomarme, y a continuación se unirá a mí como legítimo esposo y rey de Micenas.

La idea la tenía exaltada. Reconozco que semejante aventura también me fascinaba a mí, y me pregunté, no sin cierta irritación, por qué habría elegido mi padre como cebo a Clitemnestra, en vez de a mí. Etra me explicó que era el precio que me tocaba pagar por haber hecho que me tomara cariño.

Pero ¿había sido de veras una elección de mi padre?

No me entraba en la cabeza que hubiera podido alumbrar una idea tan diabólica, como la calificó a media voz la pequeña Antea, temblorosa y asustada.

En cuanto conocí a Agamenón, no tuve más dudas. Era él quien había urdido el plan. Y había escogido a Clitemnestra, en vez de a mí, porque era un hombre maduro y sabía muy bien que una mujer demasiado bella lo mismo podía ser una maldición que una bendición.

Mi hermana hizo una larga pausa para recuperar el aliento y luego prosiguió su relato por la parte que faltaba, la referente a mí:

—En cuanto a Helena, nuestro padre ha recibido a algunos pretendientes durante los últimos días.

Fruncí el entrecejo. Por supuesto que Clitemnestra sabía de quiénes se trataba y qué aspecto tenían, desde el momento en que pusieron el pie en casa, pero había decidido no decírmelo.

—Parece que uno de ellos, el rey de una isleta desconocida, le sugirió que permitiera a Helena elegir su favorito entre quienes piden su mano. Los demás, lo único que tendrán que hacer es jurar solemnemente que respetarán su elección y que declararán la guerra a quien incumpla tal promesa. Menelao será uno de los aspirantes.

En cuanto dejó de hablar, puso en mí su mirada cargada de pena. Haber sido elegida la tenía exaltada, y la posibilidad de que pudiese serlo yo debía de parecerle muy poca cosa en comparación.

Yo, en cambio, estaba satisfecha. Seguía menospreciando la idea del matrimonio, y no aspiraba a un marido con ricitos de oro. Pero si tenía que elegir a uno de los pretendientes, tendría que conocerlos a todos. No faltarían banquetes, fiestas y ocasiones para hablar con ellos.

Iba a ser increíblemente divertido.

No podía escapar del matrimonio, o al menos eso creía. Quizá hubiera podido encontrar algún modo de impedirlo, quizá hubiera algún otro camino, pero los medios para imaginar un destino distinto para una mujer no estaban aún a mi alcance. Por más que me empeñara, no lograba imaginar qué podía hacer en la vida si no me casaba. Cada vez que lo pensaba se me plantaba delante la imagen confusa de un prado verde desolado y espantoso.

De modo que, ya que tenía que casarme, la idea de poder elegir y de divertirme haciéndolo me levantaba el ánimo.

—Ya te dije hace tiempo cuál es el destino de una mujer inteligente —me musitó Etra aquella noche, antes de meterme en la cama—. Cosas grandes y terribles.

—¿Y yo? —le pregunté, con un barrunto de celos.

No me parecía tan mal lo del destino grande y terrible.

Etra rio sin decir nada.

—Tú eres una cosa grande y terrible.

A la mañana siguiente, nos convocó mi padre y nos dijo parte de lo que ya nos había contado Clitemnestra la noche anterior.

A ella solo le anunció que la había prometido como esposa a Tántalo, rey de Micenas, de antigua estirpe, y que su cortejo nupcial partiría de Esparta al cabo de veinte días.

A mí me dijo que dentro de poco se reuniría en Esparta un grupo de pretendientes. Yo podría elegir a quien considerara más adecuado para marido.

Era una situación anómala y extraordinaria, y mi padre me lo dio a entender con una mirada cargada de seriedad.

Tenía en mis manos las riendas de mi destino.

Los hombres ya estaban listos extramuros de la ciudad, y mi padre me comunicó que dispondría de veinte días para elegir, que a la mañana siguiente haría jurar a todos los pretendientes, sobre la piel de un caballo sacrificial, que respetarían a cualquiera que tuviese la fortuna de salir elegido, y que acudirían en mi socorro si alguno de ellos intentase violarme. Esa misma tarde habría un banquete en el que yo también participaría.

Sonreí, saboreando el regusto de poder que ya me bajaba por la garganta.

Etra tenía razón, era la cosa más parecida a ese placer que no llegué a experimentar cuando me violó Teseo.

Siguieron días de risas y miradas, de perlas y púrpuras, de un peplo nuevo cada noche, de vino poco aguado y de broches dorados en el pelo.

Los pretendientes eran demasiados como para conocer a cada uno de ellos con detalle.

Hablé con todos, a todos les di las señales suficientes para que se considerasen entre los preferidos, atenta a no comprometerme.

Al cabo de un tiempo se me hizo más difícil conversar con los que ya tenía descartados, y me pareció más divertido observar sus rostros desmarrados cuando pasaba por su lado, ignorándolos.

Áyax Telamonio era de color oscuro, demasiado parecido a Teseo para poder tomarlo en consideración, y mortalmente aburrido.

Alcmeón llevaba la locura en los ojos, y cuando le hablaba solía extraviar la mirada en cosas que solo él veía.

Diomedes tenía un ingenio desatento y vulgar, en contraste con su buen aspecto. Era un dolor tener que reírle los chistes verdes.

Odiseo me atraía y me repelía a la vez. Me habría quedado hablando con él todas las noches durante toda la noche, tan interesante era su conversación. Pero era pequeño, moreno y rey de una isla perdida que Clitemnestra mencionaba con desprecio.

—¿Cómo es que un hombre tan listo como tú quiere casarse con una mujer como yo? —le pregunté una noche.

El me dirigió una sonrisita sombría y enigmática.

—Pero, señora mía, ambos sabemos que no vamos a casarnos. Tienes muchísimos pretendientes donde elegir, más ricos y más apuestos que yo. Pero no quiero perderme el espectáculo.

Odiseo tenía razón, no me habría casado con él, pero no porque fuera menos apuesto o menos rico que los demás, sino porque era inteligente.

—Guárdate de los hombres inteligentes —me había advertido Etra—. Aún no lo sabes, y podrías dejarte fascinar por las cautivadoras palabras del rey de Ítaca, pero a largo plazo sería él quien te dominara a ti, y no al contrario.

Tenía razón.

Tenía que escoger por marido a un estúpido, pero no tanto como para que pasar el tiempo con él resultara un tormento. Debía elegir a uno que me venerase, honrándome y respetándome como a una diosa. Un segundón, probablemente. Esparta estaba haciéndose más mía con cada día que pasaba, y me habría disgustado abandonarla.

Y luego, añadía para mí misma, debía ser franco, tierno y delicado. No soportaría otro Teseo.

Como puede verse, por mucho que afirmara que solo me casaba porque me obligaban a hacerlo, tenía ideas muy concretas en lo tocante a los hombres. Sí, porque me divertían. Me fascinaba el olor del mundo exterior, las aventuras y la confusión que llevaban consigo, y no me importaba estar en su compañía durante los días de cortejo.

Y, sin embargo, habría preferido no meter a ninguno en mi cama. No necesito añadir nada para describir lo que sentía.

Con el paso de los días, mi elección empezó a tomar forma.

Menelao el Rubio se sonrojaba cada vez que le dirigía la palabra y ello le granjeaba la burla permanente de Diomedes y otros. Solo me llevaba unos años, y no era especialmente listo. Nada que ver con la placentera conversación de Odiseo, pero de vez en cuando sabía ser divertido.

Tenía las manos grandes, suaves y pulidas. No deseaba sentir las sobre mi cuerpo, pero las raras veces en que me rozó para escanciarme vino su contacto me pareció tan leve que, pensé, apenas lo notaría.

Y así fue como el vigésimo día, mientras salía de Esparta el cortejo nupcial de mi hermana, le

comunicué a mi padre que había elegido por esposo a Menelao, hijo de Atreo.

Las nupcias duraron tres días, pero esos tres días están enredados y confusos en mi memoria.

Recuerdo a las siervas festivas que me ayudaron a vestirme, los dedos suaves y temblorosos de Menelao cuando me retiró el velo de la cara, los deliciosos pasteles de miel del banquete. Hubo también sus dimes y diretes entre los criados. Porque lo de Menelao y yo no había sido un verdadero matrimonio, visto que él no me había llevado a su casa, que por otra parte no poseía, de modo que habíamos permanecido en el palacio de mi padre. Las criadas me miraban con conmiseración, como si fuera motivo de sufrimiento que no me hubiesen arrancado de mi hogar.

Yo las ignoraba, alegrándome de haber hecho una elección tan sensata.

Cuando las puertas de nuestra nueva alcoba se cerraron tras nosotros, me entraron temblores. Reviví la escena con Teseo, ocurrida casi cuatro años antes, aunque el muchacho que tenía ahora delante fuese tan distinto.

Y, sin embargo, percibía como una sórdida amenaza su naturaleza viril, la fogosidad que le haría perder la luz de la razón en cuanto me viese desnuda.

Etra me había recomendado que no permitiese que se hiciera con el control de la situación.

—Debes ser tú quien te entregues a él, no él quien te tome. Da igual que no te apetezca: tiene que suceder —me dijo.

Yo no sabía por dónde empezar.

Había aprendido a hacer que mi cuerpo resplandeciera con su luz mejor, con el porte adecuado, con una mirada segura y altiva, y dispensando sonrisas en el momento justo; pero lo había hecho para mí misma. Nunca había reflexionado sobre cómo cautivar a un hombre con ese cuerpo, siempre había concebido la belleza como algo mío, no como un regalo para los hombres.

Fue por eso por lo que me quedé paralizada.

Por otra parte, a él le pasaba lo mismo. Se perdió en balbuceos sobre mi magnificencia, se puso rojo, se secó en la túnica el sudor de las manos. No se me ocurrió otra cosa que empezar a soltar los corchetes que mantenían cerrado el peplo, dejando que este cayera al suelo. Era lo que había hecho Teseo años antes, y yo no conocía ningún otro gesto que pudiera dar inicio a aquella noche.

Como era de prever, Menelao perdió la vergüenza en cuanto me vio desnuda.

Me tomó del mismo modo rápido y descontrolado en que me tomó Teseo, tras arrojarme sobre la cama y desnudarse él a toda prisa.

De nuevo me sentí mal, muy mal. Cien agujas juntas que me perforaban el vientre.

Volví la cabeza y mordí la sábana para no gritar.

Luego, Menelao pareció satisfecho.

Se dio la vuelta y se durmió al instante.

Yo me situé lo más lejos posible de su olor a sudor. Me pasé el dedo por los muslos, preocupada; pero esta vez no era sangre.

Los primeros tiempos fueron aburridos. Ni mi marido ni yo sabíamos qué hacer.

Él le echaba de vez en cuando una mano a mi padre en los asuntos de la ciudad, para adiestrarse en el mando, pero la mayor parte del día se lo pasaba vagando por el jardín.

Yo intentaba hilar en las habitaciones del gineceo, pero carecía de estímulos, añoraba los días gloriosos en que aún no estaba casada y se me permitía ver a la gente y participar en los eventos públicos.

Enseguida comprendí que ahora que tenía marido había perdido todo interés y valor a ojos de mi padre: en lo que a mí respectaba, su misión había terminado.

De vez en cuando visitaba a mi madre, quien, por su parte, solo hablaba de Clitemnestra, de cuánto la echaba de menos. No tenía una relación estrecha con mi hermana, pero en aquel periodo hasta yo la eché en falta. Añoraba su exuberancia y la novedad que sabía aportar a cada día con una simple ocurrencia o con algún secreto.

De Micenas nos habían llegado noticias de su matrimonio con Agamenón. Nos mandó decir, mediante el mismo mensaje que anunció la boda, que era feliz y que vendría a vernos cuanto antes. También que seríamos bien recibidas en Micenas. Era hablar por hablar, y sin embargo soñé con ese viaje y con las emociones que me habría aportado.

No quería huir de Esparta, pero tampoco quería estar aprisionada, y la idea de salir y entrar cuando quisiera de aquellos muros me animaba como solo saben hacerlo los deseos irrealizables.

Cuando pasábamos algún tiempo juntos durante el día, Menelao era amable conmigo. Me preguntaba si me faltaba algo, se interesaba por mis actividades, aunque las respuestas no le importaran nada. No obstante, se esforzaba en tratarme como a una persona, y yo se lo agradecía.

Las noches se fueron haciendo cada vez más tolerables. Menelao, según pasaban los días, se iba habituando a mi belleza. Me tomaba con menos prisa, me hacía menos daño.

En cierta ocasión se dio cuenta de que estaba mordiendo la sábana. Se puso pálido, furioso y abochornado. No había comprendido hasta qué punto me resultaba a mí doloroso su placer, pensaba que yo disfrutaba de aquellos momentos como los disfrutaba él. Intenté un gesto de ternura con él. Quería que reclinase la cabeza contra mi pecho, decirle que no se preocupara, que no tenía importancia ahora, pero enseguida me indigné conmigo misma y me induje a despreciarlo, porque nunca me había mirado de verdad.

Era demasiado pronto para que yo pudiera apiadarme de él.

Al día siguiente, hablé con mi criada Melisa.

Etra me solía recomendar que me ganara a Menelao durante la noche, para poder influir en él durante el día; pero no me había explicado cómo hacerlo. Una especie de pudor incomprensible me impedía preguntárselo directamente.

Aún tenía en mente nuestra primera conversación, cuando le conté ingenuamente cómo me había violado su hijo, y ella lo único que supo decirme fue que no habría debido permitirle que me hiciera eso. Como si una niña que recién ha empezado a sangrar pudiese hacer algo contra un hombre el doble de grande que ella.

Melisa tenía amantes entre los servidores de mi padre, y puede que también hubiera otorgado sus encantos a varones de más alto rango. Sabía que tomaba infusiones para no quedarse embarazada, y cuando volvía de algún encuentro con un hombre yo siempre me daba cuenta, porque sonreía con beatitud y canturreaba por lo bajo. Si hubiese sido esclava de mi madre, ya haría tiempo que la hubiesen despedido. Yo no le daba muestras de desaprobación sus costumbres; muy al contrario, esperaba que algún día me resultaran de utilidad, y por ello la había convertido en mi confidente favorita. Dosificaba con cuidado la información que le suministraba, pero estaba bastante segura de que Melisa me lo contaba todo de sí misma.

Aquel día me encerré con ella en una pequeña habitación del gineceo y le expliqué lo que experimentaba y lo que deseaba obtener. No me pareció elegante amenazarla, pero mantuve sobre ella una mirada dura y resuelta, para que le quedase claro que todas y cada una de las palabras de este coloquio debían considerarse rigurosamente reservadas.

A Melisa no le cabía en la cabeza que para mí fuese un problema compartir el lecho con mi fascinante marido. Habría podido contarle lo de Teseo, lo de aquella noche en una habitación grande y fría, pero tenía la sensación de que su iniciación en el sexo no debía de haber sido menos

dolorosa que la mía. Y, sin embargo, a ella parecía gustarle.

¿Era yo quien estaba equivocada?

Escuché sus consejos con la concentrada lucidez del soldado que prepara una misión decisiva.

Primero de todo, los besos. Nadie me había besado nunca, o quizá sucediera cuando era demasiado pequeña para recordarlo. No se me había ocurrido besar a mi marido espontáneamente.

Melisa me dijo que los besos hacían que todo resultase más agradable. «Más tolerable», se corrigió, ante mi escepticismo.

Cuando recibí a Menelao con un beso, aquella noche, ese pequeño gesto mío pareció reavivar en él la fogosidad de los primerísimos días. Lo contuve a tiempo, plantándole con decisión una mano en el pecho. Nunca lo había intentado antes, porque Menelao era más fuerte que yo y no habría dudado en apartar mis brazos y hacer conmigo lo que le apeteciese.

Melisa me había hecho ver que me equivocaba.

—Eso lo hace un bruto que quiere abusar de ti, señora —me había explicado—. Los maridos como el tuyo, en cambio, están convencidos de que las cosas se hacen entre los dos. Sé que eso ahora no te parece posible, pero si tratas de participar, él no te rechazará.

Tenía razón. Aquel gesto mío había servido para excitar a Menelao, que, tembloroso, aguardó a que fuese yo quien lo despojase de su túnica.

Aquella noche no llevé más lejos mi audacia. Melisa me había recomendado que cambiase pasito a pasito, para hacer la metamorfosis más dulce y completa con el tiempo.

La noche siguiente hice que me encontrara ya tendida en la cama, sin vestidos, con la sábana cubriéndome los senos.

La vez siguiente empecé a sonreírle.

Al cabo del tiempo dejó de dolerme. En realidad, no sentía nada, aparte de un cierto fastidio por tener que respirar el sudor de Menelao y permanecer inmóvil debajo de él, habiendo mejores cosas en que ocupar mi tiempo. Me había ejercitado en simular gemidos de placer, como me había explicado Melisa, y eso prendía una lumbre de furia en los ojos de mi marido.

Nunca deseé participar en su fogosidad animal y feroz, en su placer fácil y veloz. Más bien me irritaba el misterio de su satisfacción, de la de Melisa, de la de todas las demás personas que conocía.

Mis días empezaron a mejorar lentamente.

La noche dejó de ser el momento temible de dolor que fue al principio, para transformarse en un deber necesario, divertido incluso, en algunos casos. Observar las reacciones de Menelao ante cada uno de mis actos inesperados se convirtió en mi nuevo pasatiempo.

Durante el día estaba de mejor humor y prestaba más atención a las conversaciones con mi marido. Como por casualidad, dejaba caer en el discurso una alusión a personajes de la corte, a hombres eminentes de Esparta de quienes había oído hablar en los tiempos de mi vida social, y observaba atentamente el rostro de Menelao en busca de señales de fastidio o de sorpresa, pero lo que percibía era alivio.

Mi padre le hablaba a Menelao de los asuntos de una ciudad que él no conocía. No había sido lo suficientemente previsor como para entender que un rey tenía que ser parte de la ciudad en que mandaba, y mi marido rara vez salía del palacio. Por su mirada de alivio, comprendí que había estado esperando una señal mía de colaboración. El honor era lo único que le había impedido solicitarme información directa sobre la ciudad. Captó al vuelo mis alusiones y a partir de entonces, poco a poco, empezó a aceptar mi consejo. Le sugerí de quién podía fiarse y a quién

debía evitar, lo informé sobre la fidelidad de los esclavos, lo puse en guardia sobre determinados aspectos de la personalidad de mi padre.

Hablábamos de todos estos asuntos por la noche, cuando Menelao ya había cumplido con su placer, a oscuras, bajo la sábana.

Aquellas horas se convirtieron para mí en las más esperadas del día. Hablaba por hablar, ahora puedo admitirlo, y no siempre tenía respuesta para sus preguntas, ni la competencia adecuada para darle el consejo más correcto, pero, mientras hablaba, las opiniones se iban haciendo cada vez más claras en mi mente, y a veces llegaba a convencerme de dominar plenamente los asuntos de Esparta, de los ricos que la habitaban y de los problemas que había que afrontar.

Empecé a desarrollar hacia mi marido una ternura risueña y acogedora. No llegué a desear ardientemente su compañía, pero ya tampoco me molestaba.

Poco a poco había acabado convenciéndome de que, a fin de cuentas, a pesar de ser una mujer, me había tocado el mejor destino posible.

Me reforcé en este convencimiento cuando murió mi padre y yo, unos tres años después de mi casamiento, me convertí en reina de Esparta.

Me pone nerviosa hablar de la muerte de mi padre.

Debería haber añorado nuestros raros momentos de complicidad, debería haberme mesado el rubio cabello, debería haber recordado sus canas con cariño y nostalgia.

Mi corazón se rebelaba ante la idea de dolerme por la desaparición de un hombre por el solo hecho de que su sangre fluyera por mis venas.

Por el contrario, me sentía extrañamente ligera, como si se hubiera disuelto por fin alguna de las cargas que pesaban sobre mi cabeza.

Estaba bastante segura de que los sentimientos de mi madre no eran diferentes.

No me constaba que mis padres hubieran pasado mucho tiempo juntos, y en la corte todo el mundo sabía que él llevaba muchos años sin dormir en la misma habitación que mi madre. Y, sin embargo, Leda estaba inconsolable. Se pasaba los días derramando unas lágrimas demasiado copiosas para no ser sinceras, se arrancaba la ropa y el cabello, se negaba a comer.

Ante aquel tremendo dolor que no lograba controlar, convencí a Menelao de que hiciera venir a Agamenón con toda su familia para las honras fúnebres y para la coronación de la nueva reina.

En cuanto llegaron me di cuenta de que a Agamenón no le había hecho ninguna gracia verse obligado a viajar con su mujer y su hija, y que me echaba la culpa a mí de tamaña molestia.

Yo ignoré sus miradas de soslayo y lo recibí con la callada cortesía de una mujer que acababa de perder a su padre. Clitemnestra, por su parte, aplacó los arrebatos de nuestra madre en una hora, y luego pudo dedicar la semana siguiente a contarme con todo detalle su vida de los últimos años.

El embarazo apenas la había hecho ganar peso, y seguía siendo el mismo junquillo flexible que era de pequeña. Nunca estuvo tan efusiva conmigo como en aquellos días. No llegó a decirlo claramente, pero por ciertas frases que dejaba sin terminar, para expresarse a continuación con una alegría incontrolable, comprendí que su vida en Micenas no era feliz. El único hombre que tenía a su lado, allí, era su marido. Un marido que, evidentemente, era muy capaz de acaudillar un ejército, pero no de escuchar a una mujer. Por lo demás, disponía de una gran cantidad de siervas y cortesanas, pero no tenía la menor idea de cómo relacionarse con ellas.

A Clitemnestra siempre se le había dado mucho mejor relacionarse con los hombres que con las mujeres. «Ojalá hubiese nacido varón», se le escapó una vez, mientras observábamos los

juegos de los hijos de las esclavas en el jardín del gineceo.

Esta frase me resonó inesperadamente en la cabeza.

Si hubiese nacido hombre... Y luego ¿qué?

No sabía con precisión a qué nivel me habría llevado la condición de hombre, pero percibía un vago indicio de una libertad enorme e impensable que ahora, como mujer, me estaba negada. Una libertad tan ilimitada que casi daba miedo, el mismo miedo que me daba el prado asolado que representaba mi vida de mujer soltera tal como yo la imaginaba antes del matrimonio.

El consuelo de Clitemnestra era su hija Ifigenia, una niña redondita y rosada con los ojos azul pálido y el pelo moreno y rizado de Agamenón.

—La estoy enseñando a hablar —me dijo, toda excitada—. Las esclavas me dicen que es demasiado pronto, pero ya ha cumplido los dos años. Yo a su edad ya hablaba, de eso estoy segura.

Me daba envidia la lumbre de entusiasmo que resplandecía en los ojos de mi hermana cuando miraba a la niña. Yo nunca antes había sentido ningún instinto materno. Todos los meses, cuando me venía la regla, exhalaba un suspiro de alivio y experimentaba una fugaz sensación de libertad.

Cuando repaso mi vida y mis inclinaciones personales, me doy cuenta de que nunca me gustó la idea de ligar indisolublemente mi existencia a la de otra persona, ya fuese un marido, un hijo o incluso un dios. Siempre he tratado de eludir los vínculos, o de atenuarlos lo más posible.

Intentos vanos y ridículos: en mi mundo no había modo de vivir como yo habría querido.

Acabo de decir, sin embargo, que al mirar a Ifigenia sentía envidia de mi hermana, pero no porque hubiese dado vida a una criatura de su misma sangre y con sus mismos ojos, que la amaba y le sonreía, sino más bien porque disponía de una persona pequeña, maleable y aún perfecta en que volcar todas sus energías.

Cuando Agamenón y su séquito partieron de regreso a Micenas, le hablé de esta sensación a Menelao, como sin darle importancia, recurriendo al tono casual en que solía contarle las cosas para mí más importantes.

Se le arrugó la frente.

—Me preguntaba cuándo ibas a hacerme este discurso, reina mía. Esparta necesita un heredero.

Lo dijo como si quedar embarazada dependiese de mi voluntad, y los hechos parecían darle la razón.

Transcurrieron solo unos meses antes de que mi hija Hermíone empezase a crecer en mi seno.

Entretanto disfruté de la vida de reina, considerablemente más agitada que la vida de princesa.

Tras la muerte de mi padre y rey, me sentía definitivamente como en casa ocupándome de los asuntos de Esparta. No tenía que dar cuenta a nadie de mis movimientos, solo a mi marido, y este no osaba negarme nada.

Empezamos de nuevo a dar fiestas y a acoger viajeros.

Volví a ver a algunos de mis pretendientes, recuperé las alegrías de alternar con las personas y me vi obligada a aprender de nuevo a dosificar mi encanto, adaptándolo a mi edad.

El periodo de embarazo fue rico en descubrimientos.

Hacía siempre exactamente lo contrario de lo que me decían las comadronas, para ver qué pasaba.

Cuando Etra me lo reprochó, traté de justificarme diciéndole que era arriesgado confiar en las esclavas, porque sus consejos malignos podían matar a mi criatura.

Pero ella me contestó con una mirada de divertida desaprobación:

—Tienes demasiada imaginación, hija mía.

Esta frase me tuvo mucho tiempo descontenta. Desde que Etra me inició en el pensamiento, nunca había parado. Así que me di cuenta de que ya hacía tiempo que la madre de Teseo había dejado de seguirme por ese camino. Ella me había encendido una chispa en la cabeza, por aburrimiento, quizá, o por compasión, y yo ardí en llamas. Desde el momento en que descubrí que llevaba una vida en mi seno, dejar de vivir a conciencia, aunque fuera por un solo instante, se convirtió en un horrible crimen para mí.

Apreciaba todos los cambios de mi cuerpo durante el embarazo. Había temido el exceso de peso, pero sólo me volví más blanda, con la forma adecuada para soportar la gravidez del vientre redondo, que iba aumentando a ojos vista. Me aplicaba ungüentos en el pelo, para mantenerlo reluciente, me ponía compresas en los pies, que tendían a hincharse, y pensaba en el sexo del futuro niño.

Por qué negarlo, prefería que fuese niña. Mi deseo tenía raíces puramente egoístas: si tenía una niña, me resultaría más fácil mantenerla cerca de mí.

Mi deseo se cumplió.

El parto no fue demasiado doloroso.

Fue, en cierto sentido, un dolor bello, un dolor que me descargaba.

Sabía que mi cuerpo se estaba vaciando de la presencia que lo había habitado todo ese tiempo, que mi vientre volvía a ser mío y solo mío, al menos por un poco, y era un alivio que también contribuía a hacerme tolerable el dolor.

Cuando me comunicaron que era una niña, suspiré feliz.

Menelao no mostró su desilusión, aunque todo el mundo sabía que él habría preferido un niño, pero tampoco se interesó por la niña. La dejó conmigo, como si su sexo implicase que era asunto mío y ya estaba. Acepté de buen grado el encargo y en los años siguientes dediqué a Hermíone casi todo el tiempo que antes le había dedicado a él.

Creció delgada y rubísima, con una cabecita rizada y una naricilla traviesa.

Me había esperado que fuese una réplica de mí misma, pero se parecía mucho más a mi marido y a mi madre.

—Hay milagros que solo suceden una vez —me dijo con voz grave Leda, cuando notó la imperceptible desilusión con que yo miraba a Hermíone.

Tenía razón. Hermíone prometía ser bellísima, pero nunca llegaría a ser otra mujer más bella del mundo.

Dejé, pues, de pensar en el aspecto de mi hija e intenté enseñarle todo lo que me era posible, sin faltar un día.

Participaba en sus juegos y hablaba con ella igual que hablaba conmigo misma, sin traza del tono mimoso que suele reservarse para los niños. Empezó a hablar pronto, y yo la estimulé. Me habría gustado enseñarle a escribir, solo que para eso tendría que haber aprendido yo antes. Me habría gustado que supiese todo lo que yo sabía y todo lo que yo ignoraba, que en ella se colmaran mis aspiraciones, que fuese una persona tan increíblemente especial que lograra trascender su condición de mujer. Quería que todo lo que deseara dejase de estarle prohibido, por ningún motivo, y que supiera cómo reaccionar al dolor, cómo someter el mundo a su servicio y cómo conquistar su porción de felicidad.

Hacía con ella lo que Etra había hecho conmigo, perfeccionándolo y adaptándolo a una niña pequeña.

Entonces ya solo pensaba en mí misma a través de ella.

Había caído en el convencimiento de que la parte más importante de mi vida ya había

transcurrido: me había casado, había tenido una hija. No tenía intención de tener más.

¿Qué otra cosa cabía esperar que me ocurriera?

Ahora, todo debía ser por Hermione.

Las atenciones que le sustraía a Menelao habían debilitado muy deprisa mi control sobre él, y ahora sus decisiones se me escapaban.

Hermione había ya cumplido los cuatro años cuando me percaté de que no conocía los nombres de los huéspedes que vivían bajo nuestro techo, que ya no era capaz de enunciar los nombres de los hombres mayores de Esparta, ni sabía cómo se llamaban sus herederos.

¿Tiene verdaderamente importancia?, me pregunté.

Me di cuenta que desde el nacimiento de mi hija había tenido cada vez menos ocasiones de pensar como piensan los hombres, y la idea de haber perdido esa facultad, que había conquistado con fatiga y orgullo, me aterrorizó.

Sí, aquello me importaba, más que mi hija y que el tiempo que resultaba necesario dedicarle.

Debía insinuarme de nuevo en la mente de mi marido, y tenía miedo de que ya no funcionara, que de algún modo el parto y los meses transcurridos sin ejercitarme en hablar y persuadir me hubiesen privado para siempre de la capacidad de poner los hechos en palabras.

Lo cierto es que no tuve que esforzarme mucho para hacer lo que quería con Menelao. Se habituó enseguida a mi belleza, pero le fascinaban fácilmente las nuevas formas que lograba darle mediante gestos, frases y palabras. Me bastaba con cambiar de peinado para tenerlo dispuesto a escuchar todo lo que salía de mi boca.

Cuando volví a informarme sobre la política de Esparta, acogió mi interés con franco entusiasmo.

Supe así que existía la posibilidad de una guerra comercial con la ciudad de Troya y que Agamenón ardía en deseos de declararla. Me sentí de nuevo catapultada al vasto mundo de más allá de los jardines del gineceo, ese mundo que tan poco había visto, pero que me parecía conocer muy bien, urdido con palabras, alianzas, reinos, venganzas.

Oh, ¿me habría gustado ser yo quien moviera los peones?

Por supuesto que sí.

Cuántas veces había envidiado declaradamente el poder concentrado en las manos de Menelao, su posibilidad material de hacer que ocurriera una cosa en vez de otra, realmente, y no por vía interpuesta, como yo.

Y, sin embargo, si paso revista a mis sentimientos de aquella época con la fría lucidez que la proximidad de la muerte requiere, me doy cuenta de que mi deseo venía acompañado de un temor inseguro. Las bases sobre las que se levantaba mi personalidad eran frágiles y malsanas, y en lo más íntimo siempre temía derrumbarme en cualquier momento.

¿Cómo habría sido yo si Teseo no me hubiese violado?

Cuando pensaba que todo lo que había sido de mí se había elaborado a partir de ese día horrible, me sentía como una torre a punto de derrumbarse en cualquier momento.

Manifestaba seguridad y a continuación me preguntaba si las cosas que le decía a Menelao con tanta suficiencia podían de algún modo resultar correctas. Aminoraba inconscientemente mi responsabilidad y me producía un alivio inconfesable el hecho de no tener que ser yo quien pronunciara las palabras fatales que decidían los destinos.

Siempre he desatendido esta pequeña lucha interior conmigo misma: por una parte, la Helena altiva, segura y astuta que deseaba ser; por otra, la muchachita a quien daba pavor tocar el mundo. Es ahora cuando comprendo que este conflicto me representaba, me laceraba en lo más profundo

de todas mis decisiones. Pero en aquella época me limitaba a hacer hablar a Helena, la reina, cuando estaba en la cama con Menelao.

Mi marido nunca me había involucrado en tan diversos asuntos, y yo lo escuchaba atentamente, bebiéndome sus palabras. Las ideas para aclarar la posición de Esparta dentro del conflicto se me amontonaban en la cabeza, una sarta de locuras, y recurría a todo mi sentido común para pulirlas, para escoger las menos absurdas, más concretas, más de hombre. Al principio me guardaba mucho de exponerlas, en parte por los motivos íntimos que acabo de exponer, en parte también porque para un hombre, aunque fuera de buen corazón como Menelao, una cosa era confiar en la propia mujer como poniéndose delante de un espejo y otra aceptar sus consejos y admitir que tenía razón.

Debía esperar, tejiendo mi trama lentamente.

Entretanto, casi había olvidado ocuparme de Hermíone. Deseaba que creciese más rápidamente, y pasar mi tiempo con ella me resultaba aburrido, comparándolo con los elevados e importantes asuntos que trataba con Menelao.

Cuando me venían estas ideas, acababa sintiéndome culpable y me brotaban las lágrimas. Miraba a la niña rubia que jugaba con las criadas y deseaba tener su edad, ser inconsciente, limpia y dispuesta a empezar todo desde el principio, lo deseaba hasta el punto de odiar aquella sonrisa aún sucia de leche y desdentada. Enseguida llegaban de nuevo las lágrimas y el sentimiento de culpabilidad, y entonces corría a acucillarme junto a Hermíone y cubrirla de besos mientras mi madre me miraba torvamente. Pronto me levantaba, recorría la habitación a grandes zancadas, miraba el cielo por la ventana y esperaba impacientemente que oscureciese para que llegara la hora de ocuparme del mundo exterior.

Ahora sé que en ese momento era total y perfectamente desgraciada, y aquel estado de desesperada frustración se prolongó en mí hasta que Menelao invitó a Esparta al pastor de mi viejo sueño, el que tantas veces me había comprado por una manzana.

A primera vista comprendí que los delegados de Troya no venían en son de paz: tenían todos en los ojos la misma exaltación que mi marido cuando iba a tomarme, o de Agamenón cuando hablaba de asedio y de muerte.

A segunda vista capté el impresionante parecido entre el joven príncipe y el pastor de mi sueño.

Hasta donde me alcanzaba el recuerdo, aquel rostro no procedía de mi memoria, y no me perturbaba y obsesionaba porque fuese especialmente bello ni porque me emocionase pensar en él, sino porque llevara años introduciéndose en mis sueños.

Nada más verlo tuve que esforzarme para no mostrar mi sorpresa. A veces pienso que fue precisamente eso lo que le otorgó la audacia que siempre tuvo conmigo: mi gesto de reprimida consternación debió de hacerle pensar que me había fulgurado su poderío y que estaba dispuesta a abandonarme en sus brazos. Lo que yo estaba haciendo era intentar controlarme, tratando de convencerme a mí misma de que era mejor posponer la búsqueda de una solución al enigma de su parecido con el pastor que atormentaba mis noches.

Me obligué a no mirar sus rasgos bajo la luz de la lámpara.

Tuve miedo.

Desde que Teseo me raptó mientras hacía mis ofrendas a las ninfas, me había vuelto incapaz de poner en el culto y en la veneración de los dioses la quieta y total sumisión que ponía de pequeña. Cuando pensaba mi plegaria, la cabeza se me llenaba de peticiones y mi estado de ánimo se hacía incompatible con la calma interior necesaria para una verdadera simbiosis con el dios. Las divinidades que poblaron mi infancia como piezas encajadas naturalmente en la cotidianidad se

me antojaban ahora distantes, temibles, irreales y encolerizadas por mi falta de fe. Ver a Paris, hijo de Príamo, plantado en mi casa fue, para mí, el anuncio de una venganza de los dioses a quienes había honrado con demasiada poquedad y que ahora deseaban castigarme.

Estuve durante largo rato, entonces, ocupada en sonreír y en observar de tapadillo. A pesar de las miradas de suficiencia de aquellos hombres pequeños y oscuros, a pesar del escarnio que a veces se leía claramente en sus ojos, ante nuestra amabilidad, Menelao no permitió que se le escapara ni una sola palabra colérica. En aquellos tiempos —ya no— me complacía su calma.

Solo por la noche, de vez en cuando, mascullaba su desaprobación y yo trataba de aplacarlo, susurrándole palabras de las que no estaba verdaderamente convencida.

Ninguna de mis enloquecidas ideas habría podido evitar la guerra, ahora lo veo claro.

En la mayor parte de los casos, las guerras no se hacen por un motivo, sino que obedecen a la desazón que de vez en cuando se apodera del mundo y vuelve feroces a sus moradores, deseosos de desmerecerse un poco.

Capté las señales de esta agitación en los ojos de nuestros huéspedes y día tras día la vi instalarse también en los iris claros de mi marido, que se iban endureciendo con cada descortesía sufrida.

El convencimiento de que la guerra era inminente no me atormentaba; al contrario, la idea me provocaba una extraña excitación. Más que ninguna otra cosa, lo que me complacía era la novedad, los cambios. Me encantaba experimentar nuevas situaciones, observar las reacciones de las personas al encontrarse en una situación que nunca habían vivido antes. Una guerra era una óptima potencialidad, desde este punto de vista. Con una frialdad derivada principalmente de la ingenuidad, ignoraba todo el sufrimiento que acarrearía: los huérfanos, las familias hundidas en la miseria, la tierra empapada de sangre, quizá mi propio marido tendido inerte sobre su escudo. Todos estos males, para mí, que nunca había visto a un hombre pasado por las armas, eran solo una maraña de palabras sin sentido.

Más real y cercana percibía cuál iba a ser mi nueva situación con un marido en la guerra.

Mandaría yo.

Todos, en Esparta, tendrían que obedecerme en mi calidad de reina regente. Yo tendría que tomar decisiones. La Helena valiente fantaseaba con una situación de tal género y aspiraba a tal condición; mi parte cobarde, en cambio, era reticente, pero aquel acontecimiento me parecía tan grandioso, excitante y lejano que ninguna de mis dos partes creía verdaderamente que pudiera ocurrir semejante cosa, que pudiese recaer en mí una responsabilidad tan enorme.

No llegaba a desear que mi marido muriese, pero, ya que estoy expresándome sin reserva alguna, debo admitir que si ello entonces hubiera ocurrido, no me habría sumido en la desesperación.

La situación con los huéspedes cambió cuando de Creta reclamaron a Menelao por los funerales de su abuelo Catreo. Me dejaron sola con los dos troyanos, su escolta y la recomendación de Menelao de no enojarlos y de permitir que se marchasen en cuanto manifestaran tal deseo.

Paris, el príncipe pastor, mantenía las cejas permanentemente fruncidas en posición arrogante.

Luego me enteré de que acababa de descubrir su condición real y que de veras se había criado como un simple pastorcillo.

El orgullo característico de las mentes más simples e ignorantes lo guiaba en sus actitudes de desdén, y parecía, en todos los sentidos, un vulgar aldeano sobre cuya cabeza hubiera llovido una fortuna inesperada, de la que no perdía ocasión de alardear. Notaba cómo me miraba, con sus ojos

negros como carbones, como si mirarme fuera su derecho, con esa risa gutural y ronca, con los nudillos apretados en torno al cáliz del que bebía, como temeroso de que alguien pudiera quitárselo en cualquier momento.

Eneas rara vez hablaba, tenía la mirada fiera y severa de los jefes. A diferencia de Paris, vestía su condición regia como una túnica hecha a medida, con sencillez y desenvoltura.

No me complacía la conversación de ninguno de los dos. Con ellos no era posible intercambiar observaciones sagaces. Paris reaccionaría con una salida obscena y Eneas con una sonrisa forzada. Tampoco me gustaban sus olores especiados, que me picaban en la nariz, extranjeros.

Y, sin embargo, me provocaban curiosidad.

Pensaba en los cincuenta hijos de Príamo, tan voceados, pensaba en lo distintos que habían de ser unos de otros, diversos ejemplares humanos encerrados juntos en el mismo palacio dorado. Debía de ser divertido, vivir con tanta gente. Todos los días tendría una oportunidad de estudiar a una persona distinta. Y luego, con tantos hijos, la vigilancia no podía ser tan estrecha como siempre lo fue sobre mí en Esparta...

Cuando Paris, dos noches después de la partida de Menelao, se me acercó apestando a vino y me propuso que me fuese con él a ver Troya, no me quedé estupefacta.

Mi marido me había contado que su hermano, en visita oficial a Troya, había raptado a Hesíone, hermana de Príamo. Agamenón lo había hecho pasar por una especie de arrebato ante una bella mujer, o así al menos me lo contó Menelao, pero con voz poco firme, como si no se creyera del todo semejante gesto por parte de un hermano tan calculador; y yo tampoco acabé de creérmelo. Había sido una provocación, una pequeña y arbitraria cata del sabor que tendría la guerra que llegaba. La muchacha vivía segregada en Micenas, y no me resultaba difícil imaginar las vejaciones a las que la podía estar sometiendo mi hermana. Seguro que le encantaba disponer de otra alma que gobernar, ahora que sus hijos empezaban a hacerse mayores.

Era de lo más natural, por consiguiente, que los troyanos trataran de ajustar las cuentas: mujer por mujer.

Aquella noche puse guardias ante la puerta de mi dormitorio y ordené a los esclavos encargados de mezclar el vino que le añadieran más agua para el siguiente banquete.

No tenía intención de hablarle a Etra de esta proposición, pero fue ella misma quien me preguntó qué me había dicho el príncipe troyano cuando se me acercó. Obediente, se lo conté.

—Yo, en tu lugar, señora, lo pensaría —me dijo, mientras me desenredaba el revuelto pelo—. Si de veras quieren, no dudarán en llevárvos. Menelao ha confiado excesivamente en las normas de la hospitalidad y ha dejado un número irrisorio de hombres para tu defensa.

—Eso nunca —repliqué muy resuelta—. No me dejaré llevar contra mi voluntad como un saco de trigo. No otra vez.

Pero me di cuenta de hasta qué punto sonaba débil mi voz.

Aquella noche, el sueño volvió a visitarme. Al despertar, lo recordé nítidamente.

El rostro alterado de la diosa, la firme expresión del príncipe pastor, la manzana reluciente...

—Es una señal, señora —gimoteó Antea por la mañana. Había venido a despertarme y no pude resistir la tentación de contarle todo—. Afrodita le ha decidido un destino, y de nada servirá que se oponga.

Fueron esas palabras las que me inflamaron.

«De nada servirá que se oponga».

Oponerse nunca servía de nada, en aquel mundo. Ni cuando Teseo me violentó, ni cuando mi padre tomó la decisión de que me hacía falta un marido. No serviría para no hacerme tener más

hijos, no serviría para permitirme pasear libremente por las calles de la ciudad, y de nada serviría ahora si esos dos hombres, muchísimo más fuertes que yo, decidiesen llevarse con ellos.

Yo, en cambio, quería oponerme.

Significara lo que significara para mí.

En aquel momento, sentí que me recorría como un fuego la voluntad de oponerme y fracasar, oponerme y fracasar de nuevo, y acostarme por la noche sabiendo que había hecho todo lo posible para intervenir en mi vida como si fuese una pasta maleable en mis manos, y no un rígido estuche que no estaba en mi poder abrir.

No le dije nada a Etra, pero ella debió de comprender, por el reflejo de mis ojos, lo que pasaba en mi cabeza. Supuso, seguramente, que ese fuego iría palideciendo dentro de mí como de costumbre, que mi entusiasmo y mi furia se calmarían, vencidos y subyugados por el miedo a las consecuencias, a mi incompetencia, a la forma del mundo.

Las proposiciones continuaron los días siguientes, siempre las mismas. Y, según transcurría el tiempo, los ojos de Paris se volvían más serios, su voz trataba de ser persuasiva y su aliento olía menos a vino. Cuando cantaba mi belleza, cuando me explicaba que mis encantos quedaban desperdiciados en la jaula en que Menelao me tenía encerrada, cuando sus negros ojos se deslizaban atentos por mi rostro, me resultaba claro el esfuerzo que hacía para no apartar de mí la mirada, para no dejarse intimidar por mis ojos glaciales.

Comprendí que pretendía seducirme, y la cosa estuvo a punto de hacerme reír en su presencia.

Me pregunté qué cantarían de mí los aedos si me fugara con Paris. Me describirían como una reina lujuriosa que no conseguía desfogarse en una sola cama y que había ido en pos del primer príncipe extranjero que la cortejó. ¡Yo, una reina lujuriosa, que acudía corriendo a encamarme con los hombres en cuanto se me presentaba ocasión!

Retuve en la garganta otra risotada amarga. En el fondo, era justo que la mujer más bella del mundo, en la imaginación de los machos, fuese lasciva. ¿Para qué podía servir mi belleza, si no estaba dispuesta a dejársela gozar a todo el que me lo solicitara?

La furia que se había encendido cuando hablé con Etra seguía ardiendo en mi interior.

Me pregunté, con la mente lúcida y fría, qué cantarían de Paris, en cambio.

Y de Teseo.

Ellos, de eso no cabía ninguna duda, eran héroes.

Sus traiciones, su lujuria, su sed de sangre, su desobediencia, se recordarían como actos gloriosos y geniales.

—¿Por qué? —le pregunté rabiosa a Etra cuando se me hizo imposible vivir estas reflexiones como un drama que se desarrollase solo en mi cabeza.

—Porque eres una mujer y ellos son hombres, y las mujeres no realizan actos gloriosos y geniales —me replicó Etra—. Para realizar algo grande, una mujer tiene que desobedecer alguna ley de los dioses y de los hombres. Y, por consiguiente, siempre serán cosas terribles las que haga.

Ya habíamos tenido esta conversación, lo recordaba bien, pero solo entonces comprendí su pleno significado. Me di cuenta de cuán verdaderas eran esas palabras y de cuán inútil sería, para mí, alargar la mano para intentar asir cosas grandes sin destruirlas.

Me pasé aquella noche discutiendo lúcidamente la situación con Etra. En cualquier caso, tanto si intentaba tomarme por la fuerza como si me fugaba con ellos, empezaría la guerra que ya ardía en el aire y que solo buscaba un pretexto para estallar.

Si me llevaba consigo, robándole su mujer a Menelao, todos mis pretendientes, es decir, buena

parte de los caudillos aqueos, tendrían que ponerse de parte de mi marido para devolverme a él.

Disentía de Etra en un punto: no creía que los dos troyanos fueran a intentar llevarme contra mi voluntad, desafiando a mis soldados. Correrían el riesgo de volver a Troya sin la mujer más bella del mundo y con un ejército en los talones.

No, no me llevarían si yo no quería.

¿Era una ingenua creyendo eso? Quizá.

Un más atento conocimiento del carácter de Paris me permite, hoy, decir que me equivocaba, que si él hubiese tomado la decisión de llevarme consigo, lo habría hecho de todos modos, aun a costa de morir en el intento, para ligar su nombre a algo grandioso.

Entonces creía, o necesitaba creer, que la posibilidad de modificar mi destino estaba únicamente en mis manos. ¿Quería o no quería abandonar la casa en que había nacido y me había criado, a la niña que había parido y al marido que respetaba, para marcharme a un país exótico con un vulgar jovenzuelo?

Traté de que no intervinieran en mi decisión los dudosos atractivos de ese príncipe troyano privado de personalidad. Si me fugaba con él, no sería desde luego por su encanto personal.

¿Por qué, entonces?

Sé que llegados a este punto del relato lo que tú esperas es que te diga un buen motivo para haber tomado la decisión de hacer algo así, pero no lo diré.

Tendrás en cambio que ayudarme a devanar el hilo de la angustia en el revoltijo de la mente exaltada de una muchacha fantasiosa y febril.

Habría podido quedarme en Troya. Aconsejar a Menelao que dejase pasar la insolencia de los troyanos, que utilizara su influencia en Agamenón para que liberase a la joven Hesíone. Incluso podría haber ido yo misma a Meneas para hablar con mi hermana. Lo más probable es que no hubiera obtenido ningún resultado. Habría habido una guerra, breve como lo eran todas esas escaramuzas comerciales, y quizá habrían vencido los aqueos.

Podría haberme quedado viuda, pero era una posibilidad remota. Menelao era un óptimo guerrero. Habríamos tenido más hijos, aunque yo no los quisiese. Habría visto crecer a Hermíone en belleza e inteligencia, me habrían asaltado aún muchas veces los perturbadores celos de esa criatura joven y aún sin definir que me atormentaban antes de la llegada de los troyanos. Habría llorado, habría pensado en las otras vidas que habría podido vivir, en la historia que durante años temí contar y a cuyo respecto nadie me había preguntado nada. Me habría habituado al lento transcurrir de una existencia siempre igual y habría dejado de pensar. Habría quizá podido dedicarme seriamente a alguna otra cosa, a tejer, por ejemplo, a buscarle marido a Hermíone. Sí, habría contribuido a encontrarle marido y ella se habría marchado con él, a vivir una vida idéntica a la mía.

Habría tenido nietos. Habría envejecido, mis pechos se habrían marchitado y mi frente se habría llenado de arrugas. Habría muerto tras haber vivido la existencia plácida y obediente de una mujer griega, una mujer de buenas costumbres que no sale de su habitación sin permiso, una mujer un poco más bella de lo común, cierto, pero sin nada especial.

Mujeres así las hay en todos sitios, nacen y luego mueren.

De poco sirve ser la mujer más bella del mundo si te pasas la vida encerrada en un gineceo.

O también podía marcharme con el príncipe troyano a ver la enorme ciudad hecha de oro de la que tanto se hablaba. Podía descubrir si era verdad, como fabulaba Paris, que en Troya las mujeres salían de sus habitaciones sin permiso y tenían asiento en los congresos de los hombres, que su madre, la reina Hécuba, tenía voz en los asuntos de Estado, tanta como su padre, que sus

hermanas podían escoger marido por sí mismas y que nadie las habría obligado nunca a un matrimonio por interés.

Rara vez insistía Paris en estos aspectos de la ciudadanía troyana para convencerme de que me fuera con él. Las más de las veces, sus argumentaciones versaban sobre las sedas, las riquezas, el color de los atardeceres y su propia inigualable compañía. No obstante, lo que más me tentaba de su propuesta era la inimaginable libertad que tendría en Troya, la mítica ciudad sin gineceos.

Me tentaba y me daba miedo, al mismo tiempo.

Ser libre implicaría la obligación de rendirme cuentas a mí misma hasta del último de mis actos, sin justificaciones.

¿Estaba dispuesta a hacerlo?

Se me escapaba la respuesta a esta pregunta, y por eso me demoraba.

Podría darle un disgusto al mundo con un acto absurdo e impensable, tan impío que ni siquiera Paris me considerara capaz de cometerlo. Podría ilusionarme pensando que desencadenaría una guerra y la vería desarrollarse ante mis ojos, rápida y cruenta. Podría observar las reacciones de los hijos de Príamo al verme, unos quedarían hechizados, otros me culparían de aquella destrucción, como si ellos no llevaran ya tanto tiempo preparándola.

¿Y las hijas? Unas me odiarían, otras me tendrían envidia. Luego se harían todas amigas mías, quizá, y cuando acabara la guerra, cuando acudiese Menelao a llevarme consigo a casa, yo recurriría a toda mi influencia sobre él para que a ninguna de ellas se les hiciera daño.

Mi ingenuidad de entonces me hace sonreír, pero no me siento culpable por ella.

La guerra y la muerte eran dos conceptos muy lejanos para mí, que apenas había salido del palacio de Esparta, incapaz de entender hasta qué punto era improbable el futuro que me auguraba.

Había visto hombres enardecidos por mi belleza, pero no por la voluntad de matar, que era mucho más fuerte y más letal.

Durante aquellas noches, lo único que alcanzaba a pensar era que quería elegir, quería arriesgar, quería ver qué ocurriría si hacía un movimiento distinto del que se esperaba de mí como esposa, como mujer, como madre.

El propio asco que me inspiraba Paris se convirtió en un motivo más para seguirlo.

Casándome con Menelao no me expuse a grandes riesgos, sabía que tendría a mi lado a un hombre amable y no muy rápido de mente, que podría guiarme, si quisiera, y dejarme arrullar por su bondad.

Paris era estúpido y basto, y me intrigaba descubrir el modo de domeñarlo, averiguar qué rasgos peligrosos de su carácter debía desafilarse para no salir herida. No me cabía duda de que al final acabaría transformándolo en lo que yo quisiera, pero deseaba recorrer ese camino, asombrarme ante los giros más inesperados, respirar los olores.

La curiosidad siempre ha sido el peor defecto de las mujeres, ¿verdad? Una mujer que provoca una guerra por curiosidad merece arder en el Hades.

Un hombre que provoca una guerra por amor de la sangre es un héroe.

Estaba furiosa.

No sabía cuál podía ser el objeto de mi ira, ni qué esperaba conseguir al final, pero tenía necesidad de hacer algo extremado y desconcertante para descargar esa furia.

Al miedo que me frenaba y me impedía tomar una decisión le di el nombre de Hermíone.

Mi niña, mi criatura. Todo lo que llevaba hecho por ella quedaría destruido en manos de unas torpes esclavas que ni siquiera la conocían. Le enseñarían a creer en otras verdades, a peinarse de otra manera, le dirían que su cuerpo existía para que un hombre pudiera gozarlo. Desaprendería a

pensar.

¿Podía afirmarse que para ella sería una desgracia?

Soy consciente de que habría podido llevármela conmigo. Habría debido llevármela conmigo.

En aquellos tiempos, no había estado separada de ella más allá de unas cuantas horas, nunca supe que estuviera en ningún lugar lejano del que yo estaba, no alcanzaba a imaginar que su alejamiento pudiera hacer que se me abrieran las carnes, que temiera volverme loca.

La verdad era que no alimentaba un profundo deseo de estar con mi hija. De alguna manera, quería deshacerme también de ella, reducirme a un puro cuerpo errante y dueño de sí, sin otros nombres que los que yo misma me confeccionara.

En los planes que proyectaba mi mente febrilmente excitada no había espacio para todo lo que había sido mi vida hasta entonces, ni para mi hija, ni para mi marido, ni para mi ciudad.

Día tras día, cuanto más insultantes me parecían las proposiciones de Paris, más contribuía la rabia a sofocar mis miedos, y el ansia de aventura eliminaba a la Helena timorata necesitada de un nido en que sentirse amada, a la madre que acariciaba el pelo de Hermíone, la mujer que tantas veces se había sentido tranquila al costado de Menelao.

Un arrebato me hizo olvidarme de todo, un arrebato que se ha cantado como fruto de la pasión, pero que de hecho procedía de una fuerza mucho más viva y mucho más fría: mi cabeza.

La desdicha que me había afligido durante los últimos meses no desapareció. Era demasiado consciente de mí misma para poder vivir satisfactoriamente la vida que se me había adjudicado.

Al cabo de las noches, llegó la que pasé observando los inciertos y oscuros contornos de las costas de la Hélade que se iban alejando del puente de la nave troyana. Bajo cubierta iban Etra y Melisa, dos de mis esclavas favoritas, mis joyas, algo de ropa, Paris, que quería aguardar para compartir el lecho conmigo, y Eneas, que le echaba en cara su locura con una mirada furiosa apenas disimulada. A Antea la había dejado en Esparta con la tarea concreta de cuidar a Hermíone.

De repente, recordé que no me había despedido de mi madre.

Nunca antes había ido en barco, y de inmediato me encantó la sensación de estar en equilibrio y en suspensión, a medio camino entre el agua y la tierra, entre una y otra vida. Los hombres de la tripulación me dedicaban continuas miradas lascivas, comentando obscenidades entre ellos, pero yo no les hacía caso, ni me molestaba. Si no habían recibido una óptima educación, incluso los hombres de alta cuna con quien había tenido relación se comportaban así.

Me paraba a hablar con los marineros, tanto grumetes como cocineros, hacía que me explicaran sus cometidos e insistía en que compartiesen conmigo sus conocimientos. Divertidos y perplejos ante la libertad personal de que yo gozaba, me trataban como a una prostituta, y esa idea me confería una rara satisfacción: ya que arriesgaba tanto, más me valía hacerlo a fondo. Y, además, quería dejar en claro cuanto antes mi posición con respecto a Paris. No me había fugado de Esparta para que él pudiera disponer a su gusto de mí.

Una y otra vez, durante el viaje, Paris me reprendió por mi comportamiento. No tenía energía ni carisma suficientes para echarme nada en cara, pero me miraba con ojos estúpidos, implorantes y perplejos.

—Pero, señora, ¿qué van a pensar de ti? —me preguntaba—. No me obligues a retenerte bajo cubierta.

Estas palabras me rechinaron en los oídos. Lo miré fijamente.

—No lo harás.

—No, no lo haré —suspiró.

Lo miré. Era bello, quizá, cuando no tenía esa expresión de espanto. Pelo castaño con toques de bronce, hombros anchos y manos fuertes.

¿Por qué no conseguía que me complaciese la idea de yacer con un hombre bello?

—Helena, Helena —insistió él—, pero ¿tú me amas?

Me eché a reír. Experimentaba una felicidad nueva y cruel atormentándolo. En él veía a todos los hombres que me habían mirado como quien mira una bellísima puesta de sol, y él debía pagar por todos.

Cuántas veces Menelao me había hecho esa pregunta, en la penumbra, con la cara pegada a mi cuello, y yo le había respondido tiernamente que sí, que lo amaba.

Paris no merecía esta consideración, y nunca le tuve ninguna.

Por otra parte, estaba segura de que tampoco él me amaba. Lo único que quería era arrojarme sobre la primera cama que se le pusiese a tiro y arrancarme el peplo.

No comprendía por qué no lo había hecho aún.

Dudaba, le sudaban las manos, tragaba saliva, y Eneas lo miraba con creciente desprecio. Creo que tenía previsto llegar a Troya para que nuestra unión adquiriese la semblanza del matrimonio.

Una tarde echamos el ancla en una pequeña isla. Cránae, se llamaba.

Allí me tomó, casi sin mirarme, apenas tocamos tierra. Me tumbó en la arena y se lanzó sobre mí antes de que pudiera decir o hacer nada, como para ahuyentar una idea molesta que no lograba sacarse de la cabeza.

Había aprendido a no prestar atención a esos momentos. Pensaba en lo bien que olía el mar que bañaba la playa, en el quieto color de la luna, en las nubes apenas definidas.

Algo en la cabeza me gritaba que a partir de ese momento, sucediese lo que sucediese, ya no podía volver atrás. Era una voz histérica, irracional, lo que quedaba de aquella niña que se pasaba el día mirándose a los espejos y escuchando dócilmente a la nodriza. Mi decisión estaba tomada cuando subí a bordo de la nave, y nada que ocurriera después podía representar una ruptura más drástica.

De cuando en cuando, distraídamente, emitía un gemido.

Luego, Paris rodó satisfecho sobre la arena junto a mí.

—No quiero tenerte más de este modo, Helena —me dijo—, esperemos hasta llegar a Troya, donde dispondremos de nuestro propio dormitorio y de todas las comodidades.

—Trataré de resignarme —le respondí.

La conciencia de que las playas de Troya estaban cada día más cerca me tenía inquieta. ¡Cuánta presión, cuántas expectativas me caían sobre los hombros por el mero hecho de estar viva!

Todos los días de mi vida, desde que tuve uso de razón, habían sido una lucha continua por estar satisfecha de lo que hacía, de cómo utilizaba los medios que la naturaleza me había proporcionado.

Cuánto me agitaban los balances nocturnos de mis jornadas, que efectuaba antes de dormirme; cuánto me atormentaba no haber podido decir lo que quería, que una sospecha hubiera resultado infundada, que hubiera dejado demasiado libres mis pensamientos sin domeñarlos.

Me acariciaría el pelo, si ahora pudiera volver atrás, me pediría que mantuviese la calma, que no siguiera haciendo como si la vida fuera un proceso al que yo misma me sometía.

¿Qué quería, pues?

¿Ser original, ser recordada, que me perdonaran mis ojos azules y el perfecto color nacarado de mi tez?

Demasiadas preguntas.

A mi edad debería tener más respuestas.

Pocos días después de la escala en Cránae, avistamos la ciudad de oro.

—¿La ves, Helena? —dijo Paris, con un suspiro de placer—. Es el destino que se te aproxima.

Al principio, mi destino fue amable.

El rey Príamo me acogió con alegría y satisfacción, como un grato regalo a cambio de su hermana Hesíone. Era un hombre imponente y buen conversador. No poseía una mente especialmente aguda, pero sabía modular la voz y las palabras de un modo que lo hacía bueno para el mando. Cuando me miraba, veía más allá del candor de piel y la redondez de mis brazos, veía la guerra que se fraguaba a nuestras espaldas, neta y simple, exactamente como él la había deseado.

Insistió en que a Paris y a mí se nos diera el trato de marido y mujer. No me opuse a esa formalidad, pero Paris había comprendido que yo nunca sería para él una compañera sumisa y amante, como lo era Andrómaca por su hermano Héctor.

Durante las noches que pasaba conmigo, me divertía estudiarlo. Observaba el modo en que sus grandes ojos oscuros se movían confusos cada vez que yo empezaba a hablar sin que él me hubiese requerido antes, miraba el movimiento sutil de la lengua que le humedecía los labios cuando no sabía qué decir. Escuchaba sin prestar mucha atención sus balbuceos sobre lo que la ciudad pensaba de mí y de él, cotilleos que me contaba para colmar los muchísimos silencios entre nosotros. Con Menelao nunca me habían molestado los silencios, cuando los había. Me había acostumbrado a pensar que esa era la condición normal de un hombre en presencia de su esposa. En Troya, en cambio, todo el mundo hablaba sin cesar, y pronto empecé a participar yo también en el impulso de decir del mejor modo posible lo que hasta entonces había custodiado celosamente en mi cabeza, como en un cofre.

Supe así que la mitad de la ciudad me consideraba un importante trofeo que agitarles delante de las narices a los aqueos, y la otra mitad hablaba de mí como de una meretriz de hostería.

Nadie callaba respecto a mí.

Me embriagaba la idea de ser famosa y esplendente por algo que yo había hecho y no solo por lo que era.

Percibía mi cuerpo de una manera totalmente nueva y ello me complacía como no lo había hecho ni siquiera durante los primerísimos años de mi infancia.

Miraba los largos dedos de mis manos y suspiraba, sentía la suavidad de la piel de mis brazos, me restregaba las mejillas con mis cabellos sutilísimos. Sola en mi alcoba, acariciaba cada parte de mi cuerpo, lentamente, y me complacía. Me sentía orgullosa y única e inmortal. Haber optado por poner en acción ese cuerpo, aunque solo fuera para que lo hurgaran las manos de pastor de Paris, lo había exaltado de nuevo ante mis ojos.

Pensándolo ahora que mis senos comienzan finalmente a marchitarse y que mis cabellos son más blancos que rubios, me doy cuenta de que el amor por mi cuerpo derivaba de mi convencimiento de haberme vuelto eterna. Mis mejillas rosadas y mis uñas lisas eran mi salvoconducto para el mundo de los aedos y de los milenios por venir, la única razón de que hubiera logrado evitar el destino común de todos: las cenizas y el olvido.

Durante los primeros tiempos de Troya me parecía que mi belleza estaba en su apogeo, y me agobiaba tenerla que compartir con Paris. Cada vez me disgustaba más tener que soltarme el peplo en su presencia, y mientras él roncaba me iba pasando los dedos mojados de saliva sobre todos los puntos que acababa de tocarme.

Debía mantenerme pura, debía mantenerme mía.

Durante el día, era locuaz.

En Esparta, las únicas mujeres de rango con quienes podía mantener contacto eran mi madre y mi hermana. Mi conocimiento del universo femenino se limitaba a ellas dos, y percibía a la primera tan inferior a mí cuanto sabía que la segunda me era superior.

En Troya, aprendí que eran muchos los matices entre el desprecio y la envidia.

La pequeña y oscura Andrómaca me miraba con malos ojos. Lo notaba por su ceño cargado de odio cierto contra lo nuevo, un odio que solo poseen quienes tienen pocas referencias firmes y estructuran el mundo en torno a sí mismos. Yo era una amenaza para ella. Casandra, la hermana de Paris, sacerdotisa de Apolo, era en principio más dúctil. Por ella conocí la historia de Paris antes de acudir a Esparta. Supe que Príamo no lo había reconocido hasta hacía poco tiempo, lo cual me dio la clave para definir su continua necesidad de imponerse, de demostrar que era tan capaz como sus hermanos. Le pregunté que por qué lo habían apartado de palacio, y Andrómaca me contó el sueño profético que tuvo Príamo antes de que naciese Paris: Hécuba paría una antorcha que incendiaba toda Troya. La antorcha era yo. No lo dijo, pero ambas lo sabíamos. Este sueño me produjo tanta inquietud como me produjo de joven el sueño del pastor.

—Por culpa tuya moriremos todos —concluyó Casandra.

No agudizó su voz calmosa, utilizó el tono tranquilo de una conclusión inevitable.

—Moriremos todos, aunque la culpa la tenga otro —le repliqué.

Ella sonrió.

Desde entonces la tuve por amiga, y empezó a molestarme mucho la idea de que no correspondiese a mi admiración. Me encantaba hablar con ella, porque no utilizaba un tono cortés y distante para dirigirse a mí, como hacían las demás. Me trataba como a cualquier troyana, y en ese momento, sola, lejos de todo lo que había conocido antes, en contacto por primera vez con semejante diversidad de caracteres y opiniones, eso era exactamente lo que necesitaba. Me contó que, antes de su reconocimiento como príncipe de Troya, Paris había compartido lecho con una pastorcilla llamada Enone; me describió los penosos intentos de la muchacha para retener la atención de Paris tras el descubrimiento de sus nobles orígenes. Me pregunté en voz alta si Paris la echaría de menos.

—No estés celosa, Helena, la pobre Enone no sería digna de lavarte los pies —me tranquilizó con un deje de ironía.

—No, no estoy celosa. Es curiosidad.

Lo dije como confiándole un secreto y me encontré con su fría mirada. Leí en ella un atisbo de aprobación. Experimenté el alivio de quien acaba de superar una prueba, pero sin haber sabido antes que estaba siendo examinado.

Había encontrado un alma afín.

Sabía que ella no podía dejar de percibir también la certeza de que mi cabeza y la suya funcionaban del mismo modo, que ambas desmenuzábamos nuestras emociones a fuerza de pensar, de hacer pedacitos las frases para extraerles conceptos abstractos. Debía saber que ambas nos considerábamos únicas y portadoras de un destino terrible, y que de vez en cuando nos asaltaba la misma espantosa conciencia de que toda la historia del mundo descansaba sobre nuestros hombros.

Al mismo tiempo, a veces temía estar interpretando mal nuestra relación, que Casandra estuviera empleando conmigo el mismo tono de gracia y superioridad que aplicaba a su madre y a sus hermanas.

Frente a su calma, su impensable libertad, me sentía torpe e inferior.

Yo, que me había visto obligada a comprar mi poca autonomía al precio de tener a un hombre a mi costado.

Nos mantuvimos cautas y circunspectas, en aquellos primeros tiempos. Ella me escrutaba con sus ojos dorados, en los que crepitaban mil pensamientos que yo no alcanzaba a descifrar, y yo me descubrí pensando que entre todas las mujeres que había conocido antes, ella era la única cuya belleza admiraba sinceramente. Poseía un encanto distinto del mío, y seguramente menos abrumador, pero sus ojos amarillos sabían envolver e intimidar, y la blancura de sus brazos y de sus caderas, los gestos lánguidos que usaba para acomodarse el pelo o el peplo me daban a entender que se sentía familiarizada con su propio cuerpo, que lo veneraba como yo el mío cuando estaba a solas en una habitación cerrada.

Si hubiera tenido capacidad para amar carnalmente a alguien, habría amado a Casandra.

Las demás mujeres me evitaban. Hécuba solo me miró una vez, con sus ojillos altivos, y yo le devolví la mirada de reina a reina, o eso pensé. Fue presunción por mi parte, porque Hécuba era mucho más majestuosa de lo que yo habría podido ser jamás: me dio la espalda y no me volvió a dirigir la palabra. Sus hijas y sus nueras la imitaron. Nunca dejaron de utilizar conmigo toda la cortesía debida a mi condición, pero cada uno de sus gestos, cada una de sus palabras remachaban el hecho de que yo no era más que una huésped, que jamás sería de su casta, que no tenían nada que compartir conmigo.

En Esparta, yo era la piedra angular de toda decisión, la joya que todos los viajeros venían a admirar; en Troya, era famosa y no había barrio en que no se hablara de mí, pero bajo el reinado de Príamo yo era la recién llegada, la que todo el mundo habría querido ser y cuya amistad nadie buscaba.

Eso fue lo que me pasé años ensayando calladamente en Esparta, donde además de un cuerpo tenía una voz y una mirada, y podía utilizarlas para dominar. Me había ejercitado para esa situación difícil e intrincada, para insinuarme lentamente en las almas de quienes me rodeaban, para hacerme apreciar por las mujeres y respetar por los hombres. Pero no lo estaba consiguiendo.

De pequeña, solía mantener conversaciones imaginarias con mujeres inteligentes y agudas sobre cuestiones vitales; había anhelado un mundo en el que yo y unas cuantas amigas, todas sabias, aunque no tanto ellas como yo, gobernábamos tras el velo de nuestras alcobas y en las salas de tronos. Cuando aconsejaba a Menelao sobre los asuntos de la ciudad aquel sueño casi se había hecho realidad, y ello me hacía sentirme orgullosa. Mi madre, Leda, no había tenido un comportamiento similar con mi padre, siempre había sido para él poco menos que una sombra en el dormitorio, y yo imaginaba que esa misma situación se daba en el resto del mundo.

Ahora descubría una realidad en la que lo bosquejado por Menelao y por mí representaba la cotidianidad. Hécuba presidía con Príamo los consejos ciudadanos, el propio rey tenía en gran consideración las opiniones de las hijas, sobre todo las de Casandra. Las chicas no hacían ningún misterio de sus amantes y se reían de ellos a carcajadas, no estaban confinadas en un gineceo y se movían libremente por el palacio. Al principio, pensé que había ido a parar a una ínsula feliz, pero enseguida hube de confesarme, avergonzada, que el cumplimiento de mis mayores esperanzas me envilecía en lugar de exaltarme.

Siempre había deseado un mundo en el que las mujeres fuesen libres, pero ahora que me encontraba en ese mundo y me daba cuenta de que las mujeres sabían utilizar esa libertad mucho mejor que yo, echaba de menos mi Esparta, donde sola, sin temer ningún enfrentamiento, podía proclamarme no solo la más bella, sino también la más lista, la más brillante, la más profunda

pensadora.

Soy dura conmigo misma. En la pendiente de la vida hay que serlo, pero no me ensañaré. Era ingenua, sí, pero honrada. No dudaba en echarme la culpa de mi propia ineptitud, me atormentaba mi incoherencia, intentaba irme moldeando para hacerlo mejor, y me desesperaba al verme tan diferente de Casandra. Ella me parecía completa, los contornos de su personalidad estaban bien definidos, en tanto que yo era una pella de arcilla que temblaba sin parar, encerrada en una hermosa vasija.

Además de con Casandra, con quienes estaba más a gusto era sobre todo con las dos hermanas pequeñas, Políxena y Laódice. Políxena hablaba poco, sonreía mucho, miraba el mundo con sus ojos castaños siempre abiertos de par en par. Hablar con ella era relajante, dócil como era y predispuesta a dejarse impresionar por las cosas que otros hacían mejor que ella.

Laódice, por el contrario, reía descomedidamente, y en los ojos dorados siempre le titilaba un destello de malicia. Me recordaba a Clitemnestra, de ahí que su compañía me resultara familiar.

Empezaba a obsesionarme la idea de gustarle. Nunca había tenido esta preocupación cuando estaba con mi hermana. Habíamos pasado demasiado tiempo juntas y durante demasiado tiempo la había menospreciado de un modo que me impedía interesarme en lo que ella pensara de mí. Ahora que me daba cuenta de cómo se le parecía Laódice, en cambio, también veía cuánto valía, qué importante y qué bello sería contar con la amistad de una persona tan voluntariosa y tan resuelta. Deseaba que no me evitase, como hacía con sus cuñadas y hermanas, y, para lograr que mi compañía sí le resultase deseable, trataba de envolverme en misterio, que fuese ella quien se acercara a hablarme, aunque solo fuera para desafiar a todas las demás. En seguida me declaraba dispuesta a recibir cualquier confianza suya, y aquel exceso de entusiasmo me situaba en una posición más banal, y volvía a parecer que era ella quien me atraía a mí, no yo a ella. Así pasaban los días, saboreando yo cada vez más a fondo el cáliz que por propia voluntad me llevaba a los labios.

Todas las niñas troyanas tenían a mis ojos la cara de Hermíone. Cada uno de sus gestos me recordaba algo que nunca más la vería hacer, porque, según el trágico pesimismo que acompañaba mi existencia, estaba convencida de que jamás volvería con vida a Esparta.

¿Qué manos la acariciarían antes de dormirse, cuáles la tranquilizarían tras sus pesadillas? En mi zigzagueante memoria, el tiempo que había pasado con mi hija durante los últimos años fue aumentando cada vez más, y mi rostro sustituyó al de su ama de cría en todos los recuerdos de su primera infancia. Me convencí de haber dejado en Esparta una criatura para quien yo era indispensable, una criatura que vivía y se agotaba en mí. Ahora sé que habría debido lamentarme por el motivo opuesto, por la facilidad con que Hermíone podría sustituir mi rostro por el de una nueva ama de cría, olvidar mis facciones y el sonido de mi voz.

Miraba los atardeceres rojos de Troya, rojos como sus murallas rojas y su cálida tierra roja, y pensaba en Esparta —más azul, menos sensual—, en lo distinta que era la consistencia del aire que allí se respiraba. En Troya, el vacío tenía peso, tenía una gravedad polvorienta, y el calor me ungía el cuello de sudor en las horas más impensables. En Esparta, todo había sido siempre ligero, mis peplos eran adecuados al clima, mi cuerpo se adaptaba a sus veranos y sus inviernos como un confortable cobertor. Aquí, incluso el tórrido sol intentaba hacerme comprender con gentil firmeza que no estaba en mi sitio, que no estaba a mi alcance apreciar, para hacerla mía, toda la belleza que tenía a mi alrededor.

Si para experimentar el amor hay que sufrir, en aquel tiempo habría estado en condiciones de amar.

Solo me daba cuenta de que amaba sinceramente a Menelao durante las horas que pasaba junto al cuerpo peludo de Paris. Me quedaba inerme, incapaz de decirle lo que de veras pensaba.

Solo sentí la lacerante necesidad de abrazar a mi hija cuando ya estaba separada de ella.

Cuando supe que los aqueos habían venido a solicitar mi restitución, pensé por un instante en entregarme a ellos voluntariamente, como un saco de cebada o cualquier collar de perlas que alguien hubiera robado y hubiera que devolver a su legítimo propietario.

Sabía que Príamo de ningún modo lo habría permitido. No se roba una joya si se tiene intención de devolverla. Esto me animaba aún más a buscar un modo de fugarme, como si eso hubiese sido un buen modo de recordar a todos que yo era un ser humano, que estaba allí por mi propia voluntad y que solo por mi propia voluntad podía marcharme.

Aún temía el juicio de las mujeres, de Laódice, de Casandra, de Hécuba.

Me daba cuenta de que no tenía mucho valor a sus ojos, pero sabía que si me desdecía de mi elección para regresar a Esparta aún me apreciarían menos. Adquirir valor a sus ojos se trocó en un tormento para mí. Esas mujeres eran el silencioso tribunal imaginario llegado para juzgar el trabajo que había hecho sobre mí misma en todos aquellos años. A menudo eran ellas quienes ocupaban el lugar de Afrodita en el sueño del pastor, que de vez en cuando volvía a visitarme. Además de los nuevos rostros de las diosas, el pastor tenía el aspecto de Menelao, que me miraba con los ojos azules abiertos de par en par, tendiéndome la mano. Me ofrecía la manzana como invitándome a regresar con él, y yo me despertaba sin haberme movido, sintiéndome observada y juzgada al mismo tiempo por su mirada y por los ojos severos de las mujeres de Troya.

Dejé de acariciar la idea de regresar cuando supe a quiénes habían enviado como embajadores: al impetuoso Diomedes, el rey de Argos que me había pretendido, y a un jovencito imberbe llamado Acamante, hijo de Teseo.

Solo logré que Paris me lo confesara muchas noches después de la llegada de los embajadores. Me lo contó entre dientes, como avergonzándose. Hasta qué punto estaría avergonzado Menelao. Y me vino un brote de ternura al imaginármelo furioso por la elección de enviar al hijo de Teseo a interceder a mi favor, pero obligado a tragarse su rabia contra sus familiares, porque corría el riesgo de quedarse sin ejército que enviar.

Pobre Menelao, lo dejé sin decirle una palabra, sin darle las indicaciones necesarias para comportarse en la vida cotidiana. ¿Cómo podía pretender que llevara las cosas adecuadamente? Estaba descorazonado, porque me había perdido y porque tenía que traerme de vuelta a casa, imponiéndose como comandante y encabezando una expedición con respecto a la cual no le dejarían la menor posibilidad de decisión.

Enviar al hijo de Teseo a pactar mi restitución tenía que haber sido idea de Agamenón, de eso estaba segura. Reconocía su toque burlón en esa decisión y no podía excluir que mi hermana lo hubiese aconsejado de algún modo.

Imaginé el temblor en los labios de Menelao, la protesta que le rascó la garganta por un instante, antes de optar por retenerla.

Fue, que yo recuerde, la primera vez que logré entrar en empatía con el daño que le había hecho al fugarme.

Sentí su desolación, su incapacidad para reaccionar, su soledad y su humillación como si fuesen cosa mía, y me asomaron lágrimas a los ojos.

Paris se sobresaltó. Nunca me había visto desahogar en su presencia la menor emoción, y ese amago mío de llanto debió de parecerle la prueba de que yo era un ser humano y que, de algún modo, a él lo consideraba digno de acoger mis malos humores y mis confidencias.

Zanjé esa esperanza suya volviéndome contra la pared.

Él comprendió y me dejó sola.

Aquella noche me desahogué con Etra, que se rio de los insultos que les lanzaba a su hijo y a su nieto.

Al final de mi monólogo, le cayó un suspiro de los labios.

—No recuerda nada, el jovenzuelo ese, nada. Ni se figura que su abuela sea una esclava.

La observé en la claridad de mi alcoba.

Había envejecido desde que estábamos en Troya. Le había sentado mal el viaje por mar, y, a diferencia de lo que ocurría en Esparta, donde, por orden mía, se la tenía en cuenta y se la trataba con todos los honores, aquí no era más que una criada como cualquier otra. Evitaba salir de su rincón y hablaba lo menos posible con todo el mundo. Incluso en sus conversaciones conmigo se percibía cada vez con más frecuencia una vena de hastío apenas controlada. En tiempos, era ella la primera en saber lo que me pasaba por la cabeza, pero ahora me guardaba mis pensamientos para mí misma, en espera de poder conversar con Casandra o con las otras mujeres, cuya opinión me importaba mucho más que la de Etra. Ella se daba cuenta, no podía echármelo en cara y le hacía daño. Cuando me percaté, traté de ser más amable, pero mis distraídas atenciones carecían de contenido, y así las percibía ella. Me convencí de que en esa ocasión me había equivocado con mi descuido, y me chocó que sus pensamientos corriesen casi con nostalgia hacia la casa de su hijo. De pronto me vinieron ganas de reconquistar su cariño y la abracé. Olía a polvo y a sebo de velas, y su cuerpo rechinó bajo mi presión. Temí por un momento que le molestara ese contacto, sentí que si me hubiese rechazado, incluso con suavidad, me habría echado a llorar. Lo que hizo fue relajarse, dejar caer las manos ásperas sobre mi pelo y acariciarlo despacio. Estaba flaca. Me pregunté si estaría comiendo lo suficiente. Durante los instantes en que tuve el rostro apoyado en el hueco de su cuello, decidí que a partir de entonces le preguntaría a diario si le faltaba algo, me ocuparía de que diese paseos al aire libre, de que viese los atardeceres de Asia, tan increíblemente rosados, haría que los demás servidores la trataran con respeto. Me convencí de que ocupándome de ella expiaría el daño que les había hecho a Menelao y Hermíone, de que amándola seguiría teniendo una familia.

Eran resoluciones pasajeras y volátiles, y a lo largo de los días siguientes mi comportamiento con Etra fue tan inconstante como de costumbre.

Mientras permanecí abrazada a ella, sin embargo, el corazón me latió a un ritmo tranquilo y regular, y mi espíritu se calmó.

Había una persona, en el palacio, a quien había trastornado más que a mí la llegada de los embajadores: Laódice.

Laódice no se parecía a mi hermana solo en el talante autoritario, porque coincidía con ella en casi todo, incluida la costumbre de escuchar a escondidas las conversaciones y a meterse por los pasadizos secretos. Me confesó que había visto a los dos extranjeros y que no conseguía quitarse de la cabeza al hijo de Teseo.

Era una chica lista. No utilizó la palabra amor en ningún momento de este desafortunado asunto.

Sabía que el rostro rizado del joven se le había quedado impreso en la mente por una de esas cosas del instinto y la atracción que siempre me parecieron tan misteriosas, y nada más; y no trató de justificar el asunto de ninguna otra manera.

Al principio, me halagó que confiara en mí, pensé que estaba buscando mi ayuda para concertar una cita y se la habría ofrecido con mucho gusto. Luego me hizo comprender que ya

estaba todo resuelto, que había sido lo suficientemente lista como para arreglar las cosas según sus deseos con ayuda de una confidente. Conmigo, según comprendí, solo hablaba para sentirse legitimada, porque en Troya yo era la autoridad en cuestiones de infidelidad y obscenidad. Si le hubiera dado mi aprobación, también su último sentimiento de culpa se habría aplacado.

Por otra parte, ¿con quién iba a desahogarse? ¿Con su cuñada Andrómaca, siempre tan recta y rígida y virtuosa?

Virtuosa.

Qué rara sonaba esa palabra.

Etra me había contado que ciertos hombres se quedan satisfechos cuando se dan cuenta de que sus mujeres no disfrutaban en la cama, porque les resultaría indecoroso verlas tan excitadas como ellos.

Si era ese el sentido que cabía darle a la palabra, yo era seguramente la mujer más virtuosa que un hombre de esa calaña pudiera desear a su lado.

Su significado, sin embargo, no era siempre unívoco y preciso. Cuando la pronunciaba mi madre, por ejemplo, lo hacía con veneración, escandiendo las sílabas para que Clitemnestra y yo nos las grabásemos en la mente. Casandra, en cambio, la pronunciaba como si fuese cualquier otro adjetivo. Etra y Laódice la cargaban con un toque de ironía.

¿Cuál era la virtud que los maridos deseaban de nosotras?

He dedicado una vida a tratar de descubrirlo, y aún no lo he conseguido.

Puede que quieran ver en nosotras la virtud que querrían ver en ellos mismos: la obediencia a sus jefes, el empeño en mantener el orden en su ciudad, en sus cosas, en sus campamentos. Quieren reflejarse en nosotras. Y ser virtuosas consiste en dejarles hacer y no alterar el reflejo de sí mismos moldeado a partir de nosotras.

Yo había destruido ese reflejo.

Si me miraba al espejo, no había riesgo de que en él viera a Menelao o a Paris. En su lugar, habría querido ver mi imagen, nítida e inconfundible, pero solo veía mi cuerpo.

De mi alma no había la menor traza.

Estaba reducida a piel, carne, cabello, uñas. Me tocaba, comprobaba mi existencia, pero no me veía, tenía los rasgos borrosos y opacos.

Asistí al asunto de Laódice desde lejos, pronta a intervenir si fuese necesario, aunque sin saber muy bien qué podría hacer.

Lo hablé solo con Etra, y a ella se le ensombreció la cara.

—Espero que sepa cómo no quedarse preñada —dijo, pensativa.

—Parece saber lo que hace —me limité a responderle, e inmediatamente después me vino la envidia, al comprender que aquella muchacha, más joven que yo, sabía moverse por el mundo con mucha mayor seguridad.

Pocas semanas después de la visita de los embajadores aqueos, las malas noticias empezaron a caerme encima como gotas de lluvia.

En primer lugar, mi madre.

Príamo dejó que fuese Paris quien me lo contara, y lo odié por ello. Si hubiese recibido la noticia de labios de Casandra, o, si no, de Hécuba, sé que ellas habrían logrado edulcorarla, hacerla menos terrible de lo que era. Habrían tenido piedad y empatía, y no les habría asustado ver el dolor en mi rostro.

Paris, en cambio, pasó largo rato dando boqueadas antes de encontrar las palabras que le parecieron más adecuadas, y después me las escupió con rudeza:

—Tu madre se ha ahorcado, por el dolor de tener una hija deshonrada.

Me quedé de piedra.

Mi madre siempre había sido fría, quejumbrosa, y ahora estaba fría, inmóvil y callada, y quizá estuviera ya descomponiéndose en pedazos.

Paris me dejó sola, como hacía cada vez que se daba cuenta de que estaba empezando a experimentar una emoción. Se le sonrojaron las mejillas, y sé que le dolía no ser tierno conmigo, pero mi tristeza lo avergonzaba y no pudo superar ese pudor. En aquel momento casi habría querido que se quedase. Tenía necesidad de algo vivo y verdadero a que agarrarme.

Nunca habría pensado que sentiría así la ausencia de mi madre.

Durante mis días de Esparta, su rostro me resultaba indistinguible de las cortinas de la cama o las paredes de palacio. Estaba ahí, y no podía concebir el mundo sin ella, pero al mismo tiempo no me parecía que lo enriqueciera de ningún modo.

Cuando me di cuenta de que ya no volvería a verla, me invadió la absurda certeza de que todo lo que había hecho hasta entonces había ocurrido para que luego pudiese volver atrás y hacerme abrazar por ella tras la separación, como tantas veces lo había hecho con Clitemnestra.

De los muchos intercambios de cariño entre mi madre y mi hermana no tenía en realidad más que un único y nítido recuerdo. Y quizá no fuera un verdadero recuerdo, pensándolo bien, sino más bien un cuadro que se hubiera formado en mi memoria tras haber juntado piezas y sensaciones.

Era Clitemnestra con la cabeza apoyada en el hombro de mi madre, con los rizos que le caían por la frente rozándole el peplo. Leda le acariciaba distraídamente el pelo. Yo debía de estar justo allí, delante. ¿Sola? Quizá con una criada.

Esa imagen empezó a perseguirme.

Me molestó.

Eran otros aspectos de la muerte de mi madre los que deberían haberme trastornado: su tragedia, mi responsabilidad directa.

Lo que hice, en cambio, fue desesperarme y llorar por dentro ríos de lágrimas, porque Clitemnestra había recibido una caricia en la cabeza y yo no. Absurdo, me decía, y luego miraba a Etra y deseaba apoyar la cabeza en su hombro, como en mi recuerdo, y pedirle la caricia que me había sido negada.

Enseguida se me antojaba sucio ese deseo, me daba vergüenza y las lágrimas se hacían más acuciantes. En los días posteriores me sucedió que no pude esconderlas ni siquiera en presencia de Paris, y por un momento pensé que se iría a dormir a otro sitio para no asistir a mi llanto. Pero lo que hizo fue volver a ruborizarse y ponerme una mano en el hombro sin osar moverla.

Al día siguiente, me llamó Casandra. Me habló de sus hermanas, del tiempo, de pequeñas anécdotas sin importancia. Después, me abrazó. Yo no estaba acostumbrada al contacto físico, quitando el de mis criadas cuando me lavaban y peinaban, o con los hombres que a lo largo de los años me habían poseído. El abrazo con Etra, unas semanas antes, había sido una excepción.

El abrazo con Casandra tenía una consistencia distinta, más seca y breve.

Me pareció que quería transmitirme algo mediante aquel breve contacto.

—Los acontecimientos se precipitan y el viento de la muerte te toca por primera vez. Lo está segando todo antes de llegar a su cumplimiento, y tú tienes que correr más deprisa —me dijo.

Tenía razón. La muerte nunca me había tocado tan cerca. Mis hermanos habían cruzado hacía tiempo el umbral de la inmortalidad, y Clitemnestra y yo siempre nos mantuvimos en equilibrio entre ambos mundos, dos criaturas de los confines a quienes las cosas terrenas podían rozar, pero

no destruir. Estaba la muerte de mi padre, sí, pero estaba tan viejo y tan cansado que verlo apagarse me pareció obvio y natural. Era un rey, al fin y al cabo, no una persona como todas las demás, y su muerte era casi un acontecimiento institucional y necesario para que alguien más digno pudiera sucederle. Mi madre, en cambio, no era vieja ni estaba cansada, solo tenía unas pocas canas entre sus cabellos dorados, y los ojos aún perdidos en su sueño pasado. Mi madre, según se contaba y según creímos siempre, había sido tocada por la divinidad.

¿Cómo pudo desaparecer sin más, como si hubiera sido un ser humano cualquiera?

Cassandra tenía razón en cuanto al rápido ritmo de los acontecimientos.

Estaba aún trastornada por aquel primer hálito de sangre cuando llegó, veloz como Hermes, la noticia de que el ejército aqueo, a las órdenes de Agamenón, había zarpado rumbo a Troya.

Nadie se sorprendió. Troya lo esperaba, dura y fortificada tras sus murallas.

Por la ciudad y por el palacio de Príamo se esparció pronto el horrible rumor de que Agamenón había sacrificado a su hija mayor en un altar, en lugar de una cierva, para tener viento de popa hasta Troya.

Al principio no lo creí, pensé que sería una historia puesta en circulación por los propios troyanos para fomentar el odio a un enemigo brutal.

Luego, conversando con las demás mujeres, comprendí que era verdad, y me sentí como una imbécil por haber dudado de que Agamenón fuese capaz de semejante comportamiento.

De modo que Ifigenia, la regordeta Ifigenia de grandes ojos oscuros, empezó a descomponerse lentamente en mi cabeza, junto con mi madre. Era capaz de imaginar todos los detalles de la escena: la expresión impasible en el rostro de Agamenón, el paso inseguro de la muchacha, que percibe el engaño en el aire... Lo que no logré sentir, en cambio, fue el dolor de su cuerpo apuñalado. El único dolor que yo había conocido en mi vida era el dolor primordial de Teseo volviéndome del revés el cuerpo como un saco vacío.

Y es así como ahora imagino la muerte: una violación en grupo.

De una cosa, sin embargo, estaba segura: si Agamenón no moría por la espada de Héctor o la de Eneas en la guerra que estaba preparándose, lo mataría Clitemnestra.

Comprendí por primera vez a fondo lo que quería decir Etra al afirmar que mi hermana haría cosas grandes y terribles. La niña frívola y testaruda con quien me crie no dudaría en matar, si tenía un buen motivo para hacerlo. Ifigenia era su hija preferida, la mayor, la que menos se le parecía, la pequeña Electra me recordaba mucho más a su madre, con sus frecuentes arrebatos de ira y la mirada de fuego, pero Ifigenia era su predilecta.

Mi hermana no perdonaría jamás, y una vez más me sentí inferior a ella.

Si alguien le hubiese hecho daño a Hermíone, yo habría montado en cólera, sin duda, pero no habría matado. Habría esperado que la venganza se introdujese lentamente en la vida del asesino, sutil y casi imperceptible, sin mancharme las manos. No habría blandido un arma, pero no por piedad, más bien por cobardía.

La noticia de la muerte de Ifigenia me hizo pensar obsesivamente en Hermíone. No lograba sentir un verdadero dolor por mi sobrina. Solo la había visto una vez, de muy pequeña, y la historia de su muerte era tan terrible que se me antojaba irreal. Sentía, en cambio, con toda intensidad, el dolor de mi hermana por haber perdido una hija, y ese dolor me hacía más patente la ausencia de Hermíone.

¿Volvería a verla alguna vez?

¿No era para mí, en el fondo, como si estuviese muerta?

Me pregunté si habría sido ella quien encontró a su abuela ahorcada, qué rostros amigos la

rodearían.

A mi hija, en muy poco tiempo, todo su mundo se le había desmoronado.

En mi recurrente sueño, el rostro del pastor se trocó en el de Agamenón. Le daba la manzana a Clitemnestra y mi madre y yo estábamos ahí, mirando. Sabía que era una trampa, que Clitemnestra no debería haberla aceptado, era demasiado rotunda y perfecta, roja y resplandeciente.

Y, sin embargo, en el fondo estaba trastornada, la habría querido yo, esa manzana, habría sido lo justo, dársela a la más bella.

Las demás mujeres me comunicaron su pésame por mis lutos, pero no se me escapaba la desaprobación que ardía en sus miradas por mis cabellos, tan largos y tan rubios como siempre, y por mis coloridos atuendos.

Las ignoré.

Siempre había pensado que mesarse los cabellos y rasgarse y teñirse las vestiduras y todas las demás manifestaciones de luto para la platea no contribuían sino a agudizar el sufrimiento, más que aplacarlo. Y mi sufrimiento tenía que ser mío, yo misma lo había elaborado, en la oscuridad, en mi cabeza, como todos los demás pensamientos. Buscaría una salida por mi cuenta.

Le expuse mis razones a Casandra, un día, sin motivo exacto, y me avergoncé casi enseguida, porque mis palabras tenían un sabor a justificación tardía.

—Nadie piensa que tu vestimenta sea la medida de tu dolor —me tranquilizó, con su voz profunda y sosegada.

Sabía que me estaba mintiendo. Por el modo en que me miraba Andrómaca, comprendía que mi falta de luto por la muerte de mi madre y de mi sobrina era para ellas la enésima confirmación de mi falta de corazón.

—Se trata de convenciones sociales y tradiciones.

Suspiré.

—Creí que el mero hecho de estar aquí era ya prueba suficiente de lo poco que me importan las convenciones sociales.

Casandra sonrió y por primera vez tuve la sensación de que quizá me admirara tanto como yo la admiraba a ella, y eso me reconfortó el corazón.

—Helena —prosiguió, cuando ya estaba alejándome, dando por terminada la conversación—. ¿Quién esperas que gane la guerra?

Me lo pensé. Su pregunta era sincera, y lo que yo le respondiese quedaría entre nosotras.

—Huí de Esparta sabiendo que me llevarían de regreso a casa —le contesté—. En cierto sentido, siempre he dado por supuesto que mi marido me llevaría de nuevo consigo y que mi vida volvería a ser lo que era antes. Que me anden capturando como si fuera un botín de guerra no me hace feliz, pero debo admitir que dejar el lecho de Paris sería un alivio.

Escruté el rostro oval de Casandra antes de continuar.

—Otras veces pienso que nunca volveré a Esparta con vida, y la idea me angustia. ¿Por qué tengo miedo de no poder volver al sitio del que me escapé? Espero que la guerra me ayude a comprenderlo. Cuando sepa quién espero que gane la guerra, sabré lo que quiero y lo que soy. Por el momento, lo único que sé es que, en cualquier caso, será sangre y dolor.

Al final de mi discurso, miré a Casandra, insegura.

Ella entornó los ojos, perdida en una visión lejana.

—Tienes razón —dijo—. Será sangre y dolor.

Me puso la mano en el hombro y después se alejó.

Desde entonces fue sangre y fue dolor.

El día del desembarco fue como ver la muerte de frente, algo que llevaba tiempo aguardando, que sabía inevitable, pero que, en resumidas cuentas, esperaba que no ocurriese de veras.

Las mujeres permanecíamos encerradas durante el día en un ala del palacio, por voluntad de Príamo, y esa decisión me tenía enfurecida. Si los griegos no conseguían entrar en Troya al primer intento, nada malo nos podía suceder, fuese cual fuese el punto de la ciudad en que nos encontrásemos. Si, por el contrario, lograban entrar, no estaríamos seguras en ninguna parte, ni siquiera en el salón del trono.

Más que ninguna otra cosa, sin embargo, lo que me fastidiaba era que nadie me hubiera pedido consejo sobre el ejército que llegaba. Sabía que los troyanos se gastaban buena parte de su oro en espías, no solo para estar informados del progresivo acercamiento del ejército aqueo, sino también para conocer sus peculiaridades y sus puntos débiles, su estrategia y su mentalidad. Cuando podrían haber tenido, sin gastar nada, el asesoramiento de una mujer que conocía la propensión de Diomedes a la cólera, ¡que incluso había compartido lecho con Menelao!

Y, no obstante, a nadie se le pasó por la cabeza que durante mi vida yo pudiese haber visto y pensado a la par que un hombre y que, por consiguiente, pudiera resultar de utilidad como persona. No se me quitaba de la cabeza la idea de que si yo hubiese sido una de sus mujeres las cosas habrían ocurrido de otro modo.

Durante aquellos días, trataba de no hablar con las demás.

El mando lo ejercía, como de costumbre, Hécuba, quien, con silenciosa autoridad, movía los hilos de las vidas de sus hijas, de sus cuñadas, de sus esclavas.

Fue ella quien silenció a Andrómaca, con unas pocas palabras, tan buenas como terminantes, tras las primeras horas de desesperación. La pobrecita no había hecho más que lamentarse, abrazada a la barriga en que le crecía lentamente la semilla de Héctor.

Yo estaba convencida de que sus miradas se me clavaban en la espalda cuando me daba la vuelta. Durante aquellos días, me obsesionaban las miradas, siempre temía que alguien me estuviese observando, acusándome con los ojos.

En mis sueños, ahora era yo la manzana. Las tres diosas, que de vez en cuando adoptaban la apariencia de Andrómaca, Políxena y la propia Hécuba, me sopesaban, me escrutaban y luego bisbiseaban entre ellas. Al final, me dejaban con Paris y se iban lejos, y yo me debatía, porque deseaba seguirlas, pero cuando intentaba abrir la boca para pedirles que se quedaran, me daba cuenta de que ya no sabía hablar.

Las ancianas tranquilizaban a Andrómaca diciéndole que los troyanos habían desbaratado a los aqueos nada más desembarcar estos.

—No habrá guerra —le aseguraban—, será un único baño de sangre y los sobrevivientes volverán a sus naves. Los nuestros estarán en la ciudad antes de caer la tarde.

Palabras vanas, nadie las creía, tampoco Andrómaca, pero había que decirlas.

Fue un baño de sangre, ciertamente, pero no el decisivo.

Héctor volvió, Paris volvió. La respiración de Andrómaca se hizo más regular.

Tras aquel formidable ataque inicial, la guerra, el gran monstruo que llevaba tanto tiempo cerniéndose sobre nuestras cabezas, adquirió un rostro y un color determinados, y era el sucio gris de las tiendas aqueas que permanecían plantadas, día tras día, en torno a las murallas de Troya.

Las demás mujeres gemían ante aquel panorama, pero a mí me resultaba del todo natural. Me di cuenta de que antes de partir hacia Troya ni una sola vez me la había imaginado sin un ejército aqueo acampado bajo sus muros.

Pensaba a menudo en la pregunta que me había hecho Casandra y en el rigor que me impuse al

responderle: comprenderé qué quiero cuando sepa quién deseo que gane la guerra.

Ni siquiera entonces, habiendo estallado ya el conflicto, conseguí aislar un sentimiento neto y preciso a su respecto.

Por un lado, estaba Troya, mi aventura y todo lo que aún deseaba descubrir. Por otro, la conciencia de que los aqueos estaban acampados a una distancia que podía recorrer a pie hacía que el corazón me latiese más deprisa. Para ellos, yo era la imparangonable Helena de Esparta. Una aparición mía habría hecho creer a los más ingenuos que la guerra había terminado, habría causado abandonos y suspiros.

En algún lugar de aquel campamento tenía que estar la tienda de Menelao.

Me pregunté cómo reaccionaría si una noche me deslizara bajo sus sábanas, si le asegurara que allí iba a quedarme, con él, para siempre, si habría dado orden a todo el ejército de regresar a Grecia. No habría sido cosa fácil, de eso estaba segura. Él se habría sofocado, habría buscado las palabras adecuadas para decirme que no tenía ese poder, que el único con autoridad para decidir lo que ese increíble ejército podía o no podía hacer era su hermano. En ese punto, yo le habría hecho una caricia y me habría marchado, porque la condición que le había puesto era muy clara y muy sencilla.

Imaginaba esa escena una y otra vez, con todo detalle, con minuciosa precisión. Me preguntaba cómo habría cambiado el cuerpo de Menelao durante ese tiempo. ¿Tendría la barba más espesa, los brazos más delgados? Nunca había prestado mucha atención a su aspecto, y ahora, al intentar evocarlo, se me confundían los contornos.

¿Y si me rechazaba? ¿Si ya no me deseara, si ni siquiera la forma del peplo sobre mi cuerpo sirviera para reanimar una pasión oculta bajo las cenizas de un sufrimiento excesivo?

¡Cuánto creí amar a Menelao en aquellos tiempos!

Era una mujer madura, una madre, una amante y un icono.

Quería ser una persona dotada de una fortísima e inflexible voluntad propia, y en cambio entre mi objetivo y yo se interponía el miedo ancestral a no ser querida ni deseada.

¡Ay, cuánto me habría gustado tener los ojos de Casandra y así poder verme toda entera!

Pero, en cambio, ni siquiera cuando me miraba al espejo conseguía concentrarme en algo más que los detalles. La piel que se me oscurecía al sol, una uña imperfecta. Los músculos que se marcaban en mis tobillos al ponerme de puntillas.

El tiempo corría deprisa, las estaciones se sucedían, y yo escrutaba, cada vez más ansiosa, el contorno de mis ojos en busca de arrugas.

Pronto quedó claro que los aqueos no tenían intención de pasarse años de guerra en un largo asedio inactivo bajo las murallas de Troya. Se pusieron a saquear Tracia.

Troya, impasible, buscaba alianzas, cuchicheaba tácticas, se apiñaba en torno a Príamo y el palacio. Las gestas de los generales aqueos se extendían con una aureola de temible leyenda por los mercados y las plazas de Troya, y desde allí llegaban hasta el palacio, como una humareda pestilente. Supe así que el jefe de las correrías era Aquiles, mitad hombre y mitad dios, emisario del Hades, bestia feroz y terror de los niños de Troya. Las mentes que maniobraban sus acciones eran, en el imaginario popular, las malvadas y astutas de Agamenón y Odiseo.

De Odiseo se decía que era pequeño, feo, la encarnación del mal.

De Agamenón, que su cuerpo majestuoso encerraba un alma despiadada e infalible; por otra parte, su fama de asesino lo precedía.

Ninguna noticia de Menelao.

No se le incluía entre los más astutos, tampoco entre los más diestros. Si hubiera habido

mujeres entre los guerreros troyanos, quizá lo hubiesen incluido entre los más bellos.

Cuando me enteraba de alguna correría, pasaba horas agazapada en un rincón, con las rodillas abrazadas. Imaginaba las lágrimas de las madres al ver morir a sus hijos, sentía el calor, el sudor y el peso de la armadura en los hombros, la crin del yelmo me cosquilleaba la espalda, y sentía desazón, miedo, vergüenza ante los extraños. Hacía esfuerzos por calmarme en ese mundo sudoroso, por participar en él y por salir de mí misma.

Intentaba la empatía.

Empatía: una palabra que señala el paso de un sexo a otro y puede convertir en despreciable niñita a un muchacho que duda en matar a su primer enemigo. Era la empatía, esa extraña enfermedad natural, la que nos hacía a las mujeres tan inadecuadas para la guerra y el gobierno.

Nadie nace sin empatía.

Los hombres, sin embargo, aprenden a quitársela de encima desde el primer vagido, a arrojarla a los orinales junto a sus excrementos.

Y es así como nacen los guerreros.

Lo comprendí al final del primer asalto, cuando Paris, jadeante y sucio de tierra y de sangre, se precipitó en el dormitorio y quiso tomarme casi sin quitarse la armadura, sediento de vida. Durante todo el tiempo de esa breve y fugaz relación, me pregunté qué habría sentido en la refriega, frente a los cuerpos que caían a sus pies.

Y luego me hice las mismas preguntas con respecto a Menelao.

Me respondí que quizá no sintieran nada hasta hallarse de nuevo a salvo. Experimentarían sensaciones violentas y confusas que habrían de controlar, sin que los ocupara ningún pensamiento, salvo uno: sobrevivir. Luego, la empatía que intentaron sofocar los atraparía de golpe, y se buscarían una mujer con quien desfogarse, para dejar de nuevo de pensar.

Me pregunté si también nosotras —Andrómaca, Políxena, yo misma— seríamos capaces de dejar de razonar, de pronto, y me dije que no, que no nos sería posible. Con todo el tiempo libre que teníamos a nuestra disposición, estábamos acostumbradas a pensar de modo continuado, y precisamente por eso estaba convencida de que Hécuba habría sido mucho más apta para la gobernación que Príamo.

Ella no conocía la ira, los impulsos, la avidez, porque en las mujeres estas emociones no se perdonan. Sabía reprimirse, reflexionar, hallar un compromiso; y ¿no son estas las dotes que necesita un buen gobernante?

Quería hablar con alguien de lo que estaba empezando a entender, de las tácticas aqueas que me consideraba capaz de comprender, de mis esperanzas, de mis frustraciones, de mi yo tembloroso. Tenía, más marcada que nunca, una tendencia a necesitar contarme, para poder comprenderme de veras. Llevaba toda la vida repasando las etapas que me habían llevado a un cierto objetivo, vistiéndolas de palabras siempre nuevas, que me susurraba a mí misma, porque no tenía a nadie más.

Intenté hacer de Casandra una confidente más profunda de lo que hasta entonces había sido, pero un muro de respeto me impedía sincerarme con ella. La veía totalmente dueña de sí, mientras que yo no era sino un grumo de ideas en continua evolución, y temía que sonriera ante mi ingenuidad, mis miedos y mis deseos. La tenía tan idealizada que, cuando descubrí su relación con Eneas, difícilmente pude creer que algo tan humano y vulgar le estuviera ocurriendo. ¿Qué tipo de atractivo podía encontrar una mujer tan bella y resuelta en un hombre silencioso, insignificante y oscuro como Eneas?

Los observaba.

No hacían nada por ocultar los sentimientos que los unían, pero tampoco alardeaban de ellos. Habría sido difícil descubrirlos mientras se tocaban, pero bastaba interceptar sus miradas para comprender el tácito acuerdo que los unía. Yo no tenía pudor y los miraba, incapaz, como siempre lo he sido, de dominar mi curiosidad.

¿Era en verdad posible sentirse ligado a otro ser humano sin reservas y sin los constreñimientos de la propia mente?

A veces pensaba que mentían, que lo suyo podía ser una refinada puesta en escena para que el mundo los creyese en posesión de algo que les estaba prohibido a los demás. Pero a menudo me convencía de que sus miradas y sus susurros eran auténticos y sinceros, y que a mí me faltaba capacidad para entregarme a las cosas, para dominar mis sentidos y mi mente y dejarlos que permaneciesen en paz en algún lugar tranquilo.

Esa sensación de carencia me atormentaba, buscaba la manera de colmarla y solo la encontraba en el recuerdo de lo que había abandonado.

Entretanto, la vida seguía adelante.

Laódice, como temía Etra, se quedó preñada. Hécuba lo descubrió y la hizo azotar tan fuerte que lo natural habría sido que perdiera el niño, pero no ocurrió así. La reina estaba dispuesta a fingir que no veía a los amantes de sus hijas, si respetaban el pacto tácito de no tener hijos antes del matrimonio, de un modo u otro. Laódice, con una estrambótica y bufa convicción, pretendía llevar a término el embarazo.

Príamo se enfadó con su mujer cuando se enteró de lo que había hecho. Había demasiada necesidad de alianzas matrimoniales como para arriesgarse a desfigurar a una hija hermosa. Laódice podría haberse deshecho del bastardo y nadie habría vuelto a mencionar ese desventurado incidente.

Llegó el momento y Laódice se presentó de noche a mi puerta. Estaba con dolores y no quería que la asistiese una comadrona de su madre.

—Lo mataría nada más nacer —murmuraba, desgreñada, con los enormes ojos azules abiertos de par en par.

Fue la única vez que la vi asustada, la primera que me sentí verdaderamente útil para alguien desde mi llegada a Troya.

Ordené a mis criadas el más absoluto silencio. Etra la ayudó a parir, con sus manos cada vez más arrugadas.

Nació un hermoso varón, y yo agradecí no reconocer los rasgos rectangulares de Teseo en aquella carita regordeta.

—Me lo quedo yo —dijo Etra—. Tú estate tranquila, pequeña.

Cuando recuerdo aquella noche y la cólera de Hécuba, que se volvió contra mí, me complace el convencimiento de haber hecho mi pequeña contribución a que una mujer, un día, pueda tomar estrambóticas decisiones sobre su cuerpo y llevarlas a cabo sin que nadie pueda entrometerse.

Mientras el tiempo pasaba a una velocidad tan vertiginosa que ya no lograba vivirlo en instantes claros y precisos, el vientre de Andrómaca crecía.

Parió un varón de mejillas rosadas a quien llamaron Astianacte.

El parto de Laódice había sido un suceso secreto e innombrable, pero el de Andrómaca fue un asunto público. Saber que la mujer del heredero del trono de Troya había dado a luz un hijo varón sano y fuerte contribuyó no poco a templar los ánimos de los soldados troyanos, que habían creído en principio que la guerra sería veloz y fulminante, y ahora se pasaban los días observando cómo aumentaba de tamaño el campamento aqueo, cada vez más cerca, organizado y amenazante.

Nunca vi a Andrómaca tan feliz como durante aquellos días. Estaba serena y sonriente con el niño en brazos, recibía con gusto a todo el que deseara verla, a pesar de lo débil que estaba. Se olvid  hasta de ser desagradable conmigo.

El modo en que hasta ahora me he expresado a su respecto podría dar lugar a malentendidos. Andrómaca y yo nunca fuimos amigas, y veíamos el mundo desde dos perspectivas profundamente distintas, y sin embargo ella ha sido una de las mujeres a quien más amé en el transcurso de mi vida. Con frecuencia me he preguntado si yo valía una uña suya, si alguna vez habría sido capaz de soportar el peso del mundo sobre los hombros con su misma tranquila resignación, con su mismo sentido del deber, sabio y calmo. La respuesta era siempre la misma: no.

Mi insaciable curiosidad no me lo habría permitido, la carcoma que me impulsaba a destruir y no a crear seguía siendo una maldición para mí.

Por cosas que me dijo Paris entre dientes, tras el parto de su cuñada, comprendí que él también habría querido un hijo mío.

—Te pasas todo el día detrás de ese bastardo —refunfuñó, refiriéndose al pequeño Múrito, el hijo de Laódice, que estaba alojado en mis aposentos con Etra—. ¿No te entran ganas de llevar un niño en las entrañas?

También él, igual que Menelao, me atribuía la facultad de decidir si quería o no quería ser fecundada.

Creo que esos dos me habrían atribuido cualquier facultad.

Por segunda vez, me reí en su cara.

—¿Para qué iba a querer un hijo tuyo, para que se exprese entre dientes y refunfuñando igual que tú?

Los ojos le llamearon. Levantó la mano para pegarme, una mano grande y callosa de guerrero y de pastor. Luego golpeó la pared de detrás de mí, evitándome, y salió de la habitación.

Cuando me quedé sola pegué la oreja a la pared. Estaba llorando.

No me consideré merecedora de semejante golpe, como tampoco pensé que ninguno de aquellos jóvenes cuya sangre tiñó las aguas del Escamandro durante aquellos diez años mereciera morir.

Pero comprendí su llanto.

Por un instante experimenté su misma vergüenza, su misma frustración, y me invadió una pizca de sensación de culpa que aparté de mí a toda prisa.

Nunca podré perdonarle a Paris que me considerara un objeto del que disponer a su placer, como nunca podré perdonarme a mí misma por haberme dejado tratar como tal.

Pero había tenido que escoger y había escogido irme con él. Debía asumir toda la responsabilidad.

Hécuba apenas reprimía su odio hacia mí. Desde el parto de Laódice, me dirigía la palabra solo cuando no tenía más remedio, y nunca sin estar alguien delante. No me habría sorprendido que escupiera a mi paso. El conflicto no me conturbaba. Respetaba a Hécuba y su modo inflexible de hacer lo que consideraba justo. Que ella me reconociera como rival a su altura me proporcionaba una extraña exaltación.

En los últimos tiempos, sentía a Etra aún más distante de lo acostumbrado. Se pasaba largos minutos mirándome y suspirando, como si yo fuera una grandiosa obra que de pronto se le hubiera escapado de las manos. Cuando tuvo que ocuparse del niño, empecé a verla aún más raramente, y la única compañía con la que podía contar en serio era yo misma.

Evitaba cuidadosamente dejar que mi cabeza se demorara en los recuerdos de las calles familiares de Esparta, en las caricias distraídas de Menelao, en las manitas regordetas de Hermíone o en el cuerpo musculoso de Teseo, me sentía culpable haciéndolo y buscaba refugio en la única parte de mí que nunca me había defraudado: el cuerpo. Me extasiaba al sentirlo todavía

duro y liso, a pesar del transcurso cada vez más veloz de los días. Mirándome en el espejo, trataba de adivinar mi rostro de mujer madura tras mis rasgos actuales.

Quién sabe cómo envejeceré, me decía. Pero sin inquietud, por mera curiosidad. Me decía que si la belleza divina era una cualidad transferible de una edad a otra, quizá me convirtiera en una anciana bellísima, con el cabello blanco como la leche y las arrugas allanadas; si no, sería una criatura flácida y putrescente, sin traza del antiguo esplendor.

Cuando Troilo, el hijo pequeño de Hécuba, cayó bajo una espada aquea, ella y su séquito dejaron de hablarme durante varios días, salvo que fuera absolutamente necesario. Habría preferido que me gritasen, que me dijeren infamias, para así poder defenderme. Pero se limitaron a ignorarme, y no pude justificarme de ningún modo.

A solas preparaba un discurso tras otro para desmentir sus ofensas imaginarias, y cuando más los afinaba y perfeccionaba, menos creía en las palabras que iba enhebrando como perlas, para mi propia absolución.

Acabé por sentirme verdaderamente culpable.

Había conocido a Troilo: era bello, joven y por sus fáciles rubores atrevidos me recordaba al Menelao de la primera vez que nos encontramos.

Luego, sencillamente, dejó de ser.

Como mi madre, como mi padre, como Ifigenia.

Sabía que esta guerra habría estallado aunque yo me hubiese quedado en Esparta. No obstante, me preguntaba también, ¿habría quizá sido más breve, menos obstinada? ¿Se habrían plegado los troyanos, tarde o temprano? ¿O no habrían puesto los aqueos un empeño tan necio en el combate?

Recordaba mis ingenuos planes y mis previsiones de sangre y de muerte, y me sentía estúpida. Una estúpida con poder y, por consiguiente, peligrosa.

Y así, mientras el humo de la pila funeraria de Troilo se alzaba hacia el cielo plúmbeo, empecé a sollozar.

No por el muchacho ni por la opresiva sensación de culpa, sino porque me sentía más lejos que nunca del ideal de mujer inteligente que Etra me había descrito en una vida anterior.

Mientras las lágrimas me velaban la visión, vi que Hécuba me miraba de reojo. No se ablandó conmigo, en los días siguientes, pero creo que aquella vez sí comprendió que yo era un ser humano.

No fue un llanto propiamente dicho, pero sirvió para calmarme, para recordarme que tenía a todo el palacio de Príamo desplegado ante mí, lo cual no era un acontecimiento de poca monta.

Miré de soslayo el rostro del viejo rey, que no me había parecido tan viejo la primera vez que lo vi, aunque ahora los años habían empezado a caerle encima, más copiosos que gotas de lluvia.

Capté el triste pliegue en los labios de Héctor. Ese hombre moreno y sensato nunca me había parecido otra cosa que triste, del mismo modo que su mujer nunca me había parecido otra cosa que preocupada.

Había algo trágico en ellos.

No lograba imaginarlos viviendo una vida serena, como había sido la de Menelao y mía antes de que yo decidiese ponerle fin. Parecían irremediabilmente abocados a la tragedia.

A pesar de su melancolía, Héctor era quizá el único hijo de Príamo que conseguía ver el mundo con objetividad.

Había días en que fantaseaba con la idea de acercarme a sus aposentos e implorarle que me diera algo que hacer, lo que fuera. Me habría contentado con hilar, pero habría preferido algo que me permitiese acercarme a las personas. Insultos a los que replicar. Problemas que resolver.

Cosas que ver, que descubrir, que explorar. Si intentaba tocarme, no me apartaría, le permitiría que me palpase y me sobase también él, y mientras tanto me mantendría alerta, preparada para captar las diferencias entre su brutalidad y la de Paris, para deducir los rasgos de su personalidad.

Sabía, sin embargo, que no ocurriría así, que evitaría mirarme, sencillamente, y que me enviaría de vuelta a mis aposentos, prometiéndome que nunca comentaría con nadie lo sucedido. Yo, por otra parte, no encontraría la humildad necesaria para suplicarle. Me dije que ya llegaría la ocasión, y el día había llegado.

Tras el funeral de Troilo, todos estuvieron afligidos varios días. Paris lloraba —detestaba que lo viera débil y lacrimoso, pero lloraba—, y yo lo abrazaba porque me daba pena.

Las mujeres callaban. El espectro de la muerte las acechaba mientras tejían, les contaba, les musitaba en los perfumados oídos el nombre de la víctima siguiente.

Yo vagaba.

Eran todos tan poco propicios a hacer preguntas, aquellos días, que en mis peregrinajes por el palacio me habría gustado saber qué podía ocurrir si cruzara las puertas, sencillamente, para encontrarme en las calurosas calles de Troya. Pensaba en todos los olores, los sabores, los colores que se mezclaban con la tierra y con el polvo, y con las voces de la gente... y la idea de no llegar a conocerlos me revolvió el estómago.

Llevaba ya unos años en Troya y lo único que conocía de la ciudad era el palacio, la dureza de Hécula y el blando lecho de Paris. Fantaseaba con la idea de fugarme alguna noche. Meterme en una tasca y fingirme una prostituta cualquiera, acostarme con hombre feos y oscuros, que al día siguiente alardearían de haber poseído a una mujer igual de bella que Helena de Esparta.

Si el precio del conocimiento era mi cuerpo, ¿qué diferencia había entre Paris y cualquier otro ciudadano?

Mientras estaba absorta en tales pensamientos, preguntándome si lograría granjearme la ayuda de Etra en ese empeño, me tropecé con Héctor.

Mi evidente vagar sin hacer nada y sin meta lo impresionó.

—¿Qué podrá poner fin a esta guerra? —me dijo, en un tono de circunstancias, tras saludarme.

Sin duda, esperaba de mí una respuesta superficial, algo que le permitiese seguir su camino, poniendo fin a la conversación.

Pero yo me agarré a esas palabras como a un filtro capaz de devolverme la vida.

—Una mujer —le contesté enseguida.

Él frunció el ceño. Tenía unas cejas espesas y oscuras, Héctor, y que las juntara me pareció señal de que estaba turbado, que estaba movilizand o todas sus facultades para buscar una respuesta adecuada.

—Una mujer la inició, una mujer puede ponerle fin —me adelanté.

Era una frase estúpida. Esa guerra no la había empezado yo y no se resolvería metiendo a una muchacha en la cama de Aquiles, pero los acontecimientos posteriores me dieron la razón, en parte, y puedo admitir tranquilamente que en ese momento lo único que quería era impresionar a Héctor y exhibirme.

—No seas demasiado dura contigo misma, Helena —me contestó, y siguió andando.

Yo lo miré alejarse como una postrera esperanza que se fuese hundiendo en el horizonte.

Sentí empatía por Casandra y sus profecías desatendidas, sentí lástima por mí misma, porque no lograba darme la forma que quería, porque a pesar de los años que llevaba observándolas, envidiándolas y tratando de robarles sus artes, seguía sin ser una mujer de Troya.

En Esparta, Menelao me escuchaba, mi voz tenía un sentido. Si hubiera permanecido allí, mi

vida se habría desarrollado de otra manera, habría ayudado a mi marido a ser un soberano sabio y justo, él habría sido recordado como tal y yo habría quedado agazapada a su sombra, criatura bellísima y silenciosa. Había optado, en cambio, por hacerme ver, con todo lo que ello traía consigo, y estaba sufriendo las consecuencias.

Pasaron unos días tras mi extraña conversación con Héctor antes de que Casandra viniese a pedirme cuentas.

En los últimos tiempos, me había hecho más esquiva y solitaria, y mis largas charlas con ella se habían ido espaciando cada vez más. Por otra parte, el luto por su hermano le había entristecido la mirada y la palabra, y no parecía complacerle, como antes, pararse a hablar conmigo sin motivo preciso.

Aquella vez, sin embargo, fue ella quien vino a buscarme.

Me habló del templo: habíamos dado acogida a un sacerdote vagante llamado Crise, junto a su rubia y selvática hija, y me explicó lo mucho que la irritaba someter su espiritualidad pura e indómita a la convencional y escasa de un extranjero. Me habló de las calles, de los mendigos, del olor del polvo y de todo lo que yo solo podía entrever desde mi encierro en la fortaleza.

Cuando me hablaba así, como si estuviese diciéndome lo primero que se le ocurría, sin sopesar las palabras, sentía que se me relajaban el cuerpo y el alma, y pensaba que con ella podría hablar de cualquier cosa. Luego, tras un rápido y más lúcido análisis, comprendía que no me estaba diciendo nada verdaderamente relevante, nada de su padre, nada sobre el matrimonio de Eneas con la pequeña Creúsa, su hermanita de rubios cabellos.

Me sentía halagada pero envilecida con esas charlas irrelevantes, que, sin embargo, eran el único contacto sincero con el mundo exterior que me quedaba, de modo que había aprendido a silenciar mi lado indignado y a perderme en la ilusión de que Casandra era mi amiga.

Mantenia los ojos semicerrados, porque el sol me daba en la cara, mientras Casandra hablaba con inexorable calma.

—Héctor me ha pedido que hable contigo.

Sopesé esas palabras, tratando de comprender su mensaje recóndito.

—Creía que hablar conmigo era un placer para ti, Casandra —le dije tras un instante de silencio.

—Lo es, pero esta vez es un placer solicitado. Héctor me ha dicho que habéis hablado de la guerra.

Me brotó de los labios una risita espontánea.

—Yo no lo llamaría conversación. Le di una respuesta tonta a una pregunta que no necesitaba respuesta.

—A Héctor no le pareció una tontería.

Eso lo dijo para lisonjearme, quizá, pero tuvo el efecto de fastidiarme.

Instintivamente, di un paso atrás para apartarme de Casandra.

—En tal caso, ¿por qué no ha venido él a hablar conmigo?

Casandra sonrió, una sonrisa cansada, como si le costara trabajo mantenerla.

—Héctor no es muy bueno hablando con la gente.

—¿O sea, que eres tú quien habla con sus lugartenientes?

De pronto, me entró miedo de haberme excedido.

Casandra frunció el ceño y esta vez fue ella quien se apartó de mí.

—Helena, mi hermano quiere saber qué querías decir exactamente cuando le comentaste que solo una mujer puede poner fin a esta guerra. ¿Tienes intención de decírmelo?

Por un instante, estuve a punto de ceder y abrirle completamente mi pecho a Casandra. Quise hablarle de la soledad, del miedo, de Menelao y de cómo lo había elegido, de Hermíone y de cómo la había abandonado. Le habría contado todo lo que sabía en este mundo, y ella luego habría podido disponer de ello a su antojo.

Pero lo que hice fue balbucear:

—Se lo diré a él, si me lo pregunta del modo y forma que la gravedad de la situación requiere.

Casandra asintió imperceptiblemente, apenas se movió su pelo oscuro.

Ahí terminó esta conversación, y nuestra despedida debería haberme hecho creer que todas mis posibilidades se habían desvanecido para siempre. No obstante, me quedó dentro el incontenible frenesí de que algo estaba a punto de cambiar.

¿Qué esperaba?

Ah, esperaba las cosas más absurdas e inconfesables.

Imaginaba a Héctor pidiéndome perdón por no haberme otorgado la consideración que yo merecía, me lo figuraba implorándome que le concediese la preciosa ayuda de la que hasta ese momento Troya se había visto privada por un estúpido orgullo y de cuya necesidad se daba plena cuenta solo en ese momento.

Sabía que nada de esto ocurriría nunca, que el hecho de que Héctor se interesara en un intercambio de ocurrencias sin sentido ya era un acto inusual, que mi arrogancia debería haber descartado en un momento, pero ¿quién podía impedirme que siguiera fantaseando?

Casandra no volvió a mencionarme esa conversación. Se puso de nuevo a hablarme de cosas fútiles, solo de vez en cuando. En ocasiones, me parecía percibir en el fondo de sus ojos negros una frialdad y una desaprobación que antes no estaban allí. En otras ocasiones, me daba la indudable impresión de que estaba a punto de retomar el hilo de aquel discurso; me hacía temblar la idea y, al final, me llevaba una decepción.

No solía ocurrir que me tropezase con Héctor, pero cuando era así lo encontraba cada vez más arisco. No obstante, pronto hube de comprender que tal comportamiento no era señal de ningún enfado especial conmigo, sino consecuencia del cariz cada vez peor que la guerra iba tomando para Troya.

Lo que debería haber sido una rápida guerra de conquista se había transformado en un constante asedio. Los campamentos aqueos iban aumentando de tamaño todos los días, cada vez más lujosos, más cómodos, más ricos. Ahora, a corta distancia de Troya, había nacido una auténtica ciudadela enemiga más fuerte, cuya respiración le robaba el aliento a la ciudad de oro.

Héctor se sentía responsable. No hacía falta conocerlo a fondo para leer los rasgos principales de su carácter en los pliegues severos de su boca, para captar el incesante sentido de la responsabilidad que lo oprimía ante todos y ante todo. Para él, la prolongación de esa guerra era una afrenta personal.

A veces me arriesgaba a pedirle información a Paris sobre la situación. Lo hacía porque quería saberlo y porque cada día me pesaba más el hecho de tener que vivir al lado de un hombre a quien despreciaba y que se turbaba solo con mirarme. Deseaba que Troya cayese para poder abandonarlo, y al instante me sentía profundamente egoísta solo por pensarlo. Traté, pues, de hablar con él, y la cosa primero lo sorprendió y después lo hizo enfadar.

Despachó mis intentos con algún comentario desagradable sobre el hecho de que no le parecía a él que fuese costumbre entre las mujeres aqueas meter sus narices en los asuntos de los hombres.

Unos años antes le habría replicado con furia. Esa vez, por el contrario, no me irrité. Lo conocía lo suficiente para comprender que su respuesta no era sino un pretexto para esconderme la

verdad, que él conocía lo mismo que yo.

Héctor no se fiaba de él, y Príamo todavía menos. Él atribuía la desconfianza a su niñez transcurrida entre los pastores, pero la realidad era otra.

Paris era incapaz de tomar decisiones, de conducir con carisma una asamblea, de conservar la frialdad ante un peligro inminente. Bastaba que le dirigiese yo la palabra para que se apartase espantado de mi vista. Me costaba creer que un rebaño de ovejas obedeciera sus órdenes.

Me pasaba la mayor parte de los días con el pequeño Múrito, el hijo de Laódice, que ya había aprendido a andar y a hablar bajo la sabia guía de Etra y me pronunciaba unos discursos muy bien hilados, que Hermíone a su edad no habría sido capaz de hilvanar.

Cuando me di cuenta de que por ese chiquillo moreno, vivaz, emparentado con el hombre que había violado mi cuerpo de niña, sentía más afecto que por mi propia hija, estuve sometida durante unos cuantos días al tremendo miedo de ser una persona antinatural y réproba.

Con el tiempo, mis sentimientos se suavizaron y dejé de sentirme culpable cuando le acariciaba el pelo o le sonreía espontáneamente mientras él me contaba lo que había hecho durante el día.

Me habría gustado ser capaz de sentir un amor ilimitado e irracional, tanto por él como por Hermíone, un apego inigualable como el que veía reflejado en los ojos de Andrómaca cuando miraba a Astianacte. Sabía que ella, si se hubiese visto obligada a apartarse de su hijo, habría quedado destrozada, quizá hasta el punto de no conseguir efectuar los pequeños gestos cotidianos como vestirse, comer, dormir.

¿Cómo considerarme una madre, siendo capaz de sobrevivir a ese desgarró? ¿Cómo considerarme mujer?

Con los días, dejé de preguntármelo.

Era lo que era, había vivido los momentos que la vida me ofreció, y acariciaba los rizos castaños de Múrito cada vez que me apetecía. Intentaba pensar menos, despojar todas mis acciones de la pesada carga de significado que les había atribuido en el transcurso de los años.

Y cuando me creía a punto de conseguirlo, volvió Casandra, con la mirada despierta y misteriosa de quien acaba de descubrir algo.

La vi acercármeme, aquel día, y pensé que tendría algo importante que contarme. Pero jamás habría imaginado que fuera a atreverse a algo como lo que estaba a punto de hacer.

—Vente a dar un paseo. Es absurdo que lleves tanto tiempo en Troya y que nunca hayas estado en el mercado.

Debí de mirarla como si estuviese loca. Las hijas de Príamo gozaban de una libertad que siempre me había parecido ilimitada. Podían hablar con cualquiera, vestirse como quisieran y moverse por ahí casi sin control, aunque Laódice me había confesado con frecuencia que se sentía seguida durante sus paseos, para después admitir que podía tratarse de una paranoia suya.

Todo ese mundo me estaba negado.

En los primerísimos tiempos de mi permanencia en Troya, Príamo se excusó conmigo por tener que imponer trabas a mi libertad. Podía deambular por las inmensas estancias del palacio, participar en los banquetes, hablar con los hombres, ponerme lo que más me gustaba, cosas, todas ellas, que en Esparta eran rarezas excepcionales, pero no podía pasear por las calles de Troya como hacían con tanta desenvoltura las demás mujeres de la familia real. Esa fue una de las pocas conversaciones verdaderas que tuve con Príamo, y su único objeto fue asegurarme que esas medidas cautelares no tenían otro propósito que el de salvaguardar mi seguridad.

—Por las calles de la ciudad anda mucha gente que te odia, y también mucha que querría deshonorarte —me dijo entonces.

Me constaba que ningún troyano ajeno a palacio me había visto nunca (hasta el punto de que, como enseguida supe, se contaba por ahí que en realidad la maravillosa Helena de Esparta nunca había llegado a Troya), pero tampoco cabía duda de que alguien podía identificarme nada más poner un pie en la calle.

—Habría ido si hubiera podido, lo sabes —le recordé con cautela a Casandra.

—Qué disparate. Por supuesto que puedes.

Me llevó con ella y se hizo ayudar de dos sirvientas para embadurnarme la cara de tierra. Me cambiaron el peplo por una casaca de yuta, la prenda más grosera y más áspera que jamás había llevado.

Fui presa de un súbito motivo de preocupación por las rojeces que podía causarme en la piel. Me pregunté cómo estaría de cambiada, y tuve la respuesta cuando me dieron un espejo. Expresándome con más triunfante brusquedad de la que habría querido, le dije a Casandra que no me veía más fea que antes. La porquería que me cubría resaltaba la brillantez de mis ojos azules.

—No, pero sí menos noble, desde luego —me contestó ella.

Me pusieron una capucha en la cabeza y Casandra me ordenó que bajara los ojos y que no hablara por ningún motivo, mientras ella no me lo dijese.

Luego salimos.

Mis ojos habrían querido abarcar todo el entorno, pero tenían que mantenerse fijos en el suelo, en los pies de la gente. Me impresionó lo sucios que los tenían.

Yo misma llevaba un calzado mucho más ordinario del que solía usar, y nada más dar los primeros pasos por el suelo el dolor casi me impedía proseguir.

Casandra debió de notarlo, porque me pellizó el dorso de la mano y me hizo seña de no quejarme.

No habría hecho falta.

Mi corazón latía demasiado fuerte por esa aventura como para que pudiera concentrarme mucho tiempo en el dolor.

Debajo de la capucha hacía calor, en mis oídos las voces guturales de los mercaderes se perseguían.

Observé los tenderetes llenos de víveres, nunca había visto tantas cosas puestas al mismo tiempo en una mesa. Miraba las vidas de las personas normales que pasaban por mi lado y me asombraba pensando lo que habría podido ser de mí si no hubiese nacido hija de un rey, sino de un mercader cualquiera.

La mujer más bella del mundo habría terminado detrás de un tenderete, o casada con el gordo propietario de ese de ahí, y después habría muerto, recordada tan solo por mis parientes; o puede que siempre hubiera estado destinada a ser reina, y que mi vida solo hubiera podido desarrollarse como había sido.

Casandra se paraba a conversar casi cada tres pasos. Todo el mundo la conocía en el mercado.

Compraba cosas insignificantes en cada tenderete, saludaba, se informaba sobre la salud de los vendedores y de sus parientes.

La adoraban.

A mí nadie me había adorado de esa manera.

Un río de sudor me bajaba por la espalda.

Me aterraba oler mal.

Nunca hubo nada que me molestase más que el sudor, y esa era una de las razones por las que detestaba tener a Paris jadeando encima de mí.

Menelao también sudaba, pero con menos frecuencia y con un olor menos acre, y parecía que él mismo se avergonzaba un poco de ello. Paris, en cambio, me plantaba encima sus humores pestilentes y cuando por fin se separaba de mí lo único que me apetecía era un cuenco de agua perfumada en que purificarme. De ahí que me horrorizara la idea de sudar yo.

Una vez llegadas a la salida del mercado, Casandra despidió a las dos criadas que nos habían escoltado y les dio un par de monedas para que se comprasen lo que más desearan. Nosotras dos seguimos adelante hasta que empecé a pensar que los pies se me iban a separar del cuerpo, por lo que me dolían. Llegamos a una casucha desmantelada con una higuera al lado, aislada de las demás viviendas, casi un pequeño universo al que no llegaban los ruidos ni el desorden.

—Esta casa ya estaba deshabitada cuando yo era pequeña —me explicó Casandra—. Hay quien dice que sus moradores murieron todos en una noche, otros afirman que está maldecida por los dioses y que por eso permanece vacía. Yo vengo cuando puedo, e imagino estar en otro mundo.

Se sentó en el umbral, con la cabeza echada hacia atrás para recibir el sol, los rizos morenos le cosquilleaban la espalda.

Un lagarto se deslizó por su cabello y tuve que apelar a todas mis fuerzas para superar el desagrado y sentarme a su lado.

Me bajé la capucha, respiré hondo e imité su postura.

No había una sola nube en el cielo.

—¿Has caminado alguna vez de este modo, cuando estabas en Esparta? —me preguntó Casandra.

—Nunca pude, y lo sabes —le contesté.

—Nunca quisiste, quizá.

Fruncí el ceño. Casandra era sosegada y tranquila, conmigo no se desequilibraba nunca. ¿Por qué me lanzaba estos ataques sibilinos, por qué me arrastraba por toda la ciudad vestida como una esclava? Sin embargo, pensé en la desazón que me había producido seguirla y tuve que admitir con vergüenza que tal vez, incluso si hubiera podido disfrutar de la libertad que ella disfrutaba, no habría hecho el mismo uso de ella.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunté con brusquedad.

—Tú crees que puedes ser útil en el desarrollo de las cosas. Piensas que puedes construir el futuro, y no solo con tu cara y con tus piernas, y te dan temblores porque nadie te lo reconoce.

—He dormido, comido, bebido, pensado con las personas que hacen la guerra. Sé cómo razonan, lo que de veras quieren, lo que jamás estarían dispuestas a conceder, y nadie me ha hecho ninguna pregunta al respecto. Nadie ha dado muestras de comprender que pueda ser más importante que una graciosa estatuilla ornamental. Luego ha llegado el día en que el aguerrido Héctor estaba tan desesperado que decidió agarrarse a las palabras de una estatuilla parlante y te ha encargado que le saques lo que él ha recordado demasiado tarde para que pueda resultarle útil. ¿A ti no te entrarían temblores, si fueras yo?

Casandra guardó silencio.

Durante un prolongado instante, el único ruido fue el de la lejana y pomposa ciudad, y el del viento que susurraba entre las frondas.

—¿De qué sirve ponerte a temblar? Espera. Si de verdad eres importante, no podrán prescindir de ti durante mucho tiempo.

¿No podrán o no podremos?

En los días sucesivos, Casandra me llevó otras veces consigo en sus paseos.

Tras la emoción del primer momento, no supe si alegrarme del cambio.

Era ella quien decidía cuándo podía seguirla y cuándo no, cuándo confiar en mí y cuándo evitar hablarme. Yo tenía que irle en pos, callada, hecha una guarra, sudorosa, y luego escuchar las mismas chácharas intrascendentes de cuando estábamos en el palacio, pero sentada bajo el sucio dintel de una casa abandonada.

La primera vez que visité la ciudad se me llenaron los pies de llagas. Temí que Paris lo notase, que me preguntase dónde había estado y que se lo contase todo a Príamo, pero evidentemente el hombre no tenía costumbre de mirarme los pies. Empecé a pensar que no tenía costumbre de mirarme, y punto.

Me masajé con un ungüento y me lavé con más minucia que de costumbre para eliminar de mi cuerpo toda huella de los olores ciudadanos, pero mientras lo hacía me preguntaba qué sabor y qué forma habría tenido mi cuerpo enmarañado en ese marasmo, en el polvo, en el lodo y en la pobreza.

¿Habría conseguido lucir una belleza distinta e igualmente devastadora, o toda yo era resultado de la riqueza y los cuidados?

Esa duda me atormentaba, aunque desde luego no tanto como lo habría hecho conocer los oscuros designios de Casandra al llevarme consigo.

Era tan parecida a una niña, entonces...

Creía que todo lo que me circundaba escondía un misterio, la llave de una aventura, que de algún modo mi vida estaba destinada a ocurrir en el centro mismo de los grandes acontecimientos.

A este último respecto, no me engañaba, pero sí exageraba el papel que podía desempeñar en la historia, y tejía una idea tras otra en relación con el mundo en que vivía Casandra y al que quizá me abriera la puerta alguna vez. Suponía que en el palacio todos se pasaban las horas hablando de mí, meditando sobre el momento más oportuno para confiarme este o aquel secreto, para revelarme todo lo que podía hacer para resultar indispensable en el desarrollo de los acontecimientos.

Cuanto más fantaseaba, más me impacientaba. Lo que peor toleraba de mis conversaciones con Casandra era su decisión de monopolizarlas.

En los primeros tiempos de mi permanencia en Troya le había tomado cierto apego, porque era la única que me hacía preguntas inteligentes a las que me gustaba responder. Parecía, sin embargo, que tras aquel intercambio de ocurrencias se había hecho una idea muy precisa de mí, y que ya no tenía necesidad de oír nada más.

Pero ahora, ¿con qué propósito me llevaba consigo?

Más que ninguna otra cosa, lo que yo quería era contar.

Estaba sentada a su lado y la sabía curiosa y sagaz. Yo había vivido en una ciudad de costumbres completamente distintas de las suyas, había tenido experiencias que ella no había ni rozado, conocido a personas de las que ella solo había oído fábulas, y, sin embargo, no parecía de ningún modo interesada en lo que pudiera decirle.

Un día, era la cuarta o quinta vez que íbamos a la casa abandonada, la interrumpí.

Hube de echarle cierto valor para tomar esa decisión. Temía que se enfadase si me mostraba arrogante, que dejaría de llevarme consigo o, lo que era peor, que me estimase menos. Pero lo que hizo fue mirarme, primero, con el ceño fruncido, como hacía cada vez que algo no marchaba como ella tenía planeado, y luego, ya con la frente lisa, se puso a escucharme, y yo me encontré hablando como no lo había hecho antes en toda mi vida.

Me había pasado la vida escuchando y pensando. Escuché cuando Etra me enseñaba a hacerme mujer, escuché cuando Menelao me contaba lo que ocurría en Esparta, e intervenía en sus

discursos con muy pocas palabras. Escuché a Paris cuando me pidió que me fuera con él a Troya, y luego a Casandra.

Hablar largo y tendido era para mí una experiencia totalmente nueva. Siempre había creído que si hubiese tenido ocasión de hacer largos discursos mi elocuencia habría dejado atónito a todo el mundo. Estaba convencida de que para saber hablar bien bastaba con reflexionar mucho, que un discurso válido no consistía en otra cosa que en una cadena de pensamientos puestos en fila, brotando de los labios uno detrás del otro. No había imaginado que fuese tan difícil hacer salir las ideas de una en una, sin apelotonarse ni tropezarse, evitar que una palabra inadecuada se introdujera en el discurso, corregirse sin sonrojo. No recuerdo qué fue lo que me brindó la oportunidad de empezar, probablemente fue una observación fútil a la que repliqué con un: «En Esparta también era así».

A partir de ahí, seguí adelante, saltando de un tema a otro, hablé de Etra, de Múrito y de Hermíone, del tierno vigor de Menelao y de la furia de Clitemnestra, de la blandura de mi madre y del alejamiento de mi padre. No siempre me esforcé en hilvanar los temas, a veces dejaba que fluyesen sin solución de continuidad.

Casandra no comentaba nada. Reaccionaba en los momentos más relevantes de mi discurso y decía alguna frase suelta, pero, en general, no dio a mi largo monólogo el peso que me había esperado.

Fue una decepción, pero no tuve tiempo de reflexionar sobre ello, porque al día siguiente regresó por mí.

Me quedé atónita. Lo habitual era que pasaran días y días entre un encuentro y el siguiente. Estaba ocupada, tenía sus obligaciones de sacerdotisa, sus tareas familiares, y yo estaba acostumbrada a esperar pacientemente que llegase el día dedicado a mí.

Esa vez no me llevó a una criada para que embadurnase la cara de lodo, no me quitó el peplo, solo me tapó la cabeza con la habitual cubierta de tela.

La seguí.

Pero ella no me condujo fuera del palacio, sino más hacia el interior, en meandros y recámaras que nunca había explorado antes.

Luego, en una pequeña y oscura habitación con una mesa desnuda en el centro, me quitó la capucha de la cabeza.

—Te he traído a la persona que buscabas —le dijo al hombre que estaba de pie al otro lado de la mesa.

Ese hombre era Héctor.

Mientras la capucha caía sobre mis hombros, observé cómo se juntaban sus negras cejas, iguales que las de su hermana.

Nada más reconocirme apartó la mirada de mi rostro, sin saludarme siquiera.

Debía de estar muy molesto, porque nunca descuidaba la cortesía.

—Tienes que estar loca, como dice nuestro padre. No puedo encontrarme en secreto con la mujer de mi hermano, y no tengo tiempo que perder.

Me debatí entre el impulso de aclarar que no era la mujer de Paris y el de marcharme de allí.

Héctor había terminado por ceder y aceptar mi ayuda, pero ¿qué iba a decirle?

De pronto, empecé a poner en duda que todo lo que yo me consideraba capaz de hacer por esa ciudad tuviese sentido.

—Ha vivido con nuestros enemigos —respondió Casandra, calcando mis palabras anteriores—. Ha pensado con ellos, dormido con ellos, comido con ellos. Sabe lo que puede derrotarlos

más que cualquiera de tus espías, pero dejas que se pase los días encerrada en una habitación, mirando desde lejos la línea del horizonte. ¿Por qué desperdiciarla?

—No puedo utilizar a Helena como si fuese uno de mis hombres. Y...

Héctor intentó de nuevo mirarme, para encontrar el modo adecuado de completar su frase.

Volvió a apartar la mirada.

Me afloró una sonrisa en los labios, pero la contuve.

¡Cuánto se parecía a Menelao, a Agamenón y a todos los demás, y ni siquiera se daba cuenta!

—No tengo intención de dejarme utilizar por nadie, cuñado mío, de eso puedes estar seguro — respondí, y, a pesar del nudo de angustia y expectación que tenía en el estómago, mi voz sonó limpia y clara.

Cassandra y Héctor se volvieron a mirarme.

—Estaré encantada de compartir con vosotros, por el bien de Troya, todo lo que he visto y oído estando en Esparta. Lo habría hecho en cualquier momento, si me lo hubieseis pedido, pero no sabía por dónde empezar, no imaginaba que tuviese importancia lo que pudiera decir.

Cassandra captó bien el sarcasmo que había en mis palabras. Héctor no se tranquilizó.

—No quiero someterte a nada que pueda afectar tu tranquilidad —me dijo.

—No es tan fácil soliviantarme —dije yo, y puse la mano sobre la mesa.

Héctor apartó inmediatamente las suyas, que tenía apoyadas en el otro extremo.

—De eso todos estamos seguros —intervino Cassandra, secamente, echándonos una mirada primero a mí y luego a su hermano, para llamarnos al orden—. Querías saber algo por mediación de Helena. Me pediste que hablara con ella, no funcionó, aquí la tienes ahora. Si quieres darle la vuelta a tu guerra y crees que Helena puede servirte de algo, es tu única oportunidad.

Héctor volvió a tensarse, desde la punta de los dedos hasta el cuello.

Me habría gustado encontrar el modo de hacer callar a Cassandra, pero ella no habría consentido que yo hablara sin su mediación.

—La pregunta era referente a Aquiles, si no recuerdo mal —intervine.

No era verdad, los tres lo sabíamos, pero me dejaron hacer. Héctor, porque le habría resultado embarazoso admitir que lo que en realidad quería saber de mí era el significado de una frase dicha distraídamente unos meses antes; Cassandra, porque la irritaba tener que constatar que su plan no estaba persuadiendo a su hermano como ella había esperado.

—¿Sabes algo que nosotros no hayamos descubierto aún? —me preguntó Héctor, con una sutil vena de ironía en la voz.

—No soy espía, ni experta en táctica militar —contesté—, pero de Aquiles el de los pies ligeros he oído hablar largo y tendido. No sé a qué velocidad corre, ni a cuántos enemigos sea capaz de matar, ni cuántos mirmidones tiene o cuánto pesa su armadura. Conozco las historias que de él se cuentan, sé que monta en cólera con facilidad y le dan arrebatos, sé que es fiel a lo que abre brecha en su corazón y en su orgullo.

Al oírme hablar del corazón de Aquiles, Héctor y Cassandra fruncieron el ceño del mismo modo. Dudé antes de proseguir. La revelación siguiente me había llegado charlando con las mujeres, la verdad era que no debía saberla, y lo más probable era que los troyanos ya lo supiesen. Pero era necesario decirlo, y lo hice.

—Sé que le predijeron una vida breve y gloriosa o una vida larga y privada de fama, y que él optó por la segunda, pero se vio arrastrado a esta guerra ajena. Sé que si le ofreciesen una esposa a la que no lograra resistirse, una oportunidad de salvarse y vivir de las pequeñas cosas caducas, lo haría.

Héctor no respondió, seguramente se había hecho una idea distinta de lo que yo sabía y del modo en que podría serles de ayuda.

Cassandra, en cambio, comenzaba a comprender y me miró por primera vez como a una persona que podía protegerla o amenazarla.

—¿Tienes alguna idea de quién podría ser esa esposa milagrosa? —me preguntó.

Y, sin demora, le contesté:

—Políxena.

Noté que se quedaban sin respiración. Héctor se sofocó buscando las palabras adecuadas, Cassandra me plantó en la cara sus ojos castaños, encendidos de furia.

—Es evidente que en Grecia tenéis costumbres distintas de las nuestras, Helena de Esparta. En Troya, jamás se ha obligado a ninguna muchacha a casarse con un hombre por motivos políticos, y la primera no va a ser mi hermana.

Me había esperado esa reacción, de modo que pude mantener la sonrisa en los labios.

—Lo siento. Me habría gustado ayudar, pero eso es todo lo que sé. Como ya he dicho, solo soy una mujercita que no sabe nada de la guerra ni de cómo ganarla.

—¿De veras crees que ofreciéndole a mi hermana por esposa persuadiríamos a Aquiles de que retire sus fuerzas? —me preguntó Héctor, con la mirada puesta en un punto más allá de mi espalda, y con mucho gusto le habría dado una bofetada para obligarlo a mirarme a la cara.

—Sí, si el ofrecimiento se hiciera de la forma debida, si Políxena aceptara y si la dote fuese rica.

—Gracias, Helena, nos has sido de gran ayuda —dijo él, en tono de dar por terminada la conversación.

Cassandra me llevó de vuelta. Durante el trayecto de ida había caminado a paso rápido, obligándome a que la siguiera, ahora me condujo del brazo hasta sus aposentos.

—Creí que eras de los nuestros —me dijo después, como faltándole el aire.

Seguía con los ojos clavados en mi rostro, y su color castaño fulguraba de cólera.

—Soy Helena de Esparta, tú misma lo has dicho —le contesté.

—No puedo creer que seas Helena de Troya si le dices a mi hermano que le entregue a Políxena a esa bestia llamada Aquiles, para que se la coma.

Me aparté de ella.

—Tu hermano me ha escuchado por pura cortesía. Se le olvidarán todas mis palabras antes de que amanezca.

Cassandra permitió que se le escapara una sonrisa amarga.

—Lo sobrevaloras. Se agarrará a cualquier cosa que le permita alejar a Troya del desastre. Ay, Helena, seguramente tienes razón tú, pero yo no puedo dejar que mi hermana sea sacrificada por la ciudad, como hizo Agamenón con su hijita.

Tuve la fuerte y desagradable sensación de haber roto algo en su interior. Este día en que ella me admitió entre sus iguales había sido también el día en que se quebró el pálido sueño de nuestro acuerdo y quedamos ambas situadas en distintos frentes.

En los días sucesivos, observé a Políxena con más atención. Me caía tan bien como antes me había caído Laódice, aunque tuviese una conversación menos brillante y fuese más inclinada al silencio. Cuando la conocí era una niña, y con los años se había convertido en la única mujer cuya belleza pudiera compararse con la mía, en Troya. Sus gestos eran despaciosos, tranquilos, hechos aposta para ser observados, la ropa le caía lánguidamente, dibujando las líneas de un cuerpo suave y sinuoso. Era tierna y distraída, como lo fui yo antes de Teseo. Cassandra tenía razón:

entregársela a Aquiles, tal como era, equivalía a condenarla a una muerte cierta, a marchitarse como una primula bajo el sol. Habría sido necesario instruirla, enseñarle el arte de manipular a la gente, exaltarla con la perspectiva del cambio y hacerla entrever un destino glorioso: el de ser la salvadora de Troya.

Cassandra nunca lo toleraría.

Eran muy intransigentes, las mujeres troyanas a quienes había querido parecerme, dispuestas a defender hasta el final su desdibujada libertad y su fuerza, mientras que, poco a poco, sus hombres se iban pareciendo cada vez más a los aqueos acampados ante sus murallas, dispuestos a otorgar respeto y consideración cuando no tenían otra opción y nada grave corría peligro, pero siempre conscientes de su superioridad y de que todo lo que permitían a las mujeres era, en realidad, una concesión. Las fagocitaban día tras día, sin que ellas, perdidas en un sueño pasado, se dieran cuenta.

Helena de Esparta.

Después de tantos años, me sentí casi orgullosa de serlo.

Cassandra me dejó abandonada conmigo misma.

No me preocupó, tenía la extraña certeza de que pronto volvería a requerir mi compañía, y entonces el equilibrio entre ambas sería diferente. Durante ese periodo sentí que se extendía ante mí un sinfín de posibilidades que ni siquiera sabía explicar con palabras.

Estaba convencida de que, tras el encuentro con Héctor, había quedado abierta una nueva y emocionante fase de mi vida.

Suelo decir que en ese tiempo era como una niña, y, sin embargo, era una mujer hecha y derecha. Mi hija Hermíone, en ese momento, ya casi debía de ser una muchacha.

Tuve una infancia extraordinariamente larga, constelada de sueños, cuentos e ilusiones. Es eso lo que me reprocho cuando me replanteo mi existencia entera: crecí demasiado tarde y con demasiada brusquedad.

Cuántos miedos me ahorré gracias a mi pueril convicción de ser protagonista de una aventura de política y diplomacia que concluiría conmigo a la cabeza de una nueva manera de ser mujer.

Cuánto dolor me he librado de experimentar gracias a mi alejamiento de los hechos, a ese permanente modo mío de moverme como en un sueño, del cual, a pesar de todos los pesares, me despertaría con el cabello en orden y con el peplo bien ajustado al cuerpo.

Por la noche, cuando no consigo conciliar el sueño y me aterroriza la idea de no despertarme nunca más, me pregunto si habrá sido precisamente así, si mi ligereza habrá influido tanto en los hechos y en el sufrimiento. Me sitúo en el centro de un proceso y trato de absolverme.

Las tres diosas de mi sueño me miran severas desde lo alto, la manzana resplandece en las manos del pastor, ahora sin rostro. Me miran Cassandra, Hécuba, Príamo y Héctor, me miran Hermíone, Etra y Múnito, me miran Paris y Menelao. Yo estoy en el centro de un círculo, hablo, hablo, hablo durante horas, me justifico y me observo, pero ellos no dicen una sola palabra, ni para defenderme ni para condenarme. Al final de estos procesos, lo que suele ocurrir es que me salgo del círculo.

Ahora no, pero ahora ya no es el momento.

Ha pasado el momento de huir, ahora hay que narrar.

Hablaba con Políxena más de lo habitual. Trataba de sondear su ánimo, de valorar el alcance de su ingenuidad, de comprender si estaba de veras capacitada para la misión que había tramado para ella. Descubrí que ya había tenido varios amantes, algo que en palacio no era ningún misterio.

Quizá fuera yo, ciega como siempre a lo que no quería ver, la única en pensar que la hija menor de Príamo y Hécuba albergase en parte un asco por el cuerpo masculino semejante al que sentía yo. Políxena no pensaba en el día de su matrimonio. Sus amantes no habían sido más que pasos obligados en la trayectoria que debía seguir para no desentonar de sus hermanas; para su esposo, sin embargo, deseaba todas las virtudes imaginables. Tenía que ser bello, dotado de una fuerza reflexiva y concentrada, sabio y justo, audaz e ingenioso. Apenas era una niña, y nos parecíamos más de lo que yo pudiera admitir.

¿Qué tenía yo que enseñarle?

Nada que ella no pudiese enseñarme a mí, probablemente, pero acerté a parecerle más desenvuelta que ella, y me escuchaba siempre con sus grandes ojos negros atentos y abiertos de par en par.

A Casandra no le gustó nada, cuando se dio cuenta.

Cada vez que Políxena y yo hacíamos un aparte, su hermana la mandaba llamar. Debía de tener espías entre las criadas, pero no logré averiguar quiénes eran sus leales, ni me atreví a intentar corromperlas.

La intrusión de Casandra en mis asuntos me molestaba, pero, por otro lado, no deseaba enfrentarme a ella, con la esperanza de que pudiésemos volver a ser amigas, y con el deseo de recuperar su voz. Esperaba que su enfado conmigo se enfriase y que cuando menos lo esperara volviese a hablarme, que me llevase a la casa abandonada. Ahora que ya no tenía oportunidad de ir, echaba de menos ese lugar, así como las calles arenosas de Troya, el sudor y la fatiga.

Quería salir, cumplir con mi antiguo propósito de ofrecirme al primer transeúnte como una bellísima prostituta cualquiera y luego ir a contárselo a Casandra, para demostrarle que era capaz de actuar sin su mediación. Pero, naturalmente, no era verdad. Ni siquiera me atrevía a acercarme a ella y empezar a hablarle sin que me paralizara el miedo al rechazo.

Por las hablillas palaciegas supe que sus relaciones con Eneas habían quedado bruscamente interrumpidas cuando él se casó con Creúsa, y, según las criadas, había sido Casandra la primera en adoptar esa actitud. Tanto miramiento y tanta preocupación por su hermana recién casada me molestó bastante, de modo que traté de convencerme de que no me importaba no tener más relaciones con ella.

Algún tiempo después de mi encuentro con Héctor y de nuestro último diálogo, supe que Aquiles había tomado por concubina a Briseida, hija de un sacerdote adscrito hacía poco a Troya. La noticia me llegó por varios conductos, y cada cual la filtró y presentó de un modo distinto, y yo ardía en deseos de comprender cómo había conseguido nuestro enemigo ponerle las manos encima a esa muchacha.

¿La había raptado, como Teseo a mí?

¿Se la habían ofrecido?

La respuesta me llegó al mismo tiempo que la renovación de mis relaciones con Casandra.

Se presentó en mis aposentos como si nunca hubiese dejado de hacerlo y me hizo comprender mediante frases sueltas e inconexas que Briseida se había ido voluntariamente con Aquiles, a petición de Héctor.

Me habría gustado saber cómo podían conciliarse ambas cosas, cómo se podía ser voluntaria a petición.

De las palabras que Casandra no me decía deduje que Héctor debía de haber meditado largamente sobre nuestra conversación y no se había decidido a sacrificar a su hermana al enemigo, para llegar luego a la conclusión de que una muchachita de origen humilde era precio

suficiente para el guerrero más temible del ejército aqueo.

Comprendí que la había herido en su orgullo. La conocía lo suficiente como para intuir que la atormentaba la idea de haber defendido el derecho de la mujer a elegir esposo solo cuando la mujer en cuestión era su hermana. Se trataba de una postura más que comprensible, pero Casandra siempre había tenido tendencia a llevar sobre los hombros el peso de la humanidad entera.

—Haber sacrificado a Briseida no servirá de nada —murmuró, y yo asentí.

Pero solo ahora me doy cuenta de que esas palabras tenían para ella un sentido muy distinto del que yo les daba.

En aquel tiempo ella ya sabía que nada que pensáramos hacer para impedir la ruina de Troya serviría de nada, mientras yo seguía viviendo en mi clima de febril espera del cambio.

Casandra se demoró conmigo un poco más. Intentó jugar con Múnito, quien, asustado al ver una persona mayor que no fuésemos Etra o yo, o una criada, estuvo esquivo y taciturno. Lo sentí. Me hubiera gustado que desplegara el lenguaje elegante que le había enseñado, para que Casandra felicitase a Etra y esta le dijese que era yo quien había instruido al niño.

—Mi hermana ha sido tan tonta como valiente —me comentó antes de marcharse, con una última mirada a los rizos del pequeño.

—Creía yo que en Troya las chicas no tenían que echarle valor para tener un amante. Creía que era algo sin importancia.

Casandra fijó sus ojos melados en mí:

—No si el amante es extranjero.

Extranjero.

Cuántas veces había oído esas palabras, cuántas veces había considerado que se me aplicaban a mí.

Más allá de la apariencia cálida y acogedora de Troya, convenía tener presente la advertencia de que detrás del oro había espadas afiladas, que ciertas cosas ni siquiera aquí podían perdonarse, y una de ellas era ser griego.

Casandra y yo acertamos: nada cambió.

El asedio derivaba progresivamente en costumbre, Múnito se hacía más alto y tendía a pasar cada vez menos tiempo conmigo y más con los otros niños, las manos de Etra se marchitaban, los árboles perdían las hojas y las recuperaban.

Astianacte era la alegría del palacio entero y no podía mirarlo sin que se me encogiese el corazón y me diera por preguntarme si alguna vez ocuparía el trono de Príamo en la cúspide de la gloria o lo degollaría un soldado aqueo: para él no podía haber término medio.

Caminábamos todos por el filo, un día detrás del otro, pendientes de no volver atrás ni mirar demasiado adelante, concentrándonos en el paso inmediatamente posterior.

Fue entonces, poco antes de que los acontecimientos se precipitasen en las tinieblas, cuando me encontré con Odiseo.

La guerra estaba prolongándose tanto que empecé a pensar que los troyanos se habían olvidado del pretexto desencadenante, la bellísima Helena de Esparta, y, por otra parte, últimamente me daba, estúpida y desolada, por preguntarme si seguiría siendo tan bella como yo creía.

Cuando la melancolía por el rápido crecimiento de Múnito, por la inexorable lejanía de mi pequeña y desconocida Hermíone y por el eterno ronquido de Paris a mi lado en el tálamo me atormentaban hasta el punto de temer que me faltara el aliento, me miraba en el espejo y hallaba que mis rasgos no eran diferentes de los de otras mujeres maduras, casi cercanas a la vejez, vendedoras de fruta en el mercado que otra vez frecuentaba con Casandra.

Mis pómulos me parecían más prominentes de lo habitual, mis labios más enjutos, mi cabello ya no captaba la luz del sol en sus infinitos matices. Mi piel no era ya un liso terciopelo, y en mis ojos claros aleteaba una sombra.

Entonces, ¿qué tenía que temer si me aventuraba sola fuera de las puertas, o incluso más cerca de la salida del palacio de lo que debería?

En una ocasión, me aventuré hasta el espacio vacío en que solían instalarse los mendigos en espera de recibir las sobras de la mesa real. Iba camuflada de criada como cuando salía con Casandra y llevaba conmigo algo de comida sustraída de mi propio almuerzo, para hacer verosímil mi presencia allí.

Comuniqué a los guardias, sin levantar la vista del suelo, que me enviaba Casandra a darles de comer a los mendigos. Casandra me habría encubierto, y los guardias de aquella zona no me habían visto nunca.

La verdad es que no me importaba dar alivio a esa gente que llevaba días sin comer, solo buscaba un modo de tener ocupada la mente y romper la monotonía de mis días, y me encantaba ese plan mío organizado hasta el último detalle, con la sensación de omnipotencia que me causaría su éxito.

Al entrar, eché una mirada a los mendigos, para decidir a cuál de ellos aproximarme.

Una sensación de asco al ver sus vestidos manchados de barro, y quién sabe de qué más, las heridas verminosas de sus pies y la madeja grasienta de su pelo me retuvo en mi lugar por un momento. Me arrepentí de haber tenido esa idea y de no poder ya volver sobre mis pasos. Les habría podido arrojar la comida sin acercarme, pero sabía que de haber estado en mi lugar Casandra se habría acurrucado a su lado, los habría acariciado y ayudado a deglutir lo que no les bajara por las gargantas secas, les habría dicho palabras de consuelo y al final se habría alejado como una aparición divina.

Fue por pura vanidad y deseo de estar a su altura, pues, por lo que di un paso adelante y me encontré con la mirada firme y densa de un hombre que no estaba enfermo ni lisiado, cuya realeza no lograban ocultar los andrajos.

Había hablado mucho con Odiseo, sabía que era rey de Ítaca y que quiso ser mi marido, y lo reconocí tan pronto como mis ojos se plantaron en los suyos. Era distinto de los demás, bajo una tosca capucha similar a la mía. Me dirigí a él con paso decidido.

—Salud, mi señora —murmuró en cuanto me situé a su lado.

Le puse un trozo de carne casi reducido al hueso. Tuve que concentrarme para impedir que me temblasen las manos. Quería preguntarle por Menelao, por Hermíone, por mi hermana y por el mundo exterior a las murallas de Troya, pero, de hecho, me quedé paralizada, sin llegar a expresar ni una sola de las frases que se me apiñaban en la mente.

—Yo no debería saber que estás aquí —intuyó él, confundiendo quizá mi desasosiego con el miedo a ser descubierta.

—Tampoco yo debería saber que tú estás aquí —le repliqué.

Él sonrió burlonamente. Era tan feo como lo recordaba, pero poseía una gama infinita de expresiones que no podían sino hacerlo interesante.

—No, pero siempre he sabido que eres una señora fuera de lo común. Sabrás guardar el secreto.

—Si quiero —le contesté.

—Hay que distribuir los alimentos entre todos —me gritó uno de los guardias de la entrada.

Me volví hacia los demás mendigos y noté que me miraban con una mezcla de curiosidad y de

odio impaciente.

Había desperdiciado los pocos instantes en que habría podido averiguar algo de mi mundo de antes.

—¿Con quién estás, Helena? —me preguntó Odiseo mientras me incorporaba.

—Con los buenos —le respondí—. ¿Y tú?

Esta vez su sonrisa dejó al descubierto un incisivo amarillo.

—También. Siempre y en todas partes con los buenos.

Le hice una rápida indicación con la cabeza y le sonreí.

Sabía que al sonreír me despuntaban los hoyuelos a los lados de la boca, mi rostro se salpicaba de luz y quien tuviera delante, hombre o mujer, no lograba contener un profundo suspiro, pero no esperé a oír el de Odiseo. Me aproximé a los demás mendigos. No tuve el valor de tocarlos, pero a algunos les sonreí de igual modo, y con cada sonrisa me iba sintiendo más ligera.

En los días sucesivos me pregunté muchas veces si Odiseo se encontraba en Troya como espía o como invitado secreto para negociar con Príamo.

La primera hipótesis me parecía ridícula, un personaje tan famoso no se arriesgaría a ser reconocido, la segunda me parecía poco probable. Los buenos a los que se refirió Odiseo tenían que ser los griegos.

¿Qué razón podía haber para que fuese cierto lo contrario?

Había tantas cosas que yo no sabía, en aquel tiempo.

No sabía de la amistad que vinculaba a Odiseo con Troya y con Príamo y Hécuba, no sabía lo tozudo que era buscando soluciones a los diversos problemas de la lucha en campo abierto, no sabía hasta qué punto su curiosidad era más sutil y más aguda que la mía.

No podía saberlo, porque nadie me lo había dicho.

Pronto tuve otras cosas en que pensar. Supe por los confusos parloteos de las demás mujeres que Criseida, la hija del sacerdote Crises, había sido apresada por el enemigo, percibí la agitación y la indignación que ello había provocado.

¿Había algo más bestial que secuestrar a una muchacha mientras hacía sus sacrificios a los dioses?

Me acordé de Teseo y de sus manos callosas.

La muchachita aquella no podía ser mucho mayor que yo en aquella época. Sentí pena por ella y suspiré al enterarme de su desgracia, pero nada más. No pensé que aquello fuera a ser el principio de incendios mayores.

Había dado por supuesto que Casandra me comunicaría la noticia con el rostro desencajado y la voz quebrada, pero lo hizo distraídamente, con la mirada perdida en alguna otra parte.

Hacía ya mucho tiempo que Casandra había dejado de creer que la guerra pudiese tener fin. Ahora ya solo pensaba en cómo salvar a su familia, o al menos a una parte de ella, cuando los acontecimientos se precipitaran.

—Crises no se queda quieto —decía—. Y pensar que apenas paraba mientes en la existencia de la muchacha cuando estaba en el templo. La dejaba todo el rato con nosotras, las mujeres. Es arrogante y caprichosa, pero no sé si merecía acabar en manos de Agamenón, la pobre.

Así me enteré de que en el momento de repartir el botín Agamenón había escogido a aquella muchachita como concubina.

Me pregunté con enojo si Menelao no tendría también una concubina.

¿Era posible que encontrase satisfacción poniendo las manos en el cuerpo de una mujer que no fuese yo, tras haberme tenido en sus brazos? O quizá el recuerdo de mis caderas y de mis senos

estuviera ya desvaneciéndose en su memoria, como un sueño demasiado dulce para ser verdad.

Crises fue a pedir la restitución de su hija en nombre de Apolo. Fue una jornada solemne y muchas de las mujeres pensaron que volvería victorioso.

Lo único que se trajo de vuelta a Troya fue la boca ocupada por una maldición opresiva y terrible.

—De ahora en adelante, todo se precipitará. Cuando se meten por medio los dioses, nunca sucede nada bueno —sentenció Etra.

Cada vez estaba más pequeña y más descarnada, pero sus ojos no eran menos hábiles para identificar los acontecimientos importantes.

Nadie negó ya que la peste que se abatió sobre el ejército aqueo fuese consecuencia de la maldición de Crises y de la cólera de Apolo. Muchas veces me pregunté cuán fuerte sería la fe de Casandra, más allá de su apariencia de sacerdotisa devota, y qué pensaría verdaderamente al respecto, pero nunca tuve el valor de preguntarle.

Yo era más propensa a creer en una fatal coincidencia. No había nada más natural que un brote de peste en un lugar insalubre como un campamento en tiempo de guerra, y las palabras de Crises habían ido a caer en el sitio y el momento justos. No obstante, pensar en la cólera divina hacía que todo el mundo se encontrase mejor, persuadiendo a los troyanos de que alguien importante e impalpable se interesaba en su suerte y en sus males, y no traté de convencer a nadie de que aceptara mi opinión.

Héctor estaba triunfante.

El rapto de la hija de Crises había supuesto una suerte inesperada para Troya. ¡Cuánto tuvieron que desear, él y los demás comandantes, que la niña no volviera a casa hasta que todo el ejército aqueo quedara exterminado!

Ingenuos.

Agamenón era orgulloso y amaba los placeres de la vida, pero también era extremadamente supersticioso y no iba a poner en peligro la suerte de la guerra por una muchachita.

Criseida fue devuelta, todos abandonaron las esperanzas hasta que una nueva y sorprendente noticia empezó a serpentear por la ciudad: Aquiles había dejado de combatir.

Esa vez fue Casandra quien me lo contó todo desde el principio. Agamenón había renunciado a la hija de Crises, pero no podía tolerar la vergüenza de quedarse sin concubina. Así que le arrebató Briseida a Aquiles, y este, ofendido, lo había injuriado, negándose además a seguir participando en la guerra.

Casandra me lo contó riéndose, como si hablara de una pelea de niños, y su risa era histérica y amarga.

En los rostros de los demás, en cambio, la alegría era real y sincera.

—Tenías razón, Helena, solo una mujer podía poner fin a esta guerra —me dijo Héctor, en uno de los pocos intercambios de palabras que tuvimos después de nuestro encuentro secreto.

Estaba radiante y sentía en su lengua el sabor de la victoria, mezclándose con el de la libertad.

Y no se equivocaba: sin Aquiles, derrotar al ejército aqueo parecía posible. Una nueva determinación fluía entre los soldados, recuperaron unos palmos de tierra en torno a la ciudad.

Yo no entendía ni la sombría desesperación histérica de Casandra ni el ciego entusiasmo de los demás.

Agamenón, Aquiles, Héctor, todos me parecían puntitos en una enorme trama, puntos tontos y frustrados que no alcanzaban a percibir su posición en el conjunto y no estaban en condiciones de comprender cuál era el camino más corto para salir de la intrincada maraña en que se

encontraban.

A veces me sentía presuntuosa por creer que me hallaba fuera del cuadro y que era capaz de mirarlos con frío desapego, y aún ahora no alcanzo a comprender hasta qué punto estaba atrapada en esa enorme trama retorcida, sin saberlo y sin aprehenderlo en su totalidad. ¿Podría haber sacado alguna conclusión, si hubiese querido? Es probable que no me esforzara lo suficiente.

Poco después de haberse retirado Aquiles del combate, Políxena me contó, festiva e ingenua, que se había encontrado con él en el templo de Apolo Timbreo, mientras efectuaba sus sacrificios acompañando a Hécuba. El templo era terreno neutral y un encuentro así no resultaba imposible, pero el caso era que hasta entonces no había ocurrido nada semejante.

—¡Tendrías que haber visto cómo me miraba, Helena! Parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas. Si en aquel momento le hubiese pedido que matase uno por uno a todos los jefes del ejército aqueo, estoy segura de que lo habría hecho.

Sonreí amargamente. Para mí era un triunfo ver confirmado que Políxena podría haber dado lugar a que Aquiles se retirara de la guerra mucho antes, pero con ello se mezclaba cierta preocupación, porque ahora ya no existía la amenaza de que Aquiles actuara contra los troyanos, y Políxena solo podía hacer daño, si se obsesionaba con él.

Me había encariñado con las mejillas sonrosadas y las sonrisas sinceras de esa criatura, me parecía que era lo que yo podría haber sido si hubiera nacido y crecido en Troya.

Le comenté a Casandra lo que sabía, y ella abrió de par en par los ojos, trastornada e incapaz de proferir palabra. Demasiado tarde, me di cuenta de que Políxena no le había hablado de ese encuentro precisamente para evitar sumirla en tal estado de desesperación.

Pensé que Casandra se había vuelto loca. ¿Qué otra cosa habría podido pensar? Mi visión no alcanzaba tan lejos como la de ella y su miedo se me antojaba hipocondríaco, exagerado.

—Hay que mantenerla lejos de él —seguía repitiendo—, lejos, lejos, lejos. Que no salga más de palacio. Que no camine por las murallas. Debe quedarse en su cuarto, día y noche, haremos turnos para llevarle la comida, tú y yo.

La tranquilicé, y me sentí perdida.

Casandra se había convertido en mi razón y mi sentido común, sin ella no habría tenido modo de orientarme entre un acontecimiento y otro.

Las cosas empezaron a caer y romperse a un ritmo vertiginoso, y yo miraba impotente, sin lograr aferrarlas ni evitarles el ruinoso impacto.

Murió Etra, y fue como si el peso del mundo me hubiese caído sobre los hombros de un solo golpe.

Nadie más había estado tan presente en mi vida, moldeándola y encauzándola a lo largo de su transcurrir. Aunque ya no le preguntaba casi nada, alimentaba la demencial convicción de que mi existencia seguía adelante día tras día solo gracias a ella.

Temí que se interrumpiera la sucesión de las noches y los días y que la historia finalizase.

Al tiempo que yo guardaba mi luto apretando a Múnito contra el pecho, Héctor mató a un joven protegido de Aquiles.

Entonces me interesaba en los acontecimientos solo de lejos, y no pensé que hubiera nada de extraordinario en esa noticia.

Cuando me llamaron para que junto a las demás mujeres calmase a Andrómaca, enloquecida de dolor, al principio no comprendí lo que estaba sucediendo. Luego, Políxena me musitó en voz muy baja, para que la mujer de su hermano no tuviese que oír de nuevo las palabras que la desgarraban, que Aquiles, enfurecido, había desafiado a Héctor a singular combate ante las

puertas de la ciudad.

Esas palabras significaban que Héctor estaba muerto, aunque todavía estuviese empuñando las armas.

La idea de Héctor muerto me dejó presa del pánico.

Héctor era Troya, y no podía morir, como tampoco Agamenón, Aquiles o Menelao. Saberlo muerto era la destrucción de todos los bellos sueños que yo había alimentado sobre la conclusión de la guerra, que a mis ojos no había sido más que una bonita escaramuza al final de la cual todos se darían un baño y regresarían tan resplandecientes como al principio. No había muerto nadie cercano a mí, y saber que Héctor podía morir lo hacía todo terriblemente serio y real.

Lo que ocurrió fue que Troya se convirtió en un cementerio antes de que llegase el momento.

Se estuvo hablando unos días del cadáver de Héctor, arrastrado tras el carro de Aquiles, de la negativa de este a devolver el maltratado cuerpo. Andrómaca se pasó tres días sin hablar, sin dormir y sin comer. Todas admiramos el profundísimo amor que sentía por su marido, pero yo sé que se sentía muerta ella también, que miraba a Astianacte como a un cadáver andante y que se le había revelado de golpe el convencimiento de que la parte feliz de su vida había terminado para siempre.

Luego volvió a comer, a tejer, a pasear. Lentamente, pero se recuperó. Fue entonces cuando empecé a apreciar su tenacidad silenciosa e inquebrantable.

¿Qué habría sido de mí sin la tienda de Menelao fuera de las murallas de Troya, que en cualquier caso era mi esperanza de salvación?

Me erguía por encima de la muerte y lograba evitar que me preocupase. Si la muerte me hubiera seguido como una sombra a cada paso que daba, ¿habría podido caminar tan altiva como Andrómaca ahora?

La muerte de Héctor puso a Paris más rudo e inquieto que de costumbre. Sentía sobre sus hombros lo que siempre había deseado: el peso del ejército troyano, la responsabilidad por el destino de un pueblo. Era un peso gravoso y sus hombros eran demasiado gráciles para poder llevarlo.

Quería apiadarme de él, pero una desconfianza invencible me retenía.

Me parecía que con Héctor había desaparecido de mi vida el único hombre de Troya en quien podía depositar alguna forma de confianza. Sabía que Paris no podía compararse con su hermano, que bajo su guía Troya se encaminaba a la ruina cierta, ¿por qué, pues, había de mentirle, tranquilizándolo con palabras engañosas?

Antes verifiqué los últimos refuerzos.

Llegaron las Amazonas y nada me sorprendió más. El mundo al revés que siempre había imaginado por diversión, en el que las mujeres a veces combatían con armadura, con espadas afiladas y flechas puntiagudas, ¡existía de veras!

A los troyanos no les gustó este recurso extremo.

Nunca habían creído necesitar a estas guerreras un poco grotescas y un poco temidas.

Cassandra adivinó mi curiosidad y me condujo al campamento de las Amazonas.

Pentesilea era su jefa, tenía las manos más duras que el cuero y la cara curtida por el sol. Temí que me expulsara, mofándose de mí, que me quedara sin palabras en su presencia, pero lo que hizo fue atenderme, ni más ni menos, como si ella hubiese sido la última sirvienta de Cassandra.

Ella la conocía bien. Me pregunté cómo y por qué, y cuántos aspectos de la vida de Cassandra yo ignoraba. Estudiando a esas mujeres, me pregunté si serían capaces de razonamiento profundo y sentimientos sinceros, si se habían convertido en hombres con pecho a fuerza de hacer todo lo que

hacían los hombres, y me avergonzó pensar de un modo tan limitado.

Decidí que eran personas. Solo personas insólitas.

Algunas de ellas tramaban intrigas con los soldados troyanos, mientras otras engatusaban a las criadas.

Me quedé atónita viendo en vivo ese amor entre mujeres del que hasta ahora solo había oído hablar en susurros.

Mi estupor hizo que Pentesilea se riese a carcajadas.

¿Habría podido amar de veras si me hubiera casado con una mujer?

No lo sé.

No lograba que el cuerpo de otra persona me atrajese hasta el punto de quererlo tocar y abrazar, y me pregunté si existiría un mundo en el que mis sensaciones fuesen normales y aceptables.

Fueron días breves y festivos, durante los cuales pareció que la guerra no hubiese terminado aún, que aún quedara alguna esperanza para la ciudad.

Luego cayó Pentesilea bajo las murallas de Troya, y el desaliento anidó de nuevo en los corazones.

Durante aquel invierno muerto, Casandra me hizo su última y mayor confianza.

Vino a recogerme de noche y nos fue fácil salir. Paris y yo llevábamos cierto tiempo durmiendo en habitaciones separadas. Fui yo quien se lo pedí, y él no tuvo el valor de negarse. Por otra parte, a nadie le importaba ya lo que yo hiciese o a dónde fuese.

Seguí a Casandra como tantas veces había hecho, me agarré a su mano mientras me conducía al exterior del palacio y luego extramuros de Troya. El corazón se me salía del pecho, nunca había sido tan vertiginosamente libre. Me pasó por la mente la posibilidad de que me estuviese llevando al campamento aqueo para entregarme a Menelao, pero me di cuenta de que estábamos en el lado opuesto y nos dirigíamos rápidamente al monte Ida, el emplazamiento de mi sueño de muchacha, la morada de Paris durante los primeros años de su vida.

—No hagas preguntas, cuando lleguemos —me musitó Casandra.

Empezaba a asustarme.

No estaba habituada al frescor aterciopelado de las noches troyanas, ni a la maleza bajo los pies, la oscuridad profunda y el rumor siniestro de los animales en la espesura.

Luego vi, a lo lejos, un vago resplandor, que paso a paso fue adoptando la forma distante de una hoguera.

En torno a la hoguera estaban las mujeres.

Viejas y jóvenes, resultaba imposible saber si eran humanas, ninfas o apariciones. Miraban fijamente las llamas. Cuando llegamos, todas pusieron los ojos en nosotras dos, al mismo tiempo.

Casandra desató el lazo de nuestras capuchas, y quedamos ante ellas. Ninguna se alteró al verme. Solo a una le noté un temblor en los labios, y más tarde supe que aquella mujer de ojos húmedos era Enone, la primera esposa de Paris.

Luego se pusieron a cantar.

Era una endecha triste y lenta, pero vibrante de vida. Mientras cantaban, empezaron a moverse. Me pregunté si debía imitarlas, pero enseguida me di cuenta de que yo también estaba balanceándome, a su mismo ritmo.

Ya desde la cuna había tenido una plena y exacta consciencia de mi cuerpo. Sabía con cuánta energía podía peinarme el pelo sin romperlo, hasta qué punto podían crecerme las uñas sin ensuciarse, cuánto podía caminar sin cansarme.

Por primera vez en mi vida, aquella noche, perdí la noción de mí misma.

El canto de las mujeres me retumbaba en la cabeza y me empujaba a hacer cosas que no habría creído posibles.

Sabía mover cada parte de mi cuerpo separadamente, cada una de ellas era una pieza de mi equilibrio y la música la despertaba, le musitaba de qué era capaz.

De pequeña aprendí a ser mesurada, prudente y calculadora. Nunca hice un movimiento extemporáneo, jamás un gesto brusco. Ahora sentía el impulso de menearme, de batir los brazos como si fuesen vasijas llenas de agua deseando salir, de sacudir las rodillas y arquearme para que mis cabellos tocasen la tierra, se ensuciasen y se enredaran.

Siempre había sabido que era bella, pero aquella noche tuve consciencia del poder de mi cuerpo, de la energía que contenía y de las infinitas posibilidades que lo aguardaban.

Volví en otras ocasiones con Casandra donde las mujeres del claro. Casandra les traía comida y noticias de Troya, ellas nos permitían despojarnos de cualquier traza de humanidad durante unas horas. Tras la danza frenética, nos sentábamos en torno a la hoguera y hablábamos. De la guerra y de Troya hablaban muy poco, enseguida se concentraban en la naturaleza que las circundaba, en el calor, en los animales, en la lluvia.

Eran viudas y mujeres solas huidas de sus pueblos arrasados, y se habían entregado a la vida errante por los bosques. Veneraban unas estatuillas de terracota moldeadas en forma de mujer floreada, y hablaban con reverencia de la Diosa que todo lo penetra y todo es.

Nunca he logrado tener fe, creer con todo mi yo en algo y entregarme a ello en cuerpo y alma. No obstante, creía que si mi cuerpo había sido creado por una divinidad, esta tenía que haber sido la Diosa de aquellas mujeres.

Habría querido fugarme, igual que ellas, poderme reducir a un solo cuerpo, hablar solo de las más estrictas necesidades materiales. Nunca comenté con Casandra estas experiencias. Ella pasaba a recogerme, nos escapábamos juntas y regresábamos a Troya antes del alba. Nuestros viajes eran silenciosos; si nos veíamos durante el día, hablábamos de quisicosas.

La situación me tenía tan trastornada que ni siquiera llegué a congratularme por el hecho de que Casandra me hubiera elegido a mí, en vez de alguna de sus hermanas, para compartir esta experiencia.

Poco después de esos momentos en que tuvimos la ilusión de estar vivas, la muerte encontró el modo de abrirse camino hasta nuestras alcobas.

En el transcurso de un mismo día, Paris y Políxena me hicieron la misma confidencia con la misma recomendación.

A ambos se les había pedido que no lo hablasen con nadie, pero ambos ardían en deseos de escupir el secreto.

Con años de retraso, Príamo había tenido la misma idea que yo. Recuperado y sepultado el cadáver de Héctor, en el corazón del rey de Troya pervivía la esperanza terca de ganar la guerra. Su arma secreta iba a ser su hija menor, la de los ojos de cervatilla.

Aquiles no había olvidado las bellas formas de Políxena y nunca había dejado de buscar el modo de encontrarse con ella. La muchacha se lo contó todo a Hécuba, la reina se lo comentó a Príamo y a este se le ocurrió sacar partido del interés del guerrero por su hija. Políxena fingiría consentir a sus promesas, lo citaría en un lugar secreto y, una vez allí, lo atraería con falsas caricias. Entretanto, Paris, oculto tras los matorrales, lo mataría y regresaría a Troya convertido en un héroe.

Sonreí amargamente a Políxena cuando me confesó el plan secreto y le di la aprobación que

buscaba. ¿Qué otra cosa habría podido hacer?

Por el contrario, cuando me habló de ello Paris, pavoneándose como si todo hubiera sido idea suya, no pude evitar soltarle:

—¡Qué desperdicio!

¿Por qué matar de esa estúpida manera al más poderoso guerrero que quedaba en circulación, cuando habría resultado tan fácil traerlo al propio lado?

Paris se enfadó, dijo que no pensaba sacrificar a su hermana al monstruo que había matado de un modo tan bestial a Héctor.

—¿Quién te dice que en la cama sea tan feroz como en el campo de batalla? Lo más probable es que con sus mujeres sea tierno como un ama de cría —dije, riendo, con la sola intención de provocarlo.

Sabía que mi desaprobación no cambiaría las cosas.

Opté, sin embargo, por desobedecer la orden que me habían dado ambos y se lo conté todo a Casandra. Comprendía bien por qué habían querido ocultarle el plan. En los últimos tiempos, se sobresaltaba con el menor ruido, hablaba sola, deambulaba por la ciudad con los ojos cercados de violeta por la falta de sueño.

Yo no la culpaba de nada.

Cuando llegué a Troya, me encerré en mi mundo y no alcanzaba a ver más allá, ahora el gran designio en que veía inmiscuidas a todas las personas de mi vida me parecía cada vez más claro, pero no sabía cómo describirlo.

Casandra hablaba y nadie la escuchaba, y ¿no era eso lo mismo que me ocurría a mí?

Mi relato la horrorizó.

Se puso a dar gritos y revolcarse por el suelo, tuve que abrazarla para que se calmase. La noté mucho más delgada de lo que parecía, envuelta en el peplo.

—Estate tranquila. Él morirá, y a ella no podrá pasarle nada —le murmuré.

—Se vengarán —repetía ella, ya sin fuerzas.

Decidió en ese punto que el mal menor era mi plan original, o sea, el matrimonio de Aquiles y Políxena. A pesar de que yo le había rogado que no mencionase a nadie lo que acababa de decirle, fue a hablar con Príamo y le suplicó que modificara su plan.

Actuaba en vano, y ambas lo sabíamos.

Políxena no podía casarse con Aquiles dejando intacto el honor de Príamo. No después de lo ocurrido a Héctor.

El rey se había hecho viejo, y su carisma se debilitaba. Despidió a Casandra, le ordenó que no hablase más de ese asunto. Paris se enfadó conmigo, yo prometí que tranquilizaría a Casandra y que le impediría revelar el proyecto a toda Troya.

Ignoraba qué día habían elegido. No sabía a quién más le habría hablado Paris de mi deslealtad, pero tenía la sensación de que los troyanos me evitaban aún más que de costumbre y de que todos participaban de un secreto que yo no debía conocer.

Esperaba que la suerte de Troya se cumpliera por mediación de la flecha de Paris, me estremecía ante el instante que echaría el cierre a la vida de Aquiles, y al mismo tiempo lo temía.

Un día, de improviso y sin preámbulo, Paris vino a decirme que Aquiles había muerto. Quiso mostrarme la flecha que lo había atravesado, aún manchada de su sangre. Nunca lo había visto tan feliz, y había olvidado todos sus motivos para encolerizarse conmigo.

Miré la sangre coagulada en la flecha y me tambaleé.

Tuve la sensación de que Troya había dado un fuerte tirón a la manta sobre la que reposaba la

suerte de la guerra, y de que a partir de ese momento todo se precipitaría sin esperanza.

Contar lo que viene a continuación es difícil y doloroso.

Solo ahora me doy cuenta de lo mucho que me he detenido en los largos años privados de acontecimientos que pasé en Troya, hasta qué punto me he concentrado en lo que era importante para mí y nadie más que para mí. Y si comparo ese ritmo con la rapidez con que ahora querría dejar atrás de un brinco el último y desolador periodo, casi me siento deshonesto, casi como si estuviera ahorrando la historia a mi conveniencia para dibujar algo que me consuele.

La muerte de Aquiles me hizo sentir, por primera vez en mi vida, un auténtico miedo, tangible e irresistible.

Fue el miedo lo que me ayudó a comprender a Casandra como ahora la comprendo, a ver mi pequeño mundo con desencanto y a juzgarme a mí misma con equidad.

Si no hubiese tenido ese miedo demencial y obsesivo, ahora no sería la que soy, y, sin embargo, en ese momento pensé que moriría.

A Paris se le había metido en la cabeza no volver a utilizar la flecha impregnada de la sangre de Aquiles. La conservaba como un trofeo y se paseaba por la ciudad con ella en las manos. Contaba una y otra vez el acecho y el flechazo mortal, repetía los detalles más truculentos a las sirvientas de sus hermanas, a mí me susurraba la aventura cada vez que estábamos juntos.

También él debía de sentirse ya como un cadáver andante.

Al principio no habría sabido decir por qué tenía miedo. Presentía que la muerte de Paris estaba próxima, pero eso no me iba a trastornar. Me daría pena pensar en su cuerpo martirizado y en la ausencia de su voz, pero no me mesaría los cabellos ni me desgarraría las vestiduras como había hecho Andrómaca por Héctor. Sabía que la caída de Troya estaba avecinándose, pero eso, de algún modo, siempre lo había sabido y no se trataba de ninguna novedad. La vida cotidiana proseguía aparentemente tan suave y tranquila que no me era posible angustiarme de veras por algo que me parecía aún tan distante.

Ahora sé que me aterrorizaba saber que el gran protagonista de esta guerra había caído.

Héctor era un hombre, podía morir, y todos habíamos contemplado siempre esa posibilidad, pero que muriese Aquiles era algo tan pavoroso como inquietante.

Habiendo muerto Aquiles, no había motivo alguno para que no muriese yo también. Mi piel podía marchitarse, mi cabello podía encanecer y mi cabeza podía dejar de funcionar. Podía tragármeme la nada. Yo, que durante diez años había buscado la más profunda soledad, ahora buscaba desesperadamente alguna compañía.

Polixena se había vuelto silenciosa. No me contó nada de la muerte de Aquiles y su día de gloria, y cada vez era más frecuente que la sorprendiese con la mirada perdida en el vacío mientras fingía escucharme.

Casandra evitaba la compañía humana.

Había tratado de hablar con ella, de seguirla en sus vagabundeos, dado que ahora a nadie le importaba ya por dónde anduviéramos, pero me evitaba con desdén y me tenía prohibido que fuera a ver a las mujeres del bosque con ella.

En alguna ocasión, fui por mi cuenta, porque ya conocía el camino, y ella hizo como que no me veía. Pero esos encuentros me habían dejado insatisfecha, y volver sola por los bosques me aterrorizaba.

Me pasaba los días esperando que ocurriese lo que tenía que ocurrir, y que fuese todo muy rápido. Troya era ahora la cabecera de un enfermo desahuciado, y la gente deambulaba por sus calles con los ojos desorbitados y perdidos. Se robaba en el mercado, se mezclaban los ricos con

los pobres y se corría al encuentro de la muerte con histérica solicitud, y yo, una vez más, no conseguía sentirme parte de ese pánico colectivo, porque sabía que mi muerte no sería sencilla y directa, como la de ellos, sino más solapada y extenuante, y no podía parangonar mi miedo con el de ese pueblo acongojado.

Enseguida me di cuenta de que lo que esperaba era la muerte de Paris.

El día de su caída no podía estar lejos, y todo el mundo lo sabía: sus hermanos, que me miraban como suculenta mercancía, su padre, sus hombres, él mismo, que durante el día contaba la muerte de Aquiles y por la noche temblaba histéricamente en mis brazos.

En otro tiempo, me habría reído de él, lo habría hecho sentirse peor y me habría divertido, pero en Troya había aprendido a ser piadosa. Durante los últimos días de Paris fui más solícita con él que en todos los años que habíamos pasado juntos. Le acariciaba la cabeza hasta que se le pasaban los temblores, le musitaba que lo amaba, condescendiente, callaba durante sus accesos de ira y prometía una y mil veces que no le diría a nadie cuánto sufría.

Fuera de nuestra cámara nupcial se creía invencible, pero seguramente todo el mundo se daba cuenta de que estaba aterrorizado.

Murió sin clamor mientras defendía la ciudad de un ataque poco convincente, por una herida trivial, sin que llegara a cumplirse la gran venganza contra él que tanto había temido.

Ante su cadáver, vertí lágrimas de miedo y espanto. La noche antes, sin ir más lejos, le había asegurado que no le ocurriría nada grave. Habían sido palabras vanas y lo sabía mientras las pronunciaba, y, sin embargo, las había dicho, creyéndomelas en el fondo, porque no lograba hacerme a la idea de que una persona que en ese mismo momento palpitaba entre mis brazos, cálida de vida, pudiese poco después yacer con el vientre abierto y sin consciencia.

Suspensa en mi mundo divino e intocable, aún no lograba creer que la muerte fuese verdad.

El luto por Paris duró pocos días, al cabo de los cuales me llamó Príamo a su presencia.

—Mi hijo Deífobo quiere casarse contigo —me dijo, expeditivo, tras haberme saludado apenas.

Era viejo y yo siempre lo había sabido, pero ahora había algo peor: estaba caduco, le colgaban las mejillas y tenía los ojos hundidos. Era como si cada parte de su cuerpo intentase escapar en una dirección distinta.

—¿Estás de acuerdo?

Deífobo era un hombretón de pocas palabras, rechoncho y tosco, y en ese momento ocupaba un asiento junto al trono del padre; pero nada de eso importaba.

—No —contesté, sin olvidarme de sonreír cortésmente.

Las mejillas se le desplomaron aún más por el espanto. Deífobo no modificó su expresión impasible.

—Hija mía, te he tratado con toda consideración durante estos diez años. La ciudad se desmorona ante mis ojos y mi hijo no tomará el mando si no te tiene como mujer. ¿No quieres casarte con él, haciéndole un favor a un anciano necesitado de tu ayuda?

—No —repetí, y percibí la desesperación en el pálido rostro de Príamo—. Con gusto tomaría las armas para defender Troya en el puesto de tu hijo, si estuviese a mi alcance —añadí—, pero no quiero casarme con él.

Príamo se volvió hacia Deífobo, pero la mirada del hombre que quería desposarme permaneció dura y firme, clavada en mis pechos.

Pensé que en ese momento debía sentirme vencedora.

¿A dónde habían ido a parar ahora los valores de esa Troya tan selvática y tan fiera y tan

diferente de mi Grecia? Príamo, cuyo hijo mayor se había jactado ante mí, con gran soberbia, de que nunca a una mujer troyana se la había obligado a tomar un marido que no quisiese, estaba a punto de obligarme a contraer matrimonio con un hombre a quien yo acababa de rechazar.

Me habría gustado que estuviese viéndonos Casandra y, con ella, Hécuba y todas las mujeres que durante todo ese tiempo se habían sentido superiores a mí.

Pero lo que ocurrió fue que volví a sentir una gran pena por aquel hombre caduco que estaba por hacer añicos hasta el último pilar del mundo que durante muchos años había custodiado con acierto.

Me casaría con Deífobo, a fin de cuentas, de grado o por fuerza. Lo sabía desde que murió Paris. ¿Por qué no retractarme, por qué no decir que estaba de acuerdo y dejar al pobre viejo morir en paz? Estuve a punto de retomar la palabra, pero al final me callé y seguí mirando los iris descoloridos y cansados de Príamo.

—Temo no poder darte satisfacción, Helena —me dijo.

Esas palabras cayeron entre él y yo como las perlas de un collar roto y señalaron el fin de Troya.

Esta civilización, antítesis de aquella en que yo me había criado, se desmoronaba ante mis ojos mientras su rey quedaba al descubierto, al admitir que el derecho de las mujeres a escoger su propio marido no había sido más que una concesión, hasta ese momento, y que tal gracia podía cancelarse ante una razón de Estado.

Me incliné, sin descomponerme. Era una súbdita más de Príamo, en el fondo. Me casaría con Deífobo y Troya caería. Lo sabía, y ahora quedaba escrito que fuese así.

La ceremonia nupcial se concretó a los pocos días. No había llegado a celebrar mi unión con Paris. A él le traían sin cuidado las formalidades, con tal de tenerme en su cama. Deífobo, en cambio, habría deseado una boda grandiosa, tanto al menos como la que me unió a Menelao. Pero fue un ritual rápido e inquieto, al término del cual me pregunté si no sería cosa de matar a Deífobo antes de que pudiera ponerme las manos encima, y huir a las montañas.

Llevaba diez años viviendo en Troya, pero me había visto tan poco comprometida en su vida política y militar que si hubiese caído en manos de los aqueos antes del fin de la guerra no les habría valido de mucho como informadora.

Príamo se habría resignado a enterrar otro hijo y no habría desperdiciado hombres para recuperarme.

Solo esperaba morir.

En mi lugar, Clitemnestra habría matado a Deífobo, ahora lo sé, y Casandra quizá también.

Yo, en cambio, mandé mis ideas a paseo, como hice con Paris, y permití que me desposase y me acometiera con una prisa que me recordó la de Teseo.

¿Por qué?

Era débil.

Decidí que era por piedad por lo que no lo había matado, por curiosidad por lo que le había permitido tocarme, para comprobar el efecto que pudiera tener en mi cuerpo un hombre como él. En realidad, aún me faltaba valor para llevar a cabo ese gesto extremo. De modo que mordí la sábana en el silencio angustioso de su alcoba y permití que me sucediese lo que fuera.

Estaba en este mundo desde hacía más de treinta años, pero seguía sin ser capaz de conducir mis pensamientos y mis actos por un camino recto y definido. Cuando creía conocerme y verme toda entera, hete aquí que de nuevo incurría en un gesto que no lograba explicarme y que me parecía estar en rotundo contraste con lo que creía haber sido hasta poco antes.

Personas como Casandra, Héctor y mi hermana, tan nítidas y precisas en su totalidad, siempre han sido un misterio para mí. Mi belleza, en sus manos, habría estado mucho más segura, y, sin embargo, me correspondió a mí, una criatura difusa y fallida, que la llevaba con total inconsciencia.

La noche después de la boda me avergoncé de cómo me había comportado y traté de introducirme en la cabeza de aquel hombre moreno y silencioso, de comprender cómo podía aprovecharme de él.

Me bastaron unas cuantas miradas perdidas para darme cuenta de que en él ya no había nada que comprender y seducir, solo un vacío que llenar y un miedo que apaciguar con la ilusión de la vida.

Me sentí desaparecer ante aquel hombre que me había querido para sí, pero a quien no le importaba nada, y amanecí llorando. Tenía que esperar, ahora, que los últimos destellos de esperanza acabaran de destruirse.

Fui en busca de Casandra, una vez más. Quería hablarle de Deífobo y de su padre, pero ella no me prestó atención. Mis pequeños asuntos de un mundo antiguo tuvieron que parecerle un capricho de niña mimada, en semejante contexto, pero yo había esperado que captase al menos la importancia de lo ocurrido, hasta qué punto podía darse por destruida Troya tras una frase de su rey.

De la destrucción yo tenía, a pesar de los muchísimos años de guerra, una idea aún vaga y simbólica; pero supe identificarla cuando vi el caballo de madera.

Se presentaba perfecto en cada una de sus junturas, imponente e inexplicable.

Hizo aparición en una mañana de sol, y su silueta se recortaba contra el cielo azul.

No intuí de inmediato la presencia de los griegos en su vientre, pero sí comprendí que había llegado el día final. No puedo creer que Príamo y todos los demás creyeran de veras que el caballo era un presagio favorable para Troya. Me resulta más fácil convencerme de que quisieran introducirlo intramuros con el ánimo suicida de quien ya no soporta vivir en la agonía y acoge con gusto cualquier cosa que pueda interrumpir el deterioro de la propia vida.

Pude mezclarme con la multitud de extramuros y ver el caballo de cerca.

Hasta que no estuve a su lado no comprendí de veras dónde estaba el engaño, y lo atribuí al genio diabólico de Odiseo. Ahí dentro, en el vientre, de seguro estarían Menelao y Agamenón, y esa idea me provocaba un extraño vértigo. Estaba más cerca de Menelao de lo que había estado en diez años, y sentí el impulso de acercarme a esa panza maldita, abrirla y hacerlo salir para mirarle a los ojos y observar los cambios que el tiempo había producido en él.

Seguí mirando mientras la gente se burlaba de Laocoonte, el sacerdote, por sospechar del caballo, pero en realidad estaba escrutando la panza de madera apenas iluminada por los rayos ambarinos del sol.

Encontrar la apertura habría sido imposible.

Con toda seguridad, estaba proyectado para que solo pudiera abrirse desde el interior. No obstante, quise tocar esa madera dolorosa, gritar el nombre de los guerreros allí encerrados, con la voz convincente en la que cada cual creería oír a la propia amante y que solo Menelao reconocería; hacerlos dudar y padecer el deseo acongojante de salir a abrazarme.

Pero mientras imaginaba ese momento, los hombres estaban ya organizándose para meter el caballo en la ciudad.

¿Qué podía hacer yo antes de la destrucción?

Volví a pensar en las montañas.

Ese sueño de libertad primigenia me atemorizaba y me atraía al mismo tiempo. ¿Seguiría siendo yo misma sin mis cremas de belleza, mi muelle lecho y los ojos de los hombres en que fijar los míos?

Volví a entrar lentamente en Troya, tras la riada de gente que iba en pos del caballo. Llevaba puesta la capucha de lona que utilizaba para mis incursiones ciudadanas con Casandra, pero debajo llevaba un peplo del más fino tejido, cuyo borde tocaba la tierra y se iba manchando a cada paso.

Delante de una casa de madera, una niña rubísima jugaba en el barro. Era raro ver un pelo tan claro en Troya y me paré a mirar: las manitas gordezuelas asían un juguete sin forma, hecho con trozos de madera y tela. Estaban sucias y agrietadas, pero conservaban una encantadora impresión de suavidad. Me pregunté si mis manos de niña habrían sido alguna vez tan hermosas. Una joven descalza acudió corriendo junto a la niña y me miró ferozmente.

—No creas que puedes llevarte a mi hija, vieja.

Sus palabras me hicieron sonreír. Era pequeña y oscura. Quién sería el padre.

Me retiré el capuchón de la cabeza.

—Soy Helena de Esparta —dije—. Esta noche saldrán los hombres que van en la panza del caballo, y arrasarán Troya.

La joven se echó a reír de un modo grosero.

—Me habían dicho que Helena de Esparta era bellísima y majestuosa, tú estás cubierta de harapos, eres una narizotas y estás loca. Aléjate de mi hija, no pedimos limosna —me contestó, para enseguida coger en brazos a la niña y llevársela a casa.

Me llevé las manos a la cara, horrorizada, y me palpé la nariz. Era mi naricita de siempre, aterciopelada, ligeramente respingona, pero temí que mis manos me estuviesen engañando.

Me tambaleé.

Ya no estaba segura de ser Helena de Esparta, ni de que la panza del caballo estuviese llena de soldados aqueos, ni de que toda mi vida hasta ese momento no hubiera sido un largo sueño fantasioso y estrambótico.

Me volvieron a la mente, clarísimas, las manos gordezuelas de la niña sacudiendo el improvisado juguete, recuperé la firmeza en las piernas, me coloqué de nuevo el capuchón en la cabeza y llamé a la puerta siguiente.

Allí ya no anuncié que era Helena de Esparta, solo dije que el caballo de madera escondía un peligro y que conocía un sitio seguro en que hallar refugio. En cada una de las casas había una joven rodeada de niños, detrás de ella se entreveía la presencia de un viejo o una vieja. Era como si en la ciudad ya solo quedaran mujeres jóvenes, viejos y niños.

Muchas me cerraron la puerta en la cara, como la madre de la niña rubia, y se burlaron de mi aspecto, otras hicieron un fardo con sus pocas pertenencias, juntaron a sus hijos en torno a sus faldas y me siguieron. Dejé de llamar a las puertas cuando el grupo llegó a una quincena. Nunca había recorrido con otras personas la ruta de las montañas, y no quería llamar la atención. Una mujer me suplicó llorando que fuéramos a recoger a su hermana, que vivía al otro lado de la ciudad y que tenía dos hijos muy pequeños. La tranquilicé, le dije que las llevaría a ellas primero y que luego volvería. Calculé que antes de que se pusiera el sol, terminaran los festejos y empezase la devastación tendría tiempo de hacer tres viajes.

Aquel día salvé a menos personas que criadas había en el palacio, pero me enorgullezco de sus vidas como de ninguna otra cosa en este mundo.

Recuerdo todas sus caras, les paso revista todas las noches antes de dormirme.

Me pregunto si las jóvenes se habrán vuelto a casar o si habrán seguido haciendo vida de eremitas con las mujeres de las grutas, si los niños habrán crecido fuertes y dispuestos a respetar a sus hermanas como carne de su carne, si esas criaturas habrán formado una comunidad fuera del mundo, una comunidad próspera y que mire desde lo alto los afanes del resto del mundo.

Cuando dejé el último grupo de prófugos en las manos solícitas de las mujeres, el sol ya se había puesto. Tuve que volver sola.

Quedarme habría sido muy hermoso y muy fácil, pero era una elección que no estaba en condiciones de hacer.

No estaba hecha para mirar el mundo desde lo alto, yo, tenía que permanecer en el centro y ver qué pasaba.

Regresé a casa de Deífobo. Había supuesto que me estarían buscando desesperadamente, pero realidad parecía que ya no le importaba a nadie.

Me senté en la cama y esperé.

Deífobo llegó borracho y dando tumbos cuando la luna ya se estaba poniendo. Intentó desnudarme, pero había bebido demasiado y no sabía dónde poner las manos. Lo desnudé lentamente y él me dejó hacer, confuso ante aquella insólita ternura.

No tuve que fingir.

Saber que dentro de poco estaría muerto me inundó de la misma melancolía que sentí por Paris durante sus últimos días.

Dejé caer al suelo toda su ropa. Un ruido sordo me informó de que llevaba su puñal, que solía tener a mano incluso mientras dormía.

Lo hice tenderse en la cama y lo estuve acariciando hasta que se durmió. Tenía la espalda y el pelo sudados y la expresión de su rostro, a la luz del lucernario, era de serenidad y satisfacción, como la de un niño que ha alejado de sí todos los peligros.

Esperé que su respiración se hiciese regular y tranquila, luego recogí del suelo el puñal y lo extraje de su vaina. Nunca había tenido un arma en las manos, y el brillo de la hoja me dio escalofríos.

«No tendrás el valor de hacerlo, Helena», dijo una voz en mi interior.

Llevar a la pobre gente de Troya a las montañas había resultado fácil y había hecho que me sintiera bien; la idea de matar a Deífobo mientras dormía me daba náuseas. Apreté con más fuerza la empuñadura.

Los primeros rumores ya resquebrajaban la quietud de la noche, no les llevaría mucho tiempo llegar a la alcoba.

La hoja se hundió en el pecho de Deífobo con una facilidad que me espantó. Se apagó la respiración tranquila que hasta poco antes había ocupado la habitación, y solo quedó la mía, alterada y rápida, mientras miraba la sangre fluir del puñal a mi vestido.

Menelao y Odiseo me encontraron con el arma todavía bien asida. Había creído que mi marido acudiría primero a recuperarme, que solo tendría ojos para mí en aquella habitación, pero lo que hizo fue lanzarse con la espada desenvainada contra el cuerpo de Deífobo.

—¡No! —grité, y me arrojé sobre el cadáver.

Como aún tenía el puñal en la mano, di sin querer la impresión de apuntarlo contra Menelao.

Puse mis ojos en los suyos y no los reconocí, porque habían perdido todo el color.

—Está ya muerto —añadí, y levanté el puñal para apuntar a su garganta.

—Eso vemos, señora —musitó una voz a mi espalda, mientras dos manos ásperas me sujetaban por la cintura. Apenas me apretaban, sin hacerme daño, pero eran firmes y decididas, y poco

después ya me encontraba fuera de la alcoba. Odiseo me había sustraído a la furia de ese desconocido.

—Llévala con las demás prisioneras —bramó Menelao.

Lo había decidido con intención de humillarme, pero yo me habría opuesto a cualquier otro trato. Quería estar junto a las personas con quienes había compartido mis días, hasta el último momento.

Odiseo me quitó de la mano el puñal ensangrentado antes de dejarme en un pequeño cuarto oscuro. No sabía ni en qué parte de la ciudad nos encontrábamos, eran altas horas de la noche, tenía sueño. Me adormecí suavemente, con la espalda contra la pared, las piernas extendidas hacia delante.

Me despertaron los aullidos. Al principio pensé que había sido una pesadilla, imaginé que acababa de abrir los ojos y que me encontraba en mi cama, pero el dolor de espalda me traicionó. Recordé de pronto la noche anterior entera, miré en torno y vi ojos conocidos en cuerpos que habían envejecido también de súbito.

Eran Hécuba, Casandra, Andrómaca, Políxena y todas las mujeres con quien había compartido días, miradas de soslayo y confidencias ocasionales, y ahora estaban reducidas todas a un montón de huesos trémulos y despavoridos.

Tenía miedo de que me miraran, que me arrancaran la carne y me comieran, pero a quien miraban era a Hécuba, que gemía como un animal, tirada en el suelo.

Poco o nada entendí de sus palabras. Lloraba por Príamo, degollado como una cabra en su propio trono, lloraba por sus hijas, que serían entregadas al primero que se presentase, lloraba por el pequeño Astianacte, a quien Odiseo había arrojado desde lo alto de un torreón.

Miré a Andrómaca, que permanecía inmóvil, en mi misma postura, con la mirada perdida en el vacío. Parecía como si algo se hubiera quebrado en su cabeza; no me habría sorprendido verla derrumbarse contra el suelo, con el corazón roto, con los ojos fijos todavía abiertos de par en par.

Me arrastré hasta Casandra. Estaba cubierta de sangre coagulada y tenía el pelo revuelto en barro. Apestaba a sudor y polvo.

La abracé y le coloqué la cabeza en mi hombro.

—Un griego me ha violado sobre el altar de Atenea —murmuró.

No tenía un tono triste, ni la voz rota, me estaba transmitiendo un mero dato.

—¿Quién? —le pregunté, como si tuviera alguna importancia.

—No lo sé. Sé que Agamenón me reclamará como suya, que me llevará al otro lado del mar para terminar ante las puertas de Micenas, donde tu hermana nos matará a él y a mí.

La apreté con más fuerza mientras le acariciaba el cabello con la mano.

—Mi hermana no hará nada semejante —le dije, pero ni yo misma creía mis palabras—. Dile que eres amiga mía. Que te envíe a Esparta conmigo, y allí vivirás con todos los honores. Podrás seguir siendo sacerdotisa de Apolo, te enseñaré los sitios donde me crie y te presentaré a mi hija. Ya es una jovencita.

Casandra tenía la cabeza apoyada en mi hombro y no podía verle la cara, pero me imaginé que sonreía.

—No te preocupes, Helena de Esparta, hay modos peores de morir.

No sé cuánto tiempo permanecemos allí, hasta que un griego imberbe vino a buscar a Políxena.

—¿Qué queréis hacerle? —le ladró Hécuba. Y si hubiera estado de pie, con sus joyas puestas, quizá le habría dado auténtico miedo.

—La quieren para sacrificarla ante las cenizas de Aquiles —respondió el muchacho, con un

barrunto de temor en la voz. Si todas le hubiésemos saltado encima y le hubiésemos arrebatado la espada del costado, puede que hubiéramos conseguido dominarlo.

Hécuba estaba pensando lo mismo, quizá, porque sus ojos abultados recorrían al joven, mientras sujetaba a Políxena con una mano.

—Déjala ir, madre —dijo Casandra; luego añadió—: Hay modos peores de morir.

—Hay modos peores de morir —repitió Políxena, con voz de estar soñando, y luego se soltó de Hécuba y siguió al joven fuera del recinto.

La reina de Troya siguió tirada en tierra, con la frente en el suelo y la cabellera gris esparcida por la espalda.

Poco después vinieron por Casandra. Agamenón la llamaba a su lado, y tuve que desenredar mis manos de su pelo mientras se ponía en pie y salía del cuarto, sin una última mirada a quienes allí quedábamos. No tuve tiempo de musitarle que estuviera tranquila, que yo la salvaría en cuanto pudiese.

Y, de hecho, cuando la puerta del pequeño recinto volvió a abrirse, no era otro soldado cualquiera, sino Menelao. Permaneció inmóvil, trasladando el peso de su cuerpo de una pierna a la otra. Se había hecho más imponente, con el paso de los años, y quizá me pareciera así solo porque aún llevaba puesta la armadura, pero seguía dando la antigua sensación de que le faltaba algo, con esa torpeza que a mí siempre me había despertado la ternura.

—Ven conmigo —dijo a continuación, aunque sin mirarme.

No respondí.

—Ya lo has oído, vete de aquí —me gritó una voz ronca desde el fondo de la estancia. Hécuba se había puesto en pie y avanzaba hacia mí—. Y tú llévatela, si tienes el valor de soportar a una mujer así.

Sabía que esas palabras llegarían, pero escucharlas me afectó más de lo debido.

Siempre había sido cordial y educada con Hécuba, más que con nadie. Habíamos compartido almuerzos, noches, dolores, a veces risas, le tributé un respeto del que antes no había hecho objeto ni a mi madre. Intuía y comprendía el desprecio que llevaban dentro todas sus palabras, pero no me imaginaba que estallaría de golpe en el momento en que me sentía más inocente.

—Veamos, Menelao, ¿eres capaz de aguantarme? —dije yo, haciéndole eco.

—No lo sé —murmuró él—. Lo decidiré durante la travesía. Vamos.

El severo chasquido de la risa de Hécuba resonó en las estrechas paredes.

—Si vas en la misma nave ya no la matarás, caerás de nuevo en sus redes. Si fueras el guerrero que dicen, la atravesarías con tu espada en este mismo momento.

—Sí, Menelao, Hécuba tiene razón —respondí yo, dejando que mis vestidos manchados de sangre y lodo cayesen al suelo—. Golpéame aquí, sin que yo tenga modo de defenderme.

Le mostré el espacio entre mis senos.

—Si eres el auténtico guerrero que dicen, debes hacerlo.

Los ojos de Menelao, como separados del resto de la cabeza, me recorrieron el cuerpo.

Hécuba tenía razón.

—¡Qué pronto te desnudas! Primero un hijo y luego el otro. Muertos los dos, por culpa tuya, que los embrujaste. ¡Y las hijas, el marido, la ciudad entera! Si tuvieras algo de dignidad, te matarías tú misma, ya que este hombre no es capaz de hacerlo.

Habría querido tener a mi lado a Casandra, que me acariciase, que me dijera que no hiciese caso a esas palabras dictadas por la tristeza y la desesperación, pero estaba sola, y las palabras para responder a esas injustas acusaciones se me acumulaban en la dolorida cabeza.

Le volví la espalda a Menelao.

—Yo no pedí que me entregaran a ninguno de tus dos hijos, Hécuba. No he blandido yo las espadas que han matado a tu pueblo, no he degollado a Príamo ni he empujado a nadie a la guerra, también he considerado hermanas mías a tus hijas, y a ti una madre. Si fueses la reina que yo recuerdo, ahora te arrojarías contra Menelao, no contra mí.

Hécuba dio un paso hacia mí, con los ojos negros trocados en un par de brasas. Andrómaca trató de retenerla agarrándola de la ropa, pero la reina se soltó y siguió adelante.

Tuve miedo.

En aquel momento, habría podido arrancarme los ojos con su furia, pero yo no lograba moverme.

El brazo de Menelao me sujetó por los hombros y me apartó de ella.

—Ya basta, reina —dijo—. Castigaré a mi mujer por lo que ha hecho a tu pueblo, no temas. Seréis vengados.

—¿Reina? —grité—. ¿Cómo te atreves a llamarla reina? Eres tú quien ha destruido a su pueblo, eres tú quien ha entrado con engaño en su ciudad.

Me revolví para librarme de sus garras. Agamenón u Odiseo habrían seguido sujetándome y me habrían sacado de allí, pero él me dejó suelta, consternado, con la mirada perdida de quien no sabe cómo comportarse.

Miré de hito en hito a Hécuba, que se había detenido a cuatro patas a pocos pasos de mí, con la mirada perdida y la furia enfriada.

—Al contrario, vosotros mismos os habéis destruido. ¿Por qué crees que vine a Troya? No, desde luego, por los abrazos de tu hijo. Vine a Troya porque sentía curiosidad. Curiosidad, sí, por este extraño pueblo que vivía en un mundo de ensueño en que las mujeres podían escoger marido y los países no entraban en guerra porque una muchacha decidiera marcharse de casa. Me ha costado años, pero ya he comprendido que sois como todos los demás. Llevabais muertos mucho tiempo, y ahora tú has matado a los que quedaban, porque has hecho responsable a mi curiosidad de que un ejército se plantara ante vuestras murallas.

Esas palabras me habían salido a borbotones, sin poderlas controlar, y solo tras haberlas pronunciado llegué a darme cuenta de que eran todo lo que había venido pensando desde hacía años, sin llegar nunca a perfilarlo de un modo tan preciso. Me vine a Troya pensando encontrar una humanidad distinta, y en vez de eso había descubierto que los hombres son iguales en todas partes: me encontré con una civilización a punto de derrumbarse, una libertad que ocultaba diversas barreras, una solidaridad insidiosa, indigestible.

Tampoco en esa ciudad había conseguido encontrar alivio a la culpa de ser bella.

Hécuba mascullaba en voz baja, para sí. No parecía haberme escuchado, pero no estaba yo tan segura de que se hubiera vuelto loca de verdad. Andrómaca, en cambio, sí se había enterado, y antes de que Menelao me sacara de allí, me envolvió como pudo en mi vestimenta recogida del suelo, con una sonrisa.

—No quiero —grité, sacudiéndome la ropa de encima—. Deja que todos vean por qué han combatido.

Menelao me dio un bofetón. Nadie me había pegado antes, y me quedé inmóvil, con una mano sobre la mejilla palpitante.

—Vístete —profirió, y comprendí que ya no lo conocía.

Durante los pocos días anteriores a la partida permanecí encerrada en la tienda de Menelao. No quise salir, para no ver las ruinas aún humeantes del lugar en que había vivido, ni la expresión

burlona de los soldados que me seguían con la mirada mientras caminaba del brazo de mi marido. Me habría gustado ver a Casandra, pero no logré de ninguna manera que me permitiesen tenerla conmigo.

Le daba de patadas a mi marido cada vez que intentaba acercármeme, y él, que se había vuelto un zopenco tras el arrebato de ira del saqueo, permanecía inmóvil bajo mis puntapiés. Lloré, me callé, lo desafié a que me matara, lo amenacé con sus propias armas.

Menelao tenía lágrimas en los ojos mientras me explicaba una vez más que no podía hacerle a su hermano la ofensa de arrebatarse la concubina por él elegida.

—Dile al menos que no vuelva a Micenas —le imploré yo—. Mi hermana lo matará y matará a Casandra. O permite que vaya yo primero, para hablar con ella y convencerla de que los perdone.

En realidad, de lo único que habría intentado convencer a mi hermana era de que dejase vivir a Casandra; la suerte de Agamenón me importaba un ardite. Pero Menelao se enfureció al oírme hablar de mujeres que traman, pactaban y salvaban a los hombres, y volvió a prohibirme que siguiera hablando de algo tan absurdo.

Terminé cediendo. Quizá se equivocara Casandra, quizá la esperase mejor suerte. Quizá mi hermana la comprendiese y la acogiera.

Me negué a comer. No tenía espejos en la tienda, pero sabía que mis pechos estaban desinflándose, que tenía el pelo sucio y enredado y que tenía estrías en los muslos. Nunca antes había estado tan fea, y, sin embargo, Menelao se acostaba todas las noches a mi lado, me desnudaba, yo permanecía callada, y él se echaba a llorar. Tenía que aprender a conocer a ese hombre nuevo, parecido al viejo, solo que más difícil y peligroso, pero en lo único que lograba pensar era en Clitemnestra riéndose a carcajadas ante el cuerpo descuartizado de Casandra.

Partimos en un día de sol, tras un largo periodo de oscuridad y lluvia, y yo me juré que no miraría atrás. Pero no resistí, y antes de subir a la nave me di la vuelta por un instante.

Abracé con la mirada la playa y los restos de la ciudad y las montañas donde ahora vivían las personas a quienes había salvado. Saludé el color del cielo y el aroma del aire, y luego seguí a Menelao a bordo, sin estar muy segura de qué sentir en ese momento.

El regreso.

Hubo regresos más gloriosos desde aquel lugar devastado.

La epopeya de Odiseo, la carnicería que aguardaba a Agamenón y Casandra. Me habría gustado tanto recorrer las calles de Esparta con la gloria de quien ha vivido una experiencia única e irrepetible, que lo ha cambiado para siempre y que quiere compartir con el mundo. Me habría gustado tanto que todos, incluida la última de las siervas, se sentase junto a mí en un banco de madera y me musitase en tono impaciente:

—Adelante, Helena, cuéntenos.

Tenía tantas cosas que decir y tan pocas posibilidades de ser escuchada.

Esto fue durante la travesía.

Después, cuando volví de veras al lugar del que había huido, la sensación que me impregnó fue la de una cadena que se hubiera fracturado dentro de mí, marcando una clara frontera entre el antes y el después.

No era solo que mi cuerpo estuviera lejos de las personas y los lugares que hasta hacía poco había constituido mi vida entera, era que ya me había resignado a haberlos perdido para siempre. Estar de nuevo en mi aposento, en mi casa, era tan natural que me resultaba difícil imaginar que alguna vez me hubiese marchado.

Llegué a pensar que todo había sido un sueño: Paris, Troya, Múrito, Casandra, aquel aire

polvoriento y seco.

En otros momentos me asaltaban, vivísimos, recuerdos exactos y ocasionales: la risa resonante de Múrito, la respiración pesada de Paris, la suavidad de las sábanas de mi lecho troyano, pero he ahí que el sueño de pronto se convertía en Esparta, el lugar-no lugar en el que me parecía no haber estado nunca viva.

He sobrevivido a la posibilidad de una muerte rápida y violenta y me han enviado aquí para que pueda morir más lentamente, me decía.

Tenía ya mis años, y la gran aventura de mi vida había terminado.

Mi belleza había sido admirada, deseada, raptada, robada, suspirada y envidiada, y había llegado la hora de que languideciese, de que se extinguiese lentamente, sin hacer ruido, porque ya había causado suficiente alboroto.

«Quédate a un lado, Helena, tu aventura ha terminado», me decía el curso de las cosas.

Pero ¿por qué no conseguía yo sentirme distinta de cuando era una muchachita entusiasta, convencida de tener la vida en un puño?

Varias veces, a lo largo del tiempo, estuve convencida de que por fin me hacía mayor y sabia, de que iba a aprender de repente a hacer lo correcto, con la confianza y decisión que parecía caracterizar a todos los demás. Y en cada una de tales ocasiones este convencimiento resultó ser una fugaz esperanza, un fulgor momentáneo; y ahora ya tenía tantos años que no me apetecía llevar la cuenta.

No nos hacemos más sabios, comprendí horrorizada.

Seguía siendo una niña, y sin embargo tenía el pelo deslucido y empezaban a salirme canas, mi piel ya no se mantenía lisa y resplandeciente como en otros tiempos, y mis manos necesitaban ungüentos para mantenerse suaves. El inexplicable conflicto entre lo que era y lo que sentía ser me dejaba paralizada, y Menelao, mientras, creía que estaba así de afligida y anonadada porque me consideraba culpable.

¿En qué otro hombre se había convertido mi Menelao?

Por la noche, me acometía como nunca había hecho antes: con la resuelta seguridad de quien disfruta de una propiedad que ha defendido y conquistado.

En Troya había imaginado largamente y con todos los detalles el momento de nuestro reencuentro, había deseado seducirlo de nuevo, como hice a las dieciséis años, atarlo a mí con más ardor aún que antes y llegar a tenerlo tan enamorado que al final fuese él quien me pidiera perdón. La extrañeza del regreso y el descubrimiento de mi vejez, en cambio, me tenían distraída, hasta el punto de dejarme poseer de ese modo tan tosco, una, dos, tres veces, siempre con la cabeza en otro sitio, prometiéndome que ya enderezaría la situación en otro momento.

Con Paris y luego con Déifobo, me había acostumbrado a dejar fuera mi participación en las relaciones sexuales. Yo a esos hombres no les importaba, y ellos a mí tampoco. Con Menelao nunca había sido así, y a la larga ese cambio me asustó, me hizo sentirme más sola que nunca.

El día en que me di cuenta de que yo, Helena, la mujer que se había pasado noches enteras frotándose el cuerpo para limpiarle las huellas de los hombres que osaban tocarlo, deseaba una relación deliberada y total con el marido que había abandonado sin remordimientos más de diez años antes, me eché a reír yo sola.

Ese fue el día en que recuperé las ganas de explorar la vida, porque si aún poseía la capacidad de asombrarme debía aplicarla a todo lo que pudieran ofrecerme los años venideros, y quería estar dispuesta a afrontar estos del mejor modo posible.

Fue difícil.

No había sido la única en vivir experiencias y cambios en los diez años transcurridos, y debía aceptar que Menelao ya no era el muchacho rubio que se ruborizaba cuando lo miraba a los ojos y a quien había elegido por esposo.

Había visto morir a muchas personas y había atravesado con su espada el cuerpo de otros seres humanos, él, que tenía la tranquilidad en los ojos y a quien antes de la guerra quizá no se le hubiera pasado nunca por la cabeza que su maestría con las armas pudiera realmente serle útil un día. Había matado, conspirado, discutido y negociado, y había vencido, y tendría que haber sido feliz, porque es así como los hombres se comportan.

El marido que me estrechaba con violencia era un producto de Agamenón y lo vivido en mi ausencia le había moldeado. Cuando vi que permanecía inerte bajo mis caricias y que apartaba intencionadamente la mirada cuando yo fijaba mis ojos en los suyos, empecé a pensar que lo único que yo amaba de él era la imagen que me había creado durante los primeros años de nuestro matrimonio.

Pensé que en realidad la personalidad de Menelao no existía, que era como una pella de arcilla que cualquiera podía modelar a su gusto. Yo lo había hecho dócil, bueno y prudente, y Agamenón lo había transformado en un guerrero fuerte, expeditivo y sombrío.

Pero Agamenón había muerto.

La noticia llegó con retraso, y lloré sin medida delante de Menelao y del mensajero, porque con él había muerto Casandra.

Menelao, sin decir palabra, despidió al mensajero y me miró luego con la boca fruncida.

—No podrás ver a tu hermana ni tener contacto con ella —me dijo.

Yo no quería tener contacto con Clitemnestra.

Durante los primeros días estuve viéndola delante, bellísima y solemne, con el cadáver de Casandra a sus pies; y me echaba a llorar.

Luego, la idea de que Casandra estuviera muerta se me fue haciendo cada vez más irreal. Me convencí de que era absolutamente imposible que eso hubiese ocurrido de veras, que mi hermana debía de haber matado a alguna otra concubina. El mensajero no le había dado nombre, se había referido a ella llamándola «la concubina».

Sí, Casandra habría escapado y viviría en algún lugar seguro, y en su lugar habría muerto alguna otra mujer, una desconocida.

Desligar la idea de Casandra de esa historia también me permitía ver a Clitemnestra de un modo totalmente distinto. Si la imaginaba junto a un cadáver que no era el de mi amiga más querida, su sonrisa despreocupada se transformaba en una auténtica expresión de triunfo que me movía a admirarla. Se había liberado de Agamenón y, según se contaba, vivía con otro hombre, elegido por ella, y era reina de una ciudad. No comprendía que hubiese elegido otro hombre, le habría resultado mucho más fácil y gratificante gobernar Micenas por sí sola, pero igual la admiraba.

No me limité a eso. También imaginaba cómo habría sido todo si yo me hubiese hallado en su lugar, si hubiese tenido un marido al que odiara lo suficiente como para tener fuerzas para matarlo. Recordaba casi con nostalgia lo que experimenté al hundir el puñal en el cuerpo de Deífobo, y me desesperaba la idea de cómo se me irían deslizando los días entre los dedos, todos iguales, mientras yo me empeñaba en retenerlos, en convertirlos en algo especial, sin conseguirlo.

Pensaba en las cosas que quería hacer, en las personas que habría querido ser, y me sentía abrumada por el peso de la existencia única que estaba condenada a vivir. La consciencia de ser Helena de Esparta y de nunca más ser ninguna otra persona me oprimía dolorosamente el pecho

durante el día entero, y las noches me las pasaba despierta mirando el techo, en espera de que ese nudo se desatase y me dejara dormir.

Me hacía falta alguien que me hiciese salir de mí misma, desesperadamente, y fue así como, de pronto, empecé a interesarme en la vida de mi hija.

En los diez años que habíamos estado separadas, la niña rubia con quien jugaba en Esparta se había convertido en una muchachita sin brillo.

Cuando Etra, que había sido su nodriza durante los primeros años, se vino conmigo, la substituyó una mujerona con cara de tonta, que parecía haberle transmitido a Hermíone una expresión obtusa y un modo de hablar lento e irritante.

No era desde luego la nodriza que yo habría elegido para ella si hubiese podido, y sin embargo la idea de tener o de no tener nunca cierto poder sobre la vida de aquella desconocida me provocaba distanciamiento, me parecía absurdo imponerle mis exigencias a una muchacha que vivía en mi vieja casa solo porque hubiera salido de mi vientre.

Mi primer contacto con ella ocurrió a los pocos días de mi llegada. Al principio, Menelao pensaba no dejarme salir nunca más de mi cuarto. Lloré el primer día y luego esperé pacientemente a que se le pasase el enfado. Al tercer día me permitió salir, pero comunicándome con gesto decidido que nunca más vería a Hermíone. No le contesté, y volví a esperar, y al final decidió que podía ver a nuestra hija, pero solo en presencia de su nodriza.

Así la vi.

Llevaba el pelo rubio anillado en una cascada de rizos, demasiados, y su rostro desaparecía bajo semejante mata de pelo. Respondió con compostura a mis preguntas sobre su estado de salud, con una nota quejumbrosa en la voz que me desagradó.

Recordé el parloteo rápido e incontenible de Múnito, que tenía unos años menos que ella; suspiré, y a ella le sentó mal. Busqué en su rostro algún rastro de la niña a quien había tenido en mis brazos, peinado y cuidado durante los primeros años de su vida, y no lo encontré.

A partir de ese día, empecé a verla solo cuando no podía evitarlo. Prefería olvidar su existencia, que me parecía, sin razón alguna, la prueba innegable y desesperada de mi fracaso.

Cuando estábamos juntas, me mostraba su labor del telar y yo buscaba el modo de añadirle algún adorno gracioso.

—Será maravilloso para tu dote —recitaba cada vez la nodriza, antes de guardarlo.

Yo me enfadaba. En modo alguno le hacía esos regalos a Hermíone para que los utilizara de mayor, me habría gustado vérselos puestos de inmediato.

Hermíone rara vez me hablaba de otros muchachos. Ya era demasiado grande para jugar, pero intuí que tampoco de pequeña se volvía loca por tener compañía. La imaginaba sola y quieta, con aquella mujer sin expresión, y suspiraba.

Esos momentos eran los únicos en que Hermíone me daba la sensación de ser una persona con sentimientos, y no solo una graciosa nena amaestrada, porque su rostro se ensombrecía y el trazo de sus labios se endurecía. Comprendí que cuando suspiraba era siempre porque creía que algo de ella no me agradaba, y en un primer momento pensé que eso le hacía daño. Era difícil preguntárselo directamente. El único asunto en que se dejaba llevar por el sentimentalismo era la fallida llegada de su sangre menstrual, que impedía a Menelao entregarla por esposa. A veces, cuando hablaba de ello, le entraba el hipo, y yo le acariciaba la espalda.

Lamentaba su padecimiento y, al mismo tiempo, me hacía sonreír su hervoroso deseo de ser entregada por esposa. Quién sabe cómo había podido esa nodriza soltera y sola inculcarle tan bien el convencimiento de que solo sería una mujer completa cuando se casara.

Podría decir que decidí ahondar mis relaciones con Hermíone por mero egoísmo, por tener un hombro en que apoyarme en mi soledad, pero quizá resultara demasiado cruel conmigo misma.

Todos los actos de los seres humanos ocurren por una infinita gama de motivos, y yo quería averiguar qué se escondía bajo la mirada fija de Hermíone, y que ella me comprendiera a mí.

Pedí permiso a Menelao para verla sin que estuviera presente la nodriza. Me planté delante de él de modo que no pudiera evitar mirarme a la cara, como hacía últimamente. Él se concentró en un punto impreciso de mi hombro.

—Hermíone se ha criado con ideas y valores distintos de los tuyos. Has perdido el derecho a educarla.

—No quiero educarla —le contesté—. Quiero hablar con ella. Aún estoy viva, y quiero que se me trate como a una persona viva.

Menelao levantó la vista. No osó ponerla en mis ojos, solo a la altura de mis cejas.

—Sabrán los dioses por qué sigues viva —dijo.

La siguiente vez que estuve con Hermíone ya fue a solas. No bastaba, evidentemente. En ausencia de la nodriza podía decirle lo que quisiera, y sin embargo no sabía por dónde empezar.

Le pregunté por qué tenía tanta prisa en casarse, traté de hacerlo en un tono afable y altivo, de mujer que ha visto el mundo y sabe lo que dice, y ella se rio en mi cara.

—¿Qué pretendes que haga, quedarme para siempre en esta casa, tejiendo ropa de cama que nunca utilizaré? —me contestó, y entonces empecé a comprender que sus ojos sombríos no proyectaban tristeza ni deseo de aprobación, sino solamente rabia.

Hermíone había crecido para poder demostrarme con todos sus actos y todas sus palabras que era una mujer mejor, más equilibrada que yo.

Se negaba a adentrarse conmigo en los meandros de su personalidad, evitaba mis preguntas penetrantes en favor de las observaciones superficiales. Nunca conseguí sacarle ninguna opinión sobre el asesinato de su tío a manos de su tía, salvo que se trataba de una situación embarazosa, que la maldición de los dioses había caído sobre la casa de Agamenón.

—Ahora es la casa de Clitemnestra —le hice notar—. Lleva años siéndolo.

—Es la casa de Agamenón —insistió ella—, y la matanza tendrá su castigo.

Me convencí de que cambiar el modo de pensar de Hermíone era mi misión. Pero estaba irritada, también. ¿Cómo era posible que no se interesara mínimamente ni en mi persona ni en mis hechos, al revés que todo el mundo?

Y, sin embargo, tenía que afrontar la realidad: para Hermíone, yo no era más que una señora elegante e insistente que visitaba su vida. Sus sentimientos afectuosos, si los tenía, debía de reservarlos para la tonta de la nodriza, en tanto que su admiración solo tenía por objeto a su padre.

No comprendía cómo podía haber conseguido Menelao entablar con nuestra hija la relación que yo tanto deseaba. Había estado separado de ella todo el tiempo en que lo había estado yo, le dedicaba menos horas y menos energía que yo, y sin embargo a Hermíone se le alegraba la cara nada más verlo, le brillaban los ojos con un nuevo resplandor y escuchaba con adoración todo lo que su padre tenía que decirle.

La inmutable fascinación del hombre que ha estado en la guerra afectaba también a mi hija, según hube de constatar.

Para Hermíone, su padre no se había limitado a sobrevivir durante diez años en una situación extrema gracias a una buena dosis de fortuna, como yo pensaba; era el héroe de una guerra de cuerpos, ideas y espíritus en la que yo solo había desempeñado un papel marginal.

Me resigné sosegadamente a mi impotencia ante el recinto cerrado de su cabeza.

Llegaron sus menstruaciones y Menelao dio audiencia a las bandadas de pretendientes, y al final eligió para ella al hijo de Aquiles.

Hermíone dejó nuestro techo fresca como una florecilla del campo, bella e insignificante, repleta de secretos rutilantes que yo no llegué a rozar.

Antes de su marcha, le conté que su marido, en Troya, había tomado como concubina a la mujer de Héctor. Le recomendé que tratara con gentileza a Andrómaca, le dije que era una mujer fuerte y frágil al mismo tiempo y que podría aprender mucho de ella, creyendo que hacía bien al decírselo.

Por el contrario, fue eso lo que nos separó definitivamente.

—Seré yo la mujer de Neoptólemo, de ahora en adelante —replicó enojada, tan disgustada ante mis palabras que se apartó físicamente de mí—. No necesito consejos sobre cómo tratar a las esclavas que han vivido con él hasta ahora, ni tengo nada que compartir con ellas.

Fue nuestra última conversación.

Lo que pudo padecer Andrómaca por culpa de mis palabras lo supe por mediación de Menelao, que parecía estar al corriente de nuestro último diálogo. Me contaba, como sin darles importancia, las noticias que le llegaban de nuestra hija. Hermíone vejaba a Andrómaca, Hermíone seguía sin tener hijos.

También me habría gustado saber algo de Clitemnestra, cómo estaba utilizando un nuevo poder, pero tenía prohibido nombrarla, y solo oí hablar de ella cuando las noticias fueron luctuosas: su hijo Orestes había regresado a Micenas para vengar a Agamenón y matarla.

Ni siquiera recordaba cuánto tiempo llevaba sin ver a mi hermana y, sin embargo, cuando supe que ella y su sueño habían muerto, me sentí definitivamente sola.

Se sucedían los mensajeros, y cada cual traía una noticia más funesta que el anterior.

Orestes había buscado refugio junto a Hermíone. ¿Por qué? ¿Cuándo se habían conocido? ¿Cuántas cosas habían sucedido sin que yo me enterara, cuántas vidas ocurrían lejos de mí?

Me crecían canas sueltas, mis manos se cubrían de arrugas maravillosas y discretas.

Hermíone mató a su marido, ella misma, sin intermediarios. Le plantó un puñal en el corazón mientras dormía, siguiendo el ejemplo de su madre, quizá sin conocer ese episodio mío. Luego se fugó con su primo Orestes, y eso fue todo lo que Menelao tuvo que decirme sobre nuestra hija, que había confiado en él como en una encarnación de Zeus y a quien ahora su padre trataba como a cualquier despreciable desconocida.

Deseé haber sido Hermíone mientras clavaba el puñal en el corazón de Neoptólemo. Deseé haberlo hecho para vengar a Andrómaca y a Políxena, no para fugarme con otro asesino, deseé vivir de nuevo por mediación de los actos de mi hija.

Pensar en Hermíone se convirtió en la obsesión de mis días. Los visitantes que de vez en cuando se presentaban en nuestra casa no bastaban para distraerme de mi constante deseo irresoluble, el deseo de salir que nunca podría satisfacer. No solo quería salir del palacio, quería salir de mi cuerpo, de mi nombre y de mi destino, para introducirme en el de mi joven hija, que parecía tan contenta con la idea de pasar sus días en el lar de un marido devoto, y luego le había plantado un puñal en el corazón.

La imaginaba, maravillosa criatura contradictoria, durmiendo en los bosques y lavándose en los arroyos. La veía caminar desnuda entre los árboles, hablar con los animales, dormir con desconocidos.

A veces le cambiaba el rostro, modificaba su destino. Fantasaba que abandonaba a Orestes, que también a él le clavaba un puñal en el corazón. Luego se encerraría en un pueblo, el primero

que encontrara, y, desnuda como estaba, lo único que podía hacer era prostituirse. Bella y salvaje, reunía el dinero suficiente para escapar hasta el pueblo siguiente, donde se compraba alhajas y una cítara y cantaba en los banquetes de los ricos. En un momento dado, seguro que tuvo que vestirse de hombre, quizá comprar armas y aprender a usarlas, para ir de pueblo en pueblo como un mercenario solitario. Cuando nadie requería sus servicios, ni parecían bien aceptados, tiraba de la vieja cítara y mendigaba un trozo de pan cantando las aventuras de una chica que había matado a su marido y escapado de casa en busca de aventuras. Quién sabe si alguien la escuchaba.

Me volví apática e inactiva.

Hiciera lo que hiciera, hablase con quien hablase, me distraía pensando en la viajera solitaria, y esperaba temblando el momento de quedarme a solas para fantasear el final de su historia.

A veces le ponía mi rostro, no el de ahora, el de cuando era joven y aún podía escapar, pero no lo hice. Esas veces solía desfallecer bajo el peso de las vidas que ya no podía vivir y rompía a llorar.

Ocurrió una noche que Menelao me encontró derrumbada sobre la cama, llorando.

No sé si fue por casualidad o porque tomó la decisión de entrar en aquella habitación a pesar de mi llanto. Entró y se sentó a mi lado sin decir palabra.

Sentí el crujir de su cuerpo al doblarse, a fin de cuentas sus años heroicos ya quedaban muy lejos, y el tiempo también dejaba sus señales en él.

No lo veía y él guardaba silencio, y en ese momento pensé que era el mismo Menelao de los primeros años de matrimonio, el que escuchaba atentamente mis palabras y daba muestras de espanto reverencial al tocarme.

De modo que seguí llorando.

Permaneció inmóvil hasta que dejé de llorar y me callé, con mis bellísimos cabellos plateados esparcidos en torno a la cabeza como la corola de una flor.

—¿Por qué tuviste que arruinarlo todo? —dijo después—. Has arruinado los días, los años, me has arruinado a mí.

—Era la única manera —le respondí—. Era la única manera de que todos viesen que soy una persona.

—Hay quien dice que nunca estuviste en Troya, que un dios te sustituyó por un simulacro.

—Mienten —dije, incorporándome—. Estuve en Troya, allí viví, allí sufrí, aprendí a mirarme por dentro y pensé haber crecido. He vivido cosas que nunca habría podido imaginar si me hubiera quedado para siempre en este palacio, y nadie en el mundo ha tenido poder para impedírmelo.

—Querías viajar...

Apenas veía su silueta en el claroscuro de la habitación.

—Habríamos podido viajar si me lo hubieses pedido.

—Quería hacerlo sin tener que pedirte permiso. Quería sentir a otro hombre dentro de mí y descubrir si era culpa tuya el hecho de que no lograra experimentar el menor placer en la cama, y no es así. Quería sentir remordimiento, angustia, miedo, soledad, quería estar desorientada, sentirme perdida, estudiar lenguas, costumbres, personas, pensar en un modo de sobrevivir sola. Quería esperar y temblar y beberme cada momento de mi vida de modo caótico y desordenado, y no había otra manera de hacerlo, ¿comprendes? Lo mismo vale para ti. Te parecerá que haces todos los días lo que quieres y que ello te proporciona la felicidad. Por otra parte, eres el rey de Esparta, ¿quién podría impedírtelo? Pero, en realidad, solo haces lo que más te agrada dentro de lo que se espera de ti. Nadie esperaría de ti que te liaras a bofetones con un funcionario que te

molestase, o que acudieras desnudo a una audiencia en un día de calor. Nadie esperaba que conversaras con tus siervos ni que te revolcaras en el lodo con los cerdos, y tú nunca conocerás esas sensaciones. Nadie esperaba de una mujer que se fuese a una ciudad extranjera y enemiga con el primer huésped que se lo propusiera, y nadie esperaba que una muchacha atravesase el corazón de su marido mientras dormía, porque desea a otro hombre. Decidí que tenía necesidad de experimentar también la otra mitad de mi vida, y lo hice.

Menelao calló.

Me veía, estoy segura, pero se escondía en la penumbra.

—Pero sigues sin estar contenta —dijo—. ¿Por qué sigues sin estar contenta? Quizá no valiera la pena destruir el mundo por la otra mitad de tu vida.

—Desde luego que no valía la pena. Pero ¿cómo puedo estar contenta, si aún no he encontrado la paz? Continuaré pensando que todo ha sucedido entre los fantasmas de mi mente, si no me detengo en algún sitio. No lograré otorgar realidad a lo que he vivido si nadie me lo permite, y hasta ahora no he podido estar contenta.

—Y ¿qué es lo que te hace falta para encontrar la paz?

Hacía años que conocía la respuesta.

—Contar.

Menelao se levantó de la cama.

Lo oí trastear cerca de la puerta con la lámpara de aceite. No tenía costumbre de encenderla sin ayuda de los criados, pero tras varios intentos lo consiguió, y pude ver su rostro envuelto en una nube de clara luz.

Tenía aún los rizos de cuando era joven y yo lo elegí entre una muchedumbre de hombres más peligrosos, pero ahora se habían vuelto blancos. Se había hecho más corpulento de lo que era entonces, y su cuerpo ya no era para mí una masa familiar y acogedora, sino un peñasco desconocido, que durante años observé desde lejos, con curiosa sospecha.

Los ojos, me di cuenta entonces, siempre habían sido los mismos: azules y entregados, ojos que pedían ser acogidos y confortados. Soy una persona, seguían musitándome, una persona, lo mismo que tú.

Mientras tanto, también él me indagaba el rostro, y no sé qué pensaba, si le entristecía esa belleza decadente y obstinada o si aún sentía el estremecimiento de la noche en que lo besé por vez primera.

Me habría gustado tanto saberlo.

Al cabo de bastante rato, se sentó junto a mí.

—Cuenta, pues —me dijo.

Y yo empecé a contar.

Título original: *Elena di Sparta*

Edición en formato digital: 2020

© 2019, Baldini+Castoldi s.r.l., Milano
Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency
© de la traducción: Ramón Buenaventura, 2020
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-878-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es